



MEMORIAS
DE LA
ACADEMIA MEXICANA
DE LA HISTORIA
CORRESPONDIENTE DE LA REAL DE MADRID

MEMORIAS DE LA ACADEMIA MEXICANA DE LA HISTORIA

CORRESPONDIENTE DE LA REAL DE MADRID

SUMARIO

I. ARTÍCULOS

Juárez: defensa de los indios, por el maestro Moisés González Navarro	5
La historia, entre las humanidades y las ciencias sociales, por el doctor Álvaro Matute	35

II. COLOQUIO “La historia y los partidos políticos”

Presentación	47
El presente como historia. (Una visión de la transición política mexicana en los últimos veinticinco años), por el licenciado Ricardo Becerra Laguna (Partido México Posible)	49
La odisea mexicana, por el maestro Germán Martínez Cázares (Partido Acción Nacional)	73
La historia de México: materia indispensable para el futuro, por el licenciado Carlos Navarrete Ruiz (Partido de la Revolución Democrática)	91

II. DISCURSOS

El sol, señor del tiempo y de la vida en la religión maya, por la doctora Mercedes de la Garza Camino	103
Respuesta al discurso anterior, por el doctor Miguel León-Portilla	151
La otra historia. O de cómo los defensores de la condición colonial recuperaron los pasados de la Nueva España, por la doctora Virginia Guedea Rincón Gallardo	159
Respuesta al discurso anterior, por el doctor Álvaro Matute Aguirre	185

JUÁREZ: DEFENSA DE LOS INDIOS

Moisés González Navarro
Academia Mexicana de la Historia

Jorge L. Tamayo, el laboriosísimo estudioso de Benito Juárez, supone que los *Apuntes para mis hijos* de Benito Juárez se escribieron después de 1867, porque no le satisfizo la obra de su primer biógrafo Anastasio Zerecero publicada en 1869.¹ Lo indudable es que estos *Apuntes* llegan hasta 1857, son memorias no un diario, se comparan con los textos suyos que escribió en el momento a que se refieren y con otros documentos ajenos a su pluma.

Don Benito Juárez inicia esta obra informando que tuvo la desgracia de no haber conocido a sus padres Marcelino Juárez y Brígida García, “indios de la raza primitiva del país”, porque murieron cuando él tenía apenas tres años, él y sus hermanas María Josefa y Rosa quedaron al cuidado de sus abuelos paternos Pedro Juárez y Justa López, “indios también de la nación zapoteca”. Como sus padres no le dejaron ningún patrimonio se tuvo que dedicar al trabajo del campo. Su tío en sus ratos desocupados lo enseñó a leer, manifestándole lo conveniente que era saber el idioma castellano y que se dedicara a la carrera eclesiástica, salida natural de la gente pobre en un pueblo [Guelatao] de apenas veinte familias.

El 17 de diciembre de 1818, a los doce años de edad, se fugó de su casa y marchó a pie a la ciudad de Oaxaca [distante 62 kilómetros] a

1 Juárez, *Documentos*, I, p.27

donde llegó en la noche del mismo día. Se alojó en la casa de don Antonio Maza, donde su hermana María Josefa era la cocinera. En los primeros días trabajó en la granja ganando dos reales. Antonio Salanueva, de la Tercera Orden de San Francisco, piadoso y muy honrado encuadernador y empastador de libros, que pese a ser muy devoto era bastante despreocupado lector de Feijóo y de las epístolas de San Pablo, lo recibió en su casa ofreciendo mandarlo a la escuela para que aprendiese a leer y escribir. En *la Escuela Real* el maestro enseñaba a los niños “que se llamaban decentes” y su ayudante a los pobres como él, “que era tan poco a propósito para enseñar y de carácter tan duro como el maestro”.

Él veía entrar y salir diariamente del Colegio Seminario a los muchos jóvenes que iban a abrazar la carrera eclesiástica, pero como él sentía “una instintiva repugnancia por esos estudios suplicó a su padrino de confirmación Antonio Salanueva que le permitiera estudiar en el Seminario ofreciéndole cumplir con sus obligaciones. Cuando terminó sus estudios de gramática latina su padrino manifestó gran interés en que estudiase Teología moral para que al año siguiente comenzara a recibir las órdenes sagradas, esta indicación le fue muy penosa, tanto por la repugnancia que tenía a la carrera eclesiástica, como por la mala idea que se tenía de los sacerdotes que sólo estudiaban Gramática latina y Teología moral.

El año de 1827 aprobó por unanimidad el curso de artes. Ese mismo año con el triunfo del Partido Liberal se dictaron algunas leyes favorables a la libertad y al progreso en una sociedad “enteramente dominada por la ignorancia, el fanatismo religioso y las preocupaciones”. La medida más importante fue el establecimiento del Instituto de Ciencias y Artes, independiente de la tutela del clero.² Ese año de 1827 consagró su solemne acto publico en el seminario a su obispo Isidoro López.³

2 Juárez, *Documentos*, I, pp.31, 33, 35, 37, 39, 43, 45, 47, 49, 53, 57, 59, 61, 63, 65, 67, 91, 93

3 Taracena, Juárez, p.15

Antes de ese año de 1827 se dictaron importantes leyes en Oaxaca, en primer lugar se decretó, el 31 de mayo de 1824, que en lo sucesivo no se pudieran dar fundos legales en términos de rigurosa igualdad en oposición a las leyes de Indias que prevenían la concesión de fundos legales a sólo los indígenas a quienes se tenía “en cierta clase de pupilaje”, deseando igualmente impulsar la agricultura repartiendo con igualdad entre todos los ciudadanos los terrenos necesarios, pues unos pueblos tenían inmensidad de terrenos que por su extensión se mantenían baldíos, mientras otros carecían aun de lo preciso

para sus alimentos, fomentándose de esta suerte el ocio, y con él, los vicios que le son consiguientes; y por último, queriendo el mismo congreso desterrar para siempre los signos de aquella odiosa distinción de indios y españoles, cuando todos somos hijos de un propio suelo y hermanos por naturaleza.

Los fundos que se hubieren dado en perjuicio de tercero quedaban sujetos a esa ley. El congreso se ocuparía de dar una ley general sobre repartimientos de tierras, y el modo de proveer oportunamente a las necesidades de todos los pueblos del Estado.

La constitución de Oaxaca del año siguiente enumeró entre las obligaciones de los oaxaqueños

Ser justos y benéficos, fieles en sus pactos, moderados, económicos, templados y virtuosos, siendo buenos hijos, buenos padres, buenos hermanos, buenos amigos, buenos esposos

Esta disposición recuerda la constitución de Cadiz de 1812.

El 27 de septiembre de ese mismo año de 1825 el congreso de Oaxaca facultó al gobierno a que tomara de los caudales públicos nueve mil pesos para libertar a los esclavos del trapiche de Ayotla, conforme a la contrata

que tenía celebrada con el propietario de ese ingenio. El 25 de septiembre de 1826 se decretó el nombramiento de una comisión de cinco individuos capaces y patriotas que fijara las propiedades territoriales y presentara un proyecto de ley agraria para averiguar cuantos eran los propietarios de terrenos que había en el Estado y su extensión. Ese padrón especificaría si eran vecinos y el pueblo a que pertenecían. Se calcularía prudentemente la extensión de terreno suficiente para la cómoda sustentación de una familia, atendiendo las diversas calidades de la tierras. Se facultaba a esa junta para pedir, por sí o por conducto del gobierno superior del Estado y del eclesiástico, cuantos informes creyera convenientes para el desempeño de su encargo. Se facultó al gobierno para que de los fondos públicos auxiliase a esa comisión para sus gastos económicos. Tan luego se decretara la ley agraria se dividirían las tierras a los individuos que hubieran formado el proyecto de esa ley premiándolos cuando más con “cuatro suertes para sus trabajos”.

El 17 de septiembre de 1827 se reglamentó como debía procederse contra los jornaleros de las haciendas agrícolas y ganaderas que empeñaran su trabajo personal, si recibían adelantado el justo precio de él estaban obligados a “cumplir religiosamente el contrato que celebraron

En caso de resistencia que los haga delincuentes, deben ser compelidos por los jueces aun con la prisión corporal, con tal que una enfermedad u otra causa justa no los excuse del cumplimiento de sus empeños. También quedaran libres de estos, devolviendo el dinero que percibieron adelantado; pero bajo la precisa obligación de continuar en el trabajo por espacio de quince días, los jornaleros diarios; y los meseros por un mes.

Cuando algún hacendado o mayordomo demandare ante el juez a uno o más jornaleros que injustamente se resistieran al trabajo personal en cumplimiento del pacto que celebraran, haría que comparecieran a su presencia el demandante y el demandado; oíría los alegatos de uno y de otro y si no

resultaba causa que eximiera al demandado del cumplimiento de su empeño, haría que lo cumpliera en todas sus partes, si la cantidad de la demanda pasaba de 25 pesos debería proceder el juicio de conciliación.

Si por segunda vez hubiese demanda y el demandado no expusiese alguna justa causa que le impidiera el cumplimiento de su contrato, el juez lo permitiría a su costa con una o dos personas de confianza a la hacienda o labor en que debiera trabajar. Si hubiera una tercera demanda los jueces castigarían la mala fe del demandado con prisión en la cárcel de tres a ocho días. Cumplida la prisión el juez enviaría al demandado con una escolta que lo entregaría a los hacendados o mayordomos respectivos, quienes podrían encerrarlo por la noche para evitar su fuga, sin causarle ninguna otra vejación, y sin que ese encierro pasara de un mes. Los jornaleros recibirían cada semana en dinero efectivo el importe del jornal de dos días para que pudiesen mantenerse ellos y sus familiares, y los meseros además de las raciones acostumbradas un peso mensual.

Sería un delito del hacendado o su mayordomo vejar a los jornaleros en sus personas e intereses o exigirles más trabajo que el justo. En caso de contravención serían castigados con arreglo al artículo 8 de la ley de tribunales y demás leyes vigentes. Si los jornaleros se empeñasen en diversas fincas y fuesen demandados a la vez por varios acreedores se preferiría al que primero hubiese ministrado su dinero. Los hacendados además de sus libros de cargo y data entregarían a cada jornalero una libreta donde constara su cuenta por menor y se rayaría en ella, semanaria o mensualmente, los días o meses que devengaren. Los hijos no estarían obligados a pagar con su trabajo personal las deudas de sus padres; pero si hubiesen heredado de aquellos algunos bienes pagarían sus deudas hasta donde alcanzaran estos. Los jornaleros diarios o meseros no podrían empeñar su trabajo por más de un año. En fin, se derogó cualquiera ley que se opusiera expresamente a lo dispuesto por esta. Los hacendados deberían fijar un ejemplar de esa ley en la puerta de la hacienda. Se añadió a esa ley (que a veces llama decreto) que la facultad

que se daba a los hacendados o mayordomos de encerrar por la noche a los deudores sólo tenía por objeto evitar su fuga, de consiguiente

se prohibía usar de cepo, pie de amigo o cualesquiera otra cosa que veje el cuerpo, o tengan vicios de prisión, ni tenerlos incomunicados, y si quieren introducir en el encierro a su mujer o a sus hijos tampoco se le pondrán estorbos.⁴

Es evidente que la ley agraria del 25 de septiembre de 1826 y esta sobre la servidumbre real del 17 de septiembre de 1827 dan una de cal y otra de arena a los hacendados y a sus trabajadores, pero ciertamente son cuando menos tan importantes como la que creó el Instituto de Ciencias y Artes en 1812, que Juárez recordó como la más importante de ese año.

En lo que no hay duda es que al abrirse ese Instituto en 1827, el doctor José Juan Canseco, uno de los autores de la ley que creó ese instituto, en el discurso de apertura según Juárez demostró las ventajas de la educación de la juventud y desde ese día muchos estudiantes del Seminario se pasaron al instituto. Juárez recuerda que por curiosidad, por la impresión que le hizo el discurso del Dr. Canseco o por el fastidio que le causaba el estudio de la "Teología por lo incomprensible de sus principios" o por su natural deseo de seguir una carrera distinta a la eclesiástica, se despidió de su maestro el canónigo don Luis Morales y pasó al Instituto a estudiar jurisprudencia en agosto de 1828. Por cierto, sigue recordando don Benito, el clero llamaba al Instituto *casa de prostitución** y a los catedráticos y discípulos, *herejes y libertinos**. Por esa razón los padres de familia rehusaban enviar a sus hijos al Instituto y los pocos alumnos que asistían a él eran "excomulgados por la inmensa mayoría ignorante y fanática de aquella desgraciada sociedad", por eso algunos de sus compañeros desertaron.⁵

4 Colección de Leyes de Oaxaca, I, pp. 16-18, 53, 255, 302-303, 324-327

5 Juárez, Documentos, I, pp. 95-99, 101-105

El venezolano S.G. Roscio y el francés Benjamín Constant fueron “los favoritos del estudiante indígena”.⁶ Ese año de 1827 en el pueblo de Ixtaltepec, Tehuantepec, se levantaron en armas para recuperar sus tierras e incendiaron dos rancherías de ganado. Dirigieron esa rebelión el cura español Miguel Arroyo y el comandante militar Urquidi, Arroyo fue separado de su curato y se propuso su extradición de México, la de Urquidi de Oaxaca.⁷

El coronel Antonio de León, a quien Francisco Bulnes y otros tachan de haber sido procónsul de Santa Anna en Oaxaca, fundó en abril de 1828 una logia masónica yorkina identificada con el liberalismo radical y el federalismo. El año de 1829 el coronel Antonio de León fungía como venerable maestro de esa logia yorkina, Juárez ingresó como aprendiz en 1829. Al año siguiente, cuenta Santa Anna, Juárez le sirvió, en la ciudad de Oaxaca, vestido con camisa y calzón de manta en la casa de licenciado Manuel Embides. El veracruzano se asombró que un indígena de tan baja esfera hubiera figurado en México como todos sabían, cosa que no le había perdonado.⁸ El historiador oaxaqueño Jorge Fernando Iturribarria no cree en la fidelidad de esa anécdota porque ya entonces era novio de la “niña” Margarita Maza.⁹ El año de 1829 Juárez obtuvo el grado de teniente.¹⁰

El congreso de Oaxaca decretó el 14 de enero de 1830 que las cuestiones sobre fundos legales anteriores a la ley del 31 de marzo de 1824, debían decidirse por las leyes anteriores.¹¹ Cuando al año siguiente Vicente Guerrero fue sacrificado Juárez manifestó una veneración apasionada por el coautor de la independencia, ese mismo año fue elector regidor del ayuntamiento de Oaxaca.¹² En 1832 fue nombrado director del Instituto de Cien-

6 Zayas Enriquez, *Benito Juárez*, p.62

* Cursivas en el original

7 Reina, *Las rebeliones*, p.231

8 Roeder, *Juárez*, I, p.103; Vázquez Núñez, *Juárez*, p.40

9 Iturribarria, *Historia Oaxaca*, p. 356

10 Moreno Cruz, *Juárez*, p. 15

11 *Colección de Leyes de Oaxaca*, I, p. 345

12 Chávez, *Benito Juárez*, p. 11

cias y Artes de Oaxaca y catedrático de física en 1832.¹³ A principios de 1833 fue electo diputado al congreso del estado de Oaxaca, y aunque los liberales oaxaqueños no intentaron liberar a Guerrero (traicionado por el genovés Picaluga en Huatulco) en compañía de otros dos diputados propuso que Cuilapan (donde fue fusilado) llevara el nombre de Guerrero. Siendo presidente de la Cámara de diputados de Oaxaca al clausurar las sesiones extraordinarias el 30 de junio de 1833 elogió entusiasta a Santa Anna.¹⁴ En esa misma sesión para compensar los gastos de la hacienda pública se declararon pertenecientes al estado de Oaxaca los bienes que en el poseían los descendientes del conquistador Cortés.¹⁵

En enero de 1834 presentó su examen de "Jurisprudencia práctica" ante la Corte de Justicia del Estado, se le expidió el título de abogado.¹⁶ Ese mismo año cayó la administración que servía en Oaxaca y fue confinado a la ciudad de Tehuacan, "sin otro motivo que el de haber servido con honradez y lealtad en los puestos que se me encomendaron". Juárez recuerda en sus *Apuntes* que revocaba la orden de su confinamiento volvió a Oaxaca y se dedicó al ejercicio de su profesión. Como todavía el clero en pleno goce de sus fueros y prerrogativas y su alianza estrecha con el poder civil le daba una influencia casi omnipotente, los aranceles de los derechos parroquiales eran letra muerta,

El pago de las obvenciones se regulaba según la voluntad codiciosa de los curas. Había sin embargo algunos eclesiásticos probos y honrados que se limitaban a cobrar lo justo y sin sacrificar a los fieles; pero eran muy raros estos hombres verdaderamente evangélicos, cuyo ejemplo lejos de retraer de sus abusos a los malos, era motivo para que los censurasen diciéndoles que *mal enseñaban a los pueblos y echaban a perder los curatos*"*

13 Taracena, Juárez, p. 19

14 Iturribarria, *Historia de Oaxaca*, pp. 31, 186

15 Juárez Documentos, I, p. 497

16 Juárez Documentos, I, p. 113

* Cursiva en el original

Los vecinos del pueblo de Loxicha recurrieron a él para que hiciera valer sus derechos ante el tribunal eclesiástico contra su cura que no se sujetaba a los aranceles. Convencido de la justicia de sus quejas por los documentos que le mostraron se presentó ante el Tribunal o Provisorato. Sin duda por su carácter de diputado y porque regía una administración liberal a principios de 1834, fue atendida su solicitud y se ordenó al cura que se presentara a contestar los cargos que se le hacían, pero como desgraciadamente cayó esa administración, y como el clero había trabajado por el cambio, volvió con más audacia “a ejercer su funesta influencia a favor de sus intereses bastardos”. El juez eclesiástico dispuso que el acusado volviera a su curato, donde mandó prender a todos los que habían representado contra él, así como los vecinos que fueron a verlo a la ciudad o a buscar otro abogado. A fines de 1834 impartía la clase de Derecho Canónico y pidió permiso para ir a Miahuatlán, donde se hallaban presos, no le informó de la causa de su prisión porque era reservada. Le pidió que al día siguiente le contestara por escrito, ese día le exigió el poder con que gestionaba por los reos, habiéndole contestado que como era abogado conocido y pobres los reos, no necesitaba un poder en forma, el juez le previno que se abstuviera de hablar y que volviera en la tarde para rendir su declaración preparatoria en la causa que le iba a abrir para juzgarlo como vago. Temeroso regresó a la ciudad para acusar al juez ante la Corte de Justicia, pero no se le atendió porque también en ese tribunal estaba bien representado el clero. El cura, implacable en su venganza, “como lo son generalmente los sectarios de alguna religión”, hizo firmar al juez un exhorto que remitió al juez de la capital para que lo aprehendiesen porque estaba sublevando a los vecinos contra las autoridades, “¡y estaba yo en la ciudad distante cincuenta leguas del pueblo de Loxicha donde jamás había ido!”, recuerda iracundo Benito. El juez de la capital lo condujo a la cárcel a la medianoche, así como al licenciado don José Inés Sandoval a quien los presos habían solicitado para que los defendiese. Dada la notoria falsedad del delito que se le imputaba se quejó al Tribunal Superior de tan infame tropelía, creyendo que inmediatamente se le libertaría. Pero se le excarceló bajo fianza al cabo de nueve días.

Estos golpes que sufrí y que veía sufrir casi diariamente a todos los desvalidos que se quejaban contra las arbitrariedades de las clases privilegiadas en consorcio con la autoridad civil, me demostraron de bulto que la sociedad jamás sería feliz con la existencia de aquéllas y de su alianza con los poderes públicos y me afirmaron en mi propósito de trabajar constantemente para destruir el poder funesto de las clases privilegiadas.¹⁷

Es oportuno recordar que el presbítero Agustín Espinoza escribió a fines del siglo XIX a [Eulogio Gregorio] Gillow [Zavalza], nombrado obispo de Oaxaca en 1887, que según su abuelita que ochenta años antes había conocido a Juárez en la casa del padre (sic) Salanueva, que Juárez llevaba la cruz a cuestras los días de procesión, rezando el santo viacrucis. Juárez vestía camisa y calzones, jamás estaba ocioso, siempre tenía un libro en la mano.¹⁸

En mayo del año siguiente, 1835, Gregorio Meléndez secundó en Juchitán el Plan de Texca, proclamado recientemente por Juan N. Álvarez que pedía la destitución de Santa Anna y la vuelta al sistema federal. Vencido Meléndez fue llevado a la ciudad de Oaxaca.¹⁹ Por cierto que Juárez tuvo entre sus alumnos del Instituto de Ciencias y Artes a Porfirio Díaz.²⁰

Según Rafael de Zayas Enríquez 1830-1842 es el periodo más oscuro de la historia de Juárez²¹, no explica el por qué de esta afirmación.

Benito Juárez pronunció un discurso en la ciudad de Oaxaca el 16 de septiembre de 1840: en 1810 “rayó la aurora de nuestra libertad”, porque el león castellano recibió una herida mortal que más adelante lo obligó a sol-

17 *Juárez Documentos*, I, pp. 115, 117, 119, 121, 123, 125, 127, 129, 131, 135, 137, 139, 141-142

18 Taracena, *Juárez*, p. 14

19 Iturribarria, *Historia de Oaxaca*, p. 216

20 Galena de Valadés, *Benito Juárez*, p. 16

21 Zayas Enríquez, *Benito Juárez*, p. 63

tar su presa. La Providencia Divina dio al pueblo azteca un nuevo Moisés que lo salvaría del cautiverio, gracias a unos cuantos indígenas armados de hondas, hoces y palos. Se necesitaba imitar la resolución noble de Hidalgo y desechar de nuestro sistema político las máximas antisociales con que España nos gobernó y educó tantos años. No por eso se proponía zaherir a la España amiga de la justicia, se refería a la España conquistadora.

Los viles tlaxcaltecas prefirieron una rastrera venganza al honor nacional, y prestaron su funesta alianza al invasor de Castilla, quien también los subyugó en premio de su perfidia y egoísmo criminal.

Mezcló la política con la religión para revestir a sus máximas con una veneración que sólo a Dios es debida

Pero hay más: la estúpida pobreza en que yacen los indios, nuestros hermanos. Las pesadas contribuciones que gravitan sobre de ellos todavía. El abandono lamentable a que se haya reducida su educación primaria.

Debemos respetar al ministro del santuario que predica la moral pura de Evangelio.²²

Es importante este discurso porque emparenta con el neoaztequismo criollo del XVIII; por la injusta referencia a los tlaxcaltecas, enviados a colonizar sobre todo al Norte; por su crítica a la mezcla de la política con la religión, bandera de la Reforma quince años después; por la crítica a la pobreza de los indios, bandera que no enarboló con frecuencia años después y, en fin, por su respeto a los sacerdotes que predicaban (¿y practicaban?) la moral pura del Evangelio.

22 *Juárez Documentos*, I, pp. 501-506

El año de 1841 coincide la campaña de los primeros borlados (de ellos se hablará más adelante) con la reaparición de Juárez, quien fue nombrado ministro suplente del Tribunal de Justicia. Al año siguiente fue designado presidente de la Academia Teórica Práctica de Jurisprudencia. El 23 de noviembre de ese año de 1842 la Junta Departamental creó el cementerio, Juárez en 1850 ya siendo gobernador, pese a estar exceptuando, enterró a su hija Guadalupe en el cementerio de San Miguel.²³

El poderoso grupo de los comerciantes dominaba Oaxaca desde fines de la colonia, dos de las principales familias criollas (los López Ortigosa y los Ramírez de Aguilar) continuaron esa dominación, junto con el Gral. Antonio de León fueron los padrinos políticos de Juárez. A eso se añade un acontecimiento fundamental en su vida familiar, al que se refiere muy lacónicamente: "El 31 de julio de 1843 me casé con doña Margarita Maza, hija de don Antonio Maza y de doña Petra Parada".²⁴ Juárez consolidó así su ingreso a la burguesía oaxaqueña.

Ese mismo año fue electo diputado suplente al congreso general y al siguiente el ya Gral. León gobernador de Oaxaca lo nombró secretario de Gobierno, nombramiento que le valió algunos reproches de sus correligionarios.²⁵

La Asamblea Departamental colocó el retrato de Santa Anna en el salón de sesiones. Sin embargo, renunció para no consignar a los tribunales a quienes se negaban a pagar los diezmos,²⁶ este hecho que no lo menciona en sus *Apuntes*. Si anota que en 1845 fue electo diputado por unanimidad a la Asamblea Departamental.²⁷

23 Iturrigarria, *Historia de Oaxaca*, pp. 248, 263, 279

24 Juárez *Documentos*, I, pp. 145-146; Sánchez Silva, "El establecimiento del federalismo en Oaxaca", pp. 247-250

25 Iturrigarria, *Historia de Oaxaca*, p. 306

26 Roedor, Juárez, I, pp. 91-92

27 Juárez *Documentos*, I, p. 149

Bulnes concluye violento: Juárez desde que salió del Instituto hasta 1846

Sirvió a todos los partidos y abrazó todas las causas; en consecuencia no se nota su intransigencia como liberal.²⁸

En efecto, Juárez junto con otros diputados firmó un manifiesto en 1846 dirigido a la república, antes de que Santa Anna se separara de los liberales más exaltados, en el que llamó a Santa Anna el soldado del pueblo y el benemérito de la patria.²⁹ En 1846 fue disuelta la Asamblea Departamental por la sedición del general Mariano Paredes Arrillaga en plena guerra contra Estados Unidos. Juárez escribe en sus *Apuntes* que el Partido Liberal auxiliado por el Santanista destruyó la administración retrógrada de Paredes, provisionalmente lo suplió el general Mariano Salas. En Oaxaca secundaron el movimiento contra el imperialista Paredes Arrillaga el general don Juan Bautista Díaz, una Junta de Notables nombró un Poder Ejecutivo integrado por Luis Fernández del Campo, José Simón Arteaga y Benito Juárez. El gobierno general cesó esa Junta Legislativa, sólo quedó en ella José Simón Arteaga; Juárez volvió a la Fiscalía del Tribunal que era su puesto legal, pero Arteaga la disolvió y nombró a Juárez presidente o regente como se llamaba a quien presidía el Tribunal de Justicia del Estado.

Cuando Arteaga compensó a Juárez nombrándolo regente de la Corte de Justicia, don Benito aceptó inmediatamente, si bien hizo notar que ese puesto, pese a ser *inferior** a sus fuerza, procuró desempeñarlo con la exactitud conveniente.

El Gobierno general, sigue escribiendo Juárez, convocó a elecciones para reformar la constitución de 1824, como él fue uno de los nombrados

28 Bulnes, *Juárez y las Revoluciones*, p. 135

29 Chávez, *Benito Juárez*, p. 14

* Cursivas en el original

por Oaxaca fue a la capital de la república a principios de diciembre de 1846. La carta de presentación de Arteaga a Juárez para Valentín Gómez Farías, jefe de los liberales puros, describe a don Benito como un perfecto federalista y liberal. Pero también entonces conoció a otro jalisciense, Mariano Otero, jefe de los moderados. También conoció al yucateco Rejón, otro destacado puro, y a los moderados José Joaquín de Herrera y a Mariano Riva Palacio.³⁰ Como el gobierno carecía de fondos suficientes para la defensa, el diputado por Oaxaca Tiburcio Cañas presentó una iniciativa para facultarlo a hipotecar partes de los bienes que “administraba” el clero. Admitida esa proposición pasó a una comisión de la que Juárez formaba parte. El 10 de enero de 1847 se consultó la adopción de esa medida. El debate fue largo y acalorado porque el partido moderado, que tenía una gran mayoría, se opuso fuertemente a ese proyecto que, sin embargo, a las dos de la mañana del día 11 se aprobó en lo general. Pero al discutirse en lo particular la oposición presentó la multitud de adiciones a cada uno de los artículos.

Con la mira antipatriótica de que aun cuando saliese aprobado el decreto tuviese tantas trabas que no diese el resultado que el Congreso se proponía. A las diez de la mañana terminó la discusión con la aprobación de la ley que, por las razones expresadas, no salió con la amplitud que se deseaba.

Entonces el clero, los moderados y los conservadores, sigue recordando Juárez, redoblaron sus esfuerzos para quitar de la presidencia a Valentín Gómez Farías. Poco después lograron sus deseos sublevando a parte de la guarnición de la plaza mientras nuestras tropas defendían la independencia nacional en la frontera norte y en Veracruz.

El motín de los polkos fue visto con indignación por la mayoría de la República y sedujeron al general Santa Anna quien se hallaba a la cabeza del ejército en la Angostura nombrándolo presidente de la república contra los

30 Hamnet, *Juárez*, p. 33; Jauregui y Serrano Ortega, *Historia y Nación*, II, pp. 359-363

votos de moderados y conservadores. Pero Santa Anna, “inconsecuente como siempre regresó para dar el triunfo a los rebeldes, quienes lo recibieron en la Villa de Guadalupe con sus pechos adornados con escapularios y reliquias de santos como *defensores de la religión y los fueros*.” Gómez Farías fue destituido y se negó a los diputados liberales la retribución que les concedía la ley, por esa razón volvió a su casa para dedicarse a su profesión.³¹

Se dice que Juárez “era rígido, por no decir exagerado, en el cumplimiento del deber. Lo exigía de los otros y no se perdonaba a sí mismo.” En su segundo año de gobierno llegaba a las 9 de la mañana, los empleados decían que parecía albañil, como estaba de moda el francés, lo llamaron el “masón” (*maçon* en francés) pero por aquel entonces [1849] no había puesto el pie en logia alguna y estaba muy lejos de conocer los secretos de los ritos.³²

Sin embargo desde el 15 de enero de 1847 se había incorporado a la masonería en el palacio nacional. En el Acta de Iniciación Masónica se hace constar que un salón del H. Senado se habilitó como templo masónico, bajo la dirección de José Ma. del Río. En la nutrida concurrencia en la que destacaron todos los miembros del Rito Nacional Mexicano, MANUEL CRESCENCIO REJÓN (EL PERICLES DE LOS ORADORES), VALENTÍN GÓMEZ FARÍAS (EL PATRIARCA DE LA DEMOCRACIA) EL LIC. MIGUEL LERDO DE TEJADA,** “así como otros muchos.”

EL C. JUAREZ ya AP.: declaró emocionado que para el sucesivo adopta el Nom.: Sim.: de GUILLERMO TELL.³³

Arrangoiz elogia la alta capacidad de Rejón, “indio yucateco de gran talento”; según Guillermo Prieto era

31 Juárez, *documentos*, I, pp. 149, 151, 153, 155, 159, 161, 163, 165, 167

32 Iturribarria, *Historia de Oaxaca*, p. 364

33 Juárez, *Documentos*, I, pp. 422 – 423, 474

** Mayúsculas en el original

Excitadísimo, de claro talento, de hablar atropellado y fogoso, con el marcado tipo del mulato y la audacia del indio montañés. Su instrucción le hacía muy superior en el círculo en que figuraba... la imaginación de Rejón se solazaba con avidez entre las tempestades de la revolución francesa y la realización de su ideal eran los Estados Unidos.³⁴

Como es sabido, al yucateco liberal puro Rejón y al tapatío liberal moderado Mariano Otero se debe el juicio de amparo.

Porfirio Díaz era masón escocés, logia menos intolerante que el Rito Nacional Mexicano de Juárez, Ocampo, Miguel Lerdo de Tejada; Ramón Corona fue Maestro de la Gran Logía de Occidente y también perteneció al Rito Nacional Mexicano.³⁵

Según Zayas Enríquez, Juárez fue francmasón del Rito Nacional Mexicano, grado noveno, el más alto, equivalente al trigésimo tercero del Rito Escocés.

Fue tan ferviente en la práctica masónica, que su nombre se conserva con veneración en todos los ritos, y muchas logias y cuerpos filosóficos lo han adoptado como un símbolo sagrado.³⁶

Sin embargo, un literato escribió que fue “venerable hermano de la logia yorkina”³⁷. Según una historiadora ingresó a la masonería en 1845, pero que no obstante, su idea de luchar por la libertad “no derivaba de una concepción intelectualizada, sino mas bien espontánea, nacida al calor de los acontecimientos”.

34 Prieto, *Memorias*, II, p. 195. Arrangoiz, *México*, II, pp. 260 - 261

35 González Navarro, *Cristeros*, I, p. 141

36 Zayas Enríquez, *Benito Juárez*, p. 329

37 Paso, *Noticias*, p. 620

tecimientos”.³⁸ José C. Valadés criticó “las supercherías del anticlericalismo literario, de la masonería fabulosa, o del liberalismo elegante, constituyen un atentado a la verdad”.³⁹ Y en otro libro señaló que no era religioso en el sentido confesional y que el clero sabía que no se movía por el liberalismo europeo “ni por la logia masónica”.⁴⁰

La rebelión de los polkos la encabezaron los liberales moderados: Pedro María Anaya, Vicente García Torres, Otero, Lafragua y Payno.⁴¹ José María Roa Bárcena rechaza que hubieran recibido órdenes o inspiración de dos o tres mayordomos de monjas.⁴² El obispo y el cabildo de Michoacán protestaron el 22 de enero de 1847 contra la ley del 11 de ese mes y año; el gobernador de ese estado le contestó, una semana después, que ofendían a la representación nacional. El obispo de Puebla declaró el 27 de enero que quienes ocuparan los bienes de la Iglesia incurrían en excomunión. Vicente Romero propuso al día siguiente, al congreso de la unión, que sólo se reconociera al poder eclesiástico potestad espiritual, y a todo eclesiástico sin excepción, se le considerara súbdito del gobierno.⁴³ Juárez propuso el 16 de abril de 1847 el restablecimiento del orden constitucional en Oaxaca, y con tal fin se decretara la ilegalidad de los polkos.⁴⁴

El iconoclasta Bulnes justificó la rebelión de los polkos porque la Iglesia

como institución que no tiene ni debe tener patriotismo, porque su dogma es ser universal, su doctrina es ser única, su ambición reinar sobre la humanidad, su ideal teórico preparar la vida eterna; en consecuencia tampoco le importan las

38 Galeana de Valadés, *Benito Juárez*, p. 20

39 Valadés, *D. Melchor Ocampo*, p. 325

40 Valadés, *El pesamiento de Juárez*, p. 115

41 Álvarez, *Estudios*, V, p. 326

42 Roa Bárcena, *Recuerdos*, I, p. 247

43 Reyes Heróles, *El liberalismo mexicano*, III, p. 166

44 Jáuregui y Serrano Ortega, *Historia y Nación*, II, p. 370

naciones, las formas de gobiernos, las geografías políticas y las cuestiones internacionales.

Los puros en 1847 no salen mejor librados, eran la “broza demagógica”. Ningún hombre de significación quería estar con ellos, excepto uno que valía mucho, pero que estaba ciego, Valentín Gómez Farías. No eran los reformistas de 1833, los constituyentes de 1856, los rojos de 1858 y 1859, ni los jacobinos de 1867 a 1876: “y sin embargo la ignorancia ha identificado a todos”. Aprovecha que Juárez se negó en 1848 a permitir la entrada de Santa Anna a Oaxaca, para pontificar: los mexicanos servíamos para todo, menos para liberales, habíamos nacido “para tiranuelos o esclavos o ambas cosas a la vez”.⁴⁵

En agosto de ese año de 1847 los liberales se apoyaron en un decreto que aprobó el Congreso General a moción de la diputación oaxaqueña, desconociendo a las autoridades establecidas por los revoltosos. El 23 de noviembre los liberales lograron que se encargara del gobierno Marcos Pérez, presidente de la Corte de Justicia y la legislatura lo nombró a él gobernador interino del Estado, cargo que desempeñó del 29 de noviembre de 1847 al 12 de agosto de 1848.⁴⁶

Juárez había regresado a Oaxaca en agosto de 1847, fue nombrado gobernador interino el 23 o el 26 de octubre de 1847, algunos critican que asumió la gubernatura con flagrante violación de la constitución. Expulsó al vencido Santa Anna y a su familia de Teotitlán del Camino. Según Iturribarria de octubre de 1847 a agosto de 1852 Oaxaca vivió

al amparo del patriotismo, de la prudencia y de la honradez inmaculadas de indio de Guelatao, vivió una de las épocas más prósperas que registra su historia.⁴⁷

45 Bulnes, *Juárez y las Revoluciones*, pp. 152, 163, 195

46 *Juárez Documentos*, I, p. 169

47 Taracena, *Juárez*, pp. 49, 52; Iturribarria, *Historia de Oaxaca*, pp. 349-351

Entre los protagonistas de la guerra de Reforma que participaron en la guerra contra Estados Unidos se cuentan los capitanes Leonardo Márquez y Luis G. Osollo, quienes combatieron en las primeras compañías de tiradores en La Angostura; Márquez refrendó su valor y pericia en la batalla de Molino del Rey, donde los norteamericanos tuvieron más de 800 bajas, el mayor número en esa guerra. Miramón y Ramírez Arellano fueron hechos prisioneros en la defensa de Colegio Militar en Chapultepec. Entre los liberales destacaron Gutiérrez Zamora en la defensa de Veracruz, Florencio Villarreal participó en San Antonio con fuerzas de Sur y Anastasio Zerecero con guardias nacionales, mientras Juan José Baz y Vicente García Torres llevaban órdenes y municiones de Santa Anna. Roa Bárcena recuerda el fracaso de Juan Álvarez en la guerra contra Estados Unidos; Enrique de Olavarría y Ferrari lo atribuye a la defectuosísima organización de la caballería compuesta de masas indígenas, "tanto más inútiles cuanto más numerosas." Andrés Molina Enríquez coincide con Roa Bárcena, se hizo todo lo que se pudo en la defensa nacional, era una ilusión pensar que los resultados pudieron haber sido diferentes. Según Roa Bárcena la defensa de México contra Estados Unidos "fue la que podía hacerse dadas las circunstancias y no fue deshonoroso como los mexicanos en nuestro prurito de apocarnos hemos creído y proclamado los primeros, a reserva de indignarnos contra quienes lo han repetido."⁴⁸ Entre los conservadores ese recuerdo ayuda a explicar su hostilidad contra Estados Unidos en las guerras de Reforma y el Imperio.

El primer magistrado de la Suprema Corte de Justicia de Oaxaca, Marcos Pérez se convirtió en gobernador el 23 de octubre de 1847, 6 días después designó a Juárez gobernador. "Técnicamente" (ignoro que significa eso) se ha dicho que Pérez fue el primer gobernador de origen indio, pero el autor de esa afirmación acierta cuando señala que ambos fueron liberales más bien que indios, lo prueba el hecho de que aparte de la breve

48 Roa Bárcena, *Recuerdos*, I, pp. 164, 268; II, pp. 249, 263, 273, 290, 357, 690; III, pp. 42-43, 104, 152; Molina Enríquez, *La Revolución*, Libro Segundo, p. 93

introducción a sus *Apuntes*, Juárez y su círculo liberal se opusieron a esa identificación, no hay más referencias a sus orígenes zapotecas, aspiraban a un estado-nación gobernado como una república basada en la soberanía de pueblo, la igualdad ante la ley y la supremacía del poder civil.⁴⁹ Volveremos sobre este tema, que ya hemos esbozado, a lo largo de este libro.

El 29 de octubre de 1847 en su carácter de gobernador constitucional de Oaxaca se dirigió a sus habitantes, confesándoles que para poder sobrellevar el terrible peso que gravitaba sobre él no le bastaban sus débiles fuerzas. Necesitaba el auxilio de la Providencia Divina y la eficaz cooperación de los oaxaqueños, es decir, a Dios rogando y con el palo dando, añadimos nosotros. No debían rehusarle su cooperación porque sostendría sus intereses y derechos. Orgullosamente señaló que por sus muchos años dedicados al servicio público ya lo conocían por su constante dedicación al trabajo, su amor ardiente por la libertad y su celo en sostener los derechos de hombre. No debía, por tanto, temer que el inmenso poder que depositaban en sus manos favoreciera a una familia, a una clase o a un partido. El invasor injusto que ocupaba la capital de la república tal vez ya había ordenado la invasión de su Estado.

¿Y permaneceremos indiferentes a tanta desgracia? ¿veremos con frialdad que viles mercenarios vengán a saquear nuestras casas, a violar a nuestras esposas y a nuestras hijas y a echar sobre nuestro cuello la coyunda de la servidumbre y de la afrenta? No, oaxaqueños.⁵⁰

De nueva cuenta con el palo dando, Juárez nombró el 15 de noviembre de 1847 a Ignacio Mejía para que fuera a comprar armamento a Guatemala para defenderse con entusiasmo de la injusta y vandálica guerra de los pérfidos norteamericanos. El ministro de Relaciones Exteriores de Guate-

49 Hamnet, *Juárez*, pp. 34-35

50 Spores, *Benito*, p. 34

mala contestó a Juárez el 5 de enero de 1848 que, aunque deseaban el triunfo de la causa justa, tenían la obligación de conservar inalterables las relaciones de amistad que el gobierno federal de Centroamérica suscribió con el de Estados Unidos no podía abandonar la senda que desde un principio se propuso seguir en la contienda entre esas dos repúblicas. Por eso negó la invitación que el presidente y dos generales de Honduras le hicieron el 2 de julio último, no podía intentar cosa alguna a favor de la Nación Mexicana porque violaría el tratado con Estados Unidos. En fin, deseaba que esa guerra terminara del modo más conveniente y ventajoso “a los intereses de una Nación digna de mejor suerte”⁵¹

El plan de Amatlán del 30 de diciembre de 1847 desconoció a las autoridades; prohibió el cobro de las rentas de las tierras, las que fueron declaradas comunes y las de las haciendas se disfrutarían sin estipendio alguno; se derogaron todos los impuestos, salvo los destinados a cubrir las urgencias locales o los gastos de la guerra. Como los curas de los pueblos indígenas eran un verdadero azote de esa desgraciada clase, se prohibió el pago de toda costumbre u obvención que se estaban cobrando; los curas se considerarían como empleados públicos, sus dietas se pagarían a juicio de la autoridad. En la Huasteca se rebelaron Ixhuatlán, Papantla, Chicontepec y otros puntos. Apenas una semana después, el 7 de enero de 1848, el Plan de Tantoyuca y Chicontepec dispuso que para combatir a los norteamericanos todas las propiedades territoriales serían comunes a todos los ciudadanos de la república. Los propietarios no podrían exigir cantidad alguna a los arrendatarios. El 20 de enero se adhirieron a ese plan los habitantes de la hacienda de Cayahual, partido de Chicontepec, en presencia del dueño de esa hacienda.⁵²

Juárez temeroso de que el enemigo exterior invadiera Oaxaca pidió el 25 de enero de 1848 al obispo de Oaxaca el auxilio muy robusto e impor-

51 Juárez, *Documentos*, I, pp. 531-532, 545-546

52 Reyes Heróles, *El liberalismo mexicano*, III, pp. 569-571

tante del venerable clero secular y regular, en sus pláticas y sermones, ante el peligro de perder la patria y la religión.⁵³ El secretario de Gobierno de Oaxaca pidió el 26 de enero a los hacendados cooperaran con carnes, semillas y otros víveres. Dos días después ese funcionario pidió al clero secular y regular una o más campanas para aumentar el número de piezas de artillería.⁵⁴

En cambio, tres días después el ayuntamiento de la ciudad de México invitó a una comida a los vencedores norteamericanos, se acusó a su presidente Francisco Suárez Iriarte de haber brindado por la anexión de México a Estados Unidos. Algunos reducen el brindis a un agradecimiento por las obras hechas por los norteamericanos en pro del abastecimiento de agua a la ciudad. Según el coronel Tejan Allen Hitchcock todo los miembros del ayuntamiento brindaron resueltamente por el ejército norteamericano, y dos o tres les pidieron que no abandonaran México sin antes “destruir la influencia del clero y del ejército”. Los conservadores acusaron a Miguel Lerdo de Tejada, quien asistió a ese convivio en calidad de miembro del ayuntamiento, de haber sido uno de los que pidieron la anexión de México a Estados Unidos.⁵⁵ En las Actas del Cabildo no hay referencias a esa comida,⁵⁶ pero esto no significa que no se haya verificado y que dos o tres hayan pedido la anexión. El caso de Miguel Lerdo de Tejada es posible si se recuerda que fue probablemente el liberal que más pidió el apoyo norteamericano en la guerra de Reforma. Al discutirse el tratado de paz los liberales puros (entre otros Rejón) pedían en Querétaro la guerra, los moderados la paz, tal vez esa aparente contradicción se explique porque la capital vivía bajo la espada enemiga y no advertía pruebas del deseo nacional de continuar la guerra. Ezequiel A. Chávez, contra la opinión que examinaremos más adelante, rechaza la tesis de que si se hubieran arrancado al clero sus

53 Juárez, *Documentos*, I, p. 547

54 Spores, *Benito*, pp. 41-43

55 Roa Bárcena, *Recuerdos*, III, p. 313; González Navarro, *Los Extranjeros*, I, pp. 272-273

56 Blázquez, *Miguel Lerdo de Tejada*, p. 30

bienes para destinarlos a la guerra contra Estados Unidos, México hubiera vencido porque ni eran tan cuantiosos “ni habrían bastado para dar patriotismo y talento militar a quienes no lo tenían”.⁵⁷

Juárez escribió el 11 de abril de ese año de 1848 al obispo de Oaxaca que el 7 de abril de 1846 la Asamblea Departamental deseaba averiguar, en obsequio de la juventud de Tehuantepec, la inversión que se daba a los réditos del capital impuesto en la casa de Manuel Fernández Vallejo para el establecimiento de una escuela de primeras letras en esa villa para que como patrono de esa fundación se interesara se restituyeran los 3 300 pesos destinados a esa escuela.⁵⁸ El obispo contestó inmediatamente que no había sido informado de este asunto, pese a que había pedido al cura del lugar un informe circunstanciado, porque había sido separado de ese lugar. Tan luego como tuviera ese informe se lo comunicaría.⁵⁹

En efecto, en ese año los indios robaron la sal de las salinas de Francisco Javier Echeverría y los terrenos de Esteban Maqueo, aunque algunos fueron aprehendidos, los robos aumentaron en marzo y el 10 de abril saquearon las salinas de Salina Cruz encabezados por Meléndez, quien era gobernador de Tehuantepec, y José Chichic. El 17 de abril levantaron una acta asegurando que la sal les pertenecía, como la autoridad les embargó una recua de sus mulas, indignados exigieron en Juchitán la devolución de la sal, de sus mulas y del arriero, el 23 de ese mes liberaron a los detenidos Hilario López, del grupo del Meléndez, comunicó el departamento de Tehuantepec que no había desconocido al gobierno del Estado ni siquiera al ayuntamiento de Juchitán.⁶⁰

Juárez escribió el 30 de mayo de 1848 al obispo de Oaxaca que el gobernador del Departamento de Ejutla el 24 de ese mes, que el gobernador

57 Chávez, *Benito Juárez*, p. 13

58 Juárez *Documentos*, I, pp. 556-557

59 Juárez *Documentos*, I, p. 558

60 Iturrigarria, *Historia de Oaxaca*, p. 366

deseaba saber el motivo por qué no estaba establecida la escuela de primera letras en el pueblo de Santa Ana Zegache. Aunque no había recibido la nota que le insertaba tuvo informes positivos de que en ese pueblo no había escuela, que existía un fondo de 6 000 pesos que dejó el presbítero don Domingo Moral para dotar esa escuela con 3 000 pesos anuales, pero un pleito pendiente no permitía establecer la escuela ni pagar al maestro. Por eso expidió la circular a todas las subprefecturas el 13 de abril para impulsar la instrucción pública “bastante atrasada en el mismo”.⁶¹

El obispo de Oaxaca escribió el 6 de junio al gobernador del Estado que había movido, sin éxito, cuantos resortes se habían presentado, para que el albacea del finado fincara en la labor de la Soledad el capital, pese a haber sido vencido en todas las instancias. También había apelado a todos los medios suaves que un eclesiástico de su confianza lo inclinase al cumplimiento de esa obra pía, y otros pasos extrajudiciales. El cura había tenido poco o ningún participio en ese negocio.⁶²

Por otra parte, Tomás Mejía inició el 4 de junio la lucha campesina del Real de San José de los Amoles que se extendió desde Jalpan, Querétaro, hasta Tancanhuitz, San Luis Potosí. En efecto, en una Acta de Oficiales y vecinos del pueblo, el comandante Castrillo manifestó el gran deseo de cooperar a la salvación de la infortunada patria, los pueblos cansados de ser

sepultadores de los males que los agobian bajo el yugo despótico del gobierno, como por otra parte el estado único de feudalismo en que por desgracia estamos envueltos por esta causa me he propuesto invitar a tan honrados señores ... salvación ofrezca sacarnos del abatimiento nos han puesto recargadas gavelas y contribuciones.

61 Juárez *Documentos*, I, pp. 561-562

62 Juárez *Documentos*, I, p. 564

El primer artículo de ese Plan desconoció al gobierno; el segundo declaró la guerra sin tregua al invasor americano; el tercero castigaría con rigor al que se opusiera a ese plan, si era propietario sus bienes serían declarados comunes, "por reputarse antimexicano"; el artículo cuarto extinguió las contribuciones; el quinto señaló que las autoridades que abrazaran ese plan quedaban en el libre ejercicio de sus funciones; el sexto dispuso que ese plan circulara en los pueblos del distrito y el séptimo que el día 20 de ese mes se reunirían los capitanes de las compañías de los pueblos amigas en el centro de la sierra para nombrar un general mexicano. Firmaron ese plan Tomás Mejía y 13 más. Los pueblos indígenas del norte de Hidalgo se unieron el 13 de julio a la rebelión de Sierra Gorda. El movimiento se extendió a Huauchinango, Puebla, Tamazunchale, San Luis Potosí, y Huejutla, Hidalgo. El presidente José Joaquín Herrera indultó a los rebeldes el 13 de agosto de 1848.⁶³ Mejía deseó seguir combatiendo al invasor, en esto coincide con su futuro enemigo Juárez, pero a diferencia de éste defendió las tierras de los indios.

Juárez felicitó el 23 de junio de 1848 al Ministro de Relaciones Exteriores y Exteriores porque el 12 se enarboló sobre el Palacio de México el pabellón de la República y el resto del ejército norteamericano desocupó la capital. Aumentaba su satisfacción la circunspección que guardó el pueblo en una ceremonia que debió causarle una impresión profunda, debido al celo de las autoridades del Distrito Federal y a su general sensatez, justamente admirada por los extranjeros. También veía con placer que el presidente de la república entró ese día a la capital.⁶⁴

Juárez en su Exposición al soberano congreso de Oaxaca al abrir sus sesiones el 12 de julio de 1848, señaló que había un plan para que fuera a Oaxaca el general Santa Anna. Tanto el cuerpo legislativo como el ayuntamiento de la ciudad de México excitaron al gobierno para que evitase a

63 Reina, *Las rebeliones campesinas*, pp. 292-293

64 Juárez *Documentos*, I, p. 566

todo trance la entrada del general Santa Anna que indudablemente causaría un motín. Como el invasor contramarchó a Tehuacan el general Santa Anna se retiró del territorio de Oaxaca.

En el convento de Belén, merced al celo infatigable del Sr. cura don Nicolás Vasconcelos, el hospital se sostenía regularmente con las rentas de ese establecimiento. Los medios más eficaces para dar animación a la agricultura, a la industria y al comercio, eran habilitar uno de los puertos del sur para el comercio extranjero, abrir caminos y suprimir la renta de alcabalas. Esperaba que pronto se habilitara el puerto de Huatulco para el comercio extranjero, del que dependía en gran parte la futura prosperidad del Estado, con tal fin dispuso una junta de las personas más notables del departamento de Ejutla para que propusiesen un proyecto que abriera pronto el camino de Oaxaca a Huatulco. En los años de 1825, 1833, 1844 y 1847 se expidieron algunos decretos para la apertura de esos caminos, pero fueron ilusorios porque se encomendaba la obra a particulares "lo que equivale a no hacer cosa alguna por la absoluta falta de espíritu de empresa entre nosotros".

En Santa Ana Zegache debía haber una escuela costeada con los productos de un capital que dejó el finado bachiller don Domingo Morales, en Tehuantepec debía haber otra, sostenida con los réditos del capital de 3 000 pesos que dejó el finado don Luis Pérez Lazárraga. Como la primera se había cerrado hacia tiempo, y en la segunda no se había abierto nunca, se dirigió al Ilmo. señor Obispo de esa diócesis, que era el patrono, para que se realizaran los benéficos fines que se propusieron los fundadores. Como su Señoría Ilustrísima manifestó la más buena disposición, esperaba que muy pronto se abrieran esas escuelas. Tanto en la instrucción primaria como en la secundaria, aunque los maestros tenían una "decente compensación", y no obstante que la instrucción era gratuita, la concurrencia de niños era menor de la que era de esperarse, a causa de la miseria pública

El hombre que carece de lo preciso para alimentar a su familia, ve la instrucción de sus hijos como un bien muy remoto,

o como un obstáculo para conseguir el sustento diario. En vez de destinarlos a la escuela, se sirve de ellos para el cuidado de la casa o para alquilar su débil trabajo personal, con que poder aliviar un tanto el peso de la miseria que lo agobia.

Casi todos los oaxaqueños se dedicaban a la agricultura y al comercio, pero nunca podían aumentar sus fortunas porque sus ganancias eran tan cortas que apenas bastaban para satisfacer sus primeras necesidades. Los agricultores por el mal estado de los caminos no podían exportar sus productos fuera del Estado porque el excesivo costo de los fletes consumía utilidades que podían tener. Por eso mientras más abundantes fueran las cosechas mayor era la baratura de sus productos. Los comerciantes por el derecho que pagaban sus efectos, y no poder introducirlos en carruajes, no podían hacer las grandes ganancias que debieran, por tanto vendían demasiado caro sus efectos, de ahí que los consumidores sufrieran el perjuicio de la carestía. Según Juárez era fácil destruir las causas de esa miseria: facilitar las comunicaciones con el extranjero y con los demás Estados de la República abriendo puertos y caminos.

La nunca olvidada patriótica administración del Sr. Herrera dio un paso importante señalando rentas a los Estados el 6 de agosto de 1845, pero desapareció brevemente por la infame asonada de San Luis regentada por don Mariano Paredes, con el fin de preparar las cosas para la venida de un “monarca extranjero por quien deliraba”, afortunadamente pronto fue vencido.

El gobernador solicitó al actual poseedor de las salinas de Tehuantepec las vendiera al Estado, para que éste contara con una renta pingüe y segura y poco gravosa de los ciudadanos, “y lo sería menos sacándose del poder de particulares que siempre prefieren sus intereses a los de la comunidad”.

A mediar sobre estos bienes innegables y sobre los cuantiosos

rendimientos que ha tenido la renta de alcabalas, la pluma se resiste a combatirla y más bien se siente inclinada a consultar

medios para evitar los males de que se les acusa. ¿Pero, sería esto posible? No nos alucinemos; la libertad que el comercio saborea ya en los Estados limítrofes lo hace impracticable; porque nulificando las combinaciones que se requieren desde el momento en que los efectos se mueven de un punto, facilitan el fraude que, aliado íntimamente con el interés individual, y debe convenirse en que sólo a fuerza de moderarlo un tanto; pero esta reduciría extraordinariamente los productos y hostigaría a los ciudadanos por las pesquisas y providencias que demandara, y de que frecuentemente serían víctimas.

Juárez apoyó esta tesis con una *Memoria* de Hacienda, desgraciadamente no dio su fecha.

También informó que compró pólvora, plomo y cobre para proveer a la tropa del parque suficiente, "El venerable clero ha hecho de este último efecto generosos donativos"

Como casi todos los pueblos se componían de indígenas, y en su mayoría no entendían el castellano, y ya fuera por los malos tratamientos que recibían cuando eran destinados al servicio militar preferían pagar cualquier contribución que los liberara de esa carga. Por eso se les tomaba por la fuerza y era preciso tenerlos siempre presos, de ahí que los reemplazos sólo se sacaran de pocos pueblos. Creía conveniente que disminuyera el número de reemplazos que daba el Estado, contribuyendo con dinero los pueblos que no dieran reemplazos, "sólo así se conseguiría dar gente útil al ejército sin perjudicarse a los pueblos"⁶⁵

Es muy útil relacionar esta Exposición de 1848 con el programa de la Reforma iniciada 6 años después. Desde luego el rechazo de Santa Anna; la política económica de apertura de caminos y el puerto de Huatulco; la peti-

65 Juárez *Documentos*, I, pp. 572-610

ción de la venta de las salinas al Estado y cierta ambivalencia con respecto de las alcabalas; el interés por la educación cuyo atraso atribuye a la miseria, sobre todo rural, y el rechazo a la monarquía y a la leva, y el trato no sólo respetuoso sino cordial al obispo.

El 4 de noviembre de 1848, el Oficial Primero dirigió una Circular a los gobernadores de departamentos por enfermedad del secretario, en ella se mandó observar la ley del 11 de septiembre de 1820, porque se notaba que en algunas poblaciones y muy especialmente en la capital, existían muchos individuos que no se ejercitaban en algún oficio, sólo frecuentaban las tabernas y las casas de juego, fomentando de ese modo la inmoralidad. Deberían consignar al juez competente a todos los vagos que hubieran en las poblaciones del departamento de su mando.⁶⁶ El gobernador Juárez ordenó el 10 de diciembre que como los días 12 y 18 deberían celebrarse “las funciones religiosas de tabla y de gran solemnidad dedicadas a la maravillosa aparición de N.S. de Guadalupe y Santísima Virgen de la Soledad patrona de esta capital”, para que los actos religiosos tuvieran todo el lustre posible los señores Generales y oficiales de la guarnición de reunirían a las 8 de la mañana en el salón de ese gobierno de donde saldría la comitiva para dirigirse a las iglesias en que se verificarían.

Juárez pidió el 11 de diciembre a los gobernadores de los departamentos que el día 12 se celebraría en la catedral “la festividad de Nuestra Madre y Señora de Guadalupe”, deseando que se solemnizara del mejor modo posible se harían salvas de artillería y la escolta debía marchar detrás de la comitiva. Don Benito Juárez comunicó al Sr. Comandante General de las armas del Estado, el 15 de diciembre, que el 18 de ese mes se celebraría la función de “N.M. Sra. de la Soledad en el templo donde se venera.

y deseando que ese acto religioso al que debe asistir el Gobierno acompañado de las demás autoridades y funcionarios

66 *Colección de Leyes de Oaxaca*, I, pp. 555-556

públicos de esta ciudad tenga toda la solemnidad posible, he de merecer a V.S. se sirva concurrir en unión de los Generales, Jefes y oficiales de la guarnición reuniéndose al efecto a las ocho y media de la mañana en la casa de este gobierno de donde saldrá la comitiva para dirigirse al templo mencionado.⁶⁷

Importa comparar la obligatoriedad de la asistencia a estos actos religiosos con la crítica que hizo en su *Apuntes* de la unión de la Iglesia y el Estado.

En fin, el obispo de Oaxaca advirtió en 1849 a Juárez que el elemento indígena, al que calificó de sospechoso por temperamento, nunca vería en una investigación un motivo inocente del gobierno de Estado, sino un designio siniestro contra ellos. Las comunidades indias rehusarían contribuir al sostenimiento de la religión. Tal respuesta implícitamente advertía a las autoridades civiles que la presión de la Iglesia podría provocar la hostilidad de los aldeanos, quienes también veían amenazada su propia posición. Sugirió una posible combinación clerical y de las comunidades frente a las políticas liberales.⁶⁸

67 Spores, *Benito Juárez*, pp. 321, 323

68 Hamnet, *Juárez*, p. 96

LA HISTORIA ENTRE LAS HUMANIDADES Y LAS CIENCIAS SOCIALES COMENTARIO A MANUEL MIÑO GRIJALVA

Álvaro Matute Aguirre
UNAM / Academia Mexicana de la Historia

El tomo XLVII de las *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia* ofrece un artículo del doctor Manuel Miño Grijalva que lleva el título inquietante de “Historiadores ¿para qué? Un enfoque desde la educación superior”, que no puede pasar desapercibido a los ojos de quienes nos dedicamos a la historia de la historiografía en todas sus facetas y no sólo en aquéllas destinadas al examen de los libros, sino que ampliamos la esfera de nuestros intereses a todo aquello relacionado con la escritura y difusión de la historia, incluyendo una sociología de la misma.¹ Es por ello que procedo a hacer algunos comentarios a las ideas que expresa el doctor Miño en el artículo citado, no sin antes expresarle mi simpatía y reconocimiento por abordar una serie de asuntos que nos conciernen a todos los integrantes del gremio.

¹ De mis intereses sobre estos asuntos, doy constancia en mis artículos: “La profesionalización del trabajo histórico en el siglo XX”, en *México en el siglo XX*, tomo I, México, Archivo General de la Nación, 1999, 694 p., p. 415-440 y “La historia en México (1984-2004)”, *Mexican Studies / Estudios Mexicanos*, vol. 20, issue 2, Summer 2004, p. 327-342 para sólo citar los dos más recientes.

Son muchos los puntos que abarca el artículo, siendo uno el que da título a este comentario, el de la ubicación de la historia en los campos de las humanidades o de las ciencias sociales. La primera alusión del tema en el artículo se da en el sentido de que la historia “ha sido expulsada de las ciencias sociales hacia las humanidades” (p. 151).² Quien lo hizo fue el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT). Miño sostiene que la historia “debe ser *construida o reconstruida y explicada* y cada vez más asociada a los métodos de las ciencias sociales como la economía, la sociología o la política y cada vez más alejada de las simples humanidades” (p. 152, cursivas en el original) y agrega “por más que se haga hincapié en que la virtud intelectual y social de la historia descansa precisamente en su escéptico rechazo de las camisas de fuerza científicas que otros desean poner al comportamiento y la experiencia humanos” (p. 152).³ Preocupa a Miño constatar si “¿se ha convertido, acaso, la historia, en una asignatura de cultura general y punto?” (p. 153). Refiere, acaso con nostalgia, que “hace algunas décadas no había duda de que la historia era parte de las ciencias sociales junto a la economía, el derecho, la antropología, la sociología...” (p. 154). Y lamenta que el CONACYT, como resultado de algún consenso, la ubique como parte de las humanidades. Si bien no hace referencia a cuáles son las disciplinas humanísticas, denota su inconformidad y deja entrever que esa situación implica una pérdida de rango, ya que la economía, al ser enunciada al lado de las ciencias sociales, parece haberse elevado a un nivel cercano al de las ciencias exactas. Su inconformidad lo lleva a llamar la atención acerca de la “falta de rigor”, a que no basta “saber fechas y repetir efemérides” ni “estudiar, analizar o reproducir documentos de otros siglos” (p. 154). Concluye: “En cambio no sucede lo mismo con la economía o la física. Seguramente si por arte de magia todos pudiéramos hacer las complicadas ecuaciones e inferencias del conocimiento matemático, todos seríamos físicos o economistas” (p. 154) y acaso lamenta que la historia “ha sido proyectada más al mundo de la ideología y al subjetivismo

2 En adelante, las referencias al trabajo de Miño las haré en el texto, citando la página entre paréntesis.

3 Yo me cuento entre los que hacen hincapié en eso.

que al de la rigurosidad científica" (p. 154). Esta argumentación es definitivamente moderna o modernizante. Su problema es que la expresa en plena posmodernidad.

Para bien o para mal, bien de unos y mal de otros, la antes desdeñada narrativa ha sido revalorada, no sólo en su carácter de expresividad, sino que se demuestra su fundamento epistémico. Junto a ella, también se pondera la vocación hermenéutica de la historia, esto es, se ha dado la presencia de los dos "giros" de la filosofía reciente, el lingüístico y el hermenéutico, que han involucrado a la teoría de la historia de una manera contundente.⁴ Precisamente, gracias a la presencia del primer giro, sabemos que el lenguaje del científico es denotativo, mientras que el del historiador es connotativo.⁵

Sin embargo, Manuel Miño convendría conmigo en que la historia no es un producto que se vende en supermercado. No se trata de estar oscilando entre una y otra polaridad, ya que en la práctica se produce buena historia humanística y buena historia científico-social. En ese sentido, los nexos de la historia con la economía, la demografía, la antropología, la sociología y el derecho, entre otras disciplinas, no debe ser desdeñado, puesto que se ponen en práctica todos los días. ¿Qué hacer, entonces con las relaciones de la historia con sus hermanas humanísticas, la filosofía, la lingüística, la literatura y la teoría literaria? No escapa a Miño la especificidad de la his-

4 No quiero abrumar al lector con citas farragosas. Sólo llamo la atención sobre los trabajos de Paul Ricoeur, Hayden White, Frank Ankersmit, quienes han teorizado sobre la función de la narrativa y la narratividad, por una parte, y por otra, a Hans-Georg Gadamer, quien ha desarrollado el interesante concepto de la "historia efectiva", con el que, por cierto, intenta superar el relativismo de la hermenéutica anterior. Una multitud de artículos de la revista *History & Theory* a lo largo de los últimos treinta años ha establecido el valor epistémico de la función narrativa en la historia. Hans Kellner ha mostrado cómo aun el propio Fernand Braudel incurrió en desarrollos narrativos en *El Mediterráneo*. Un estupendo muestrario argumentativo de la cuestión, en Frank Ankersmit y Hans Kellner (eds.), *A New Philosophy of History*, Chicago, The University of Chicago Press, 1995, 289 p.

5 Argumento bien sustentado por J. E. Hexter, "Historiografía. La retórica de la historia", *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, Madrid, Aguilar, 1968.

toria del arte, que implica serias dificultades para enviarla al campo de las ciencias sociales, pero ¿qué hacer con la historia de las ideas, sean éstas filosóficas, políticas, incluso económicas y sociales, pero ante todo, ideas? ¿Qué hacer con la historia de la historiografía y sus nexos, más que estrechos con la teoría y filosofía de la historia? ¿A qué ámbito debe pertenecer la historia de la ciencia? No niego que en sus construcciones cada disciplina acuda a su propia historia y la desarrolle de manera óptima. Para Miño esto pondría en peligro a la historia por quedarse sin objeto propio, pero no es así. La especificidad de los objetos históricos trae consigo sus limitaciones. Así, el historiador de la economía puede necesitar de las referencias al pensamiento económico y al contexto que lo produce, lo que va más allá de su campo propio, y por ende necesita de referentes históricos de mayor amplitud, políticos, filosóficos, y si se quiere, hasta artísticos. Y un buen tratamiento hermenéutico, así como una retórica bien construida, no requieren necesariamente del apoyo en la metodología de alguna de las ciencias sociales. Creo en la ecléctica convivencia de la historia humanística con la historia científico-social. Las vocaciones indicarán el rumbo correcto que cada uno deba tomar. Finalmente, el historiador científico-social hace metonimia, mientras que el humanista, sinécdoque.

Ahora bien, una preocupación legítima que expresa Miño en su artículo es la que deriva del caos de dos organismos burocráticos mexicanos: la ANUIES (Asociación Nacional de Universidades e Institutos de Enseñanza Superior) y el ya citado CONACYT (Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología) con uno de sus brazos operativos, el Sistema Nacional de Investigadores (SNI).

Mientras que la ANUIES establece dos áreas: "Ciencias Sociales y Administrativas" y "Educación y Humanidades" (p. 155), por su parte, el SNI/CONACYT comprende las de "Humanidades y ciencias de la conducta" y la de "Ciencias Sociales". En el segundo de los casos, esto tiene su historia. En sus primeros diez años (1984-1994), el SNI tenía sólo cuatro áreas, que evaluaban cuatro comisiones. Ante el incremento paulatino de los investigadores que ingresaban al sistema, se optó por hacer subdivisiones,

y así, se dio el divorcio entre “Ciencias sociales y humanidades”, antigua área 3, para establecer dos nuevas: “Humanidades y ciencias de la conducta” y “Ciencias sociales”. Efectivamente, esto lleva sus implicaciones, ya que para evaluar correctamente el trabajo de un historiador de la religión, no puede compararse su trabajo con el de un historiador de la economía. Claro está que en la práctica, las cosas pueden derivar a constatar si el historiador perengano “ha publicado artículos en revistas de circulación internacional con arbitraje estricto”, sin importar si hace una glosa de Sor Juana o construye series estadísticas. El problema radica, como bien lo muestra Miño Grijalva en su artículo, en el caos que mana de dos instancias burocráticas que debían esforzarse en llegar a acuerdos, para bien de los diferentes gremios y de las instituciones que los sustentan. De hecho, los psicólogos, son evaluados en diferentes áreas: “Biológicas y de la salud” y “Humanidades y ciencias de la conducta” y los arquitectos pueden incidir en “Tecnología” o en las mismas humanidades por su nexo con la historia del arte, o incluso en “Sociales” aquellos que se dedican al urbanismo, las evaluaciones justas debieran proceder más y mejor de manera casuística y cada historiador escoger su localización según la índole de su trabajo. Lo que debe quedar bien claro es que el enfoque humanístico puede ser tan riguroso como el científico-social, ambos descansan en metodologías sólidas y, desde luego, lo cuantitativo no es sinónimo de probidad frente a lo interpretativo. Tanto en el primero puede haber elementos ideológicos como en el segundo conciencia de la propia subjetividad y, por tanto, distancia con la ideología.

Los estudios y la profesionalización de la Historia

Conforme se avanza en la lectura del interesante artículo de Manuel Miño Grijalva, el asunto deriva hacia otros horizontes, todos ellos dignos de la mayor atención, ya que analiza problemas por los que atraviesa la situación de la formación de los historiadores y de las perspectivas profesionales que se abren o cierran, de acuerdo con la situación actual. Para hacerlo, analiza las cifras que ANUIES y CONACYT proporcionan acerca de las licenciaturas y los posgrados.

Si bien no se le puede pedir al artículo lo que no tiene, viene al caso referirlo. Si Miño rompe lanzas a favor de los análisis cuantitativos, los que hace se caracterizan por su falta de historicidad. Véase si no, el problema del género, tema que aunque no es central en la atención del autor, las cifras que ofrece de la población estudiantil de posgrado de 1970 a 2000, muestran el incremento de la participación femenina. Y aquí, debo mostrar mi profesión de fe *unamita*, consciente de hacerme merecedor de aquel estigma lanzado por Gabriel Zaíd en su artículo “UNA Megalomanía”. Lo siento, pero los decenios que llevo en la Universidad Nacional Autónoma de México y el conocimiento que poseo de ella me hacen tomar ejemplos de lo que tengo a la mano. La Facultad de Filosofía y Letras ha sido desde los años treinta el centro de mayor producción de humanistas en el país, y dentro de ellos, de historiadores. Su población siempre fue abrumadoramente femenina, hasta hace muy pocos años en los que se advierte una tendencia al equilibrio. Por tanto, no debe sorprender la tradicional mayoría femenina en la práctica del trabajo histórico, particularmente en la enseñanza media superior, o sea que la “preocupante caída de la matrícula masculina” (p. 158) es un fenómeno que se puede dar en el conjunto general del posgrado nacional, lo cual incluye a las ingenierías, pero en las carreras humanísticas, en licenciatura y posgrado, las mujeres han dominado a lo largo de décadas. Además, está el hecho de que en números globales, la UNAM tiene mayoría estudiantil femenina.⁶ No tengo cifras, pero creo que en las universidades del país, todas las facultades de Filosofía y Letras son ámbitos mayoritariamente femeninos. La tendencia se ha movido hacia el equilibrio en los últimos diez años.⁷

6 De acuerdo con la *Agenda estadística 2003* de la UNAM, hubo en primer ingreso a la licenciatura en Historia 96 varones y 107 mujeres; en reingreso, 324 hombres frente a 363 mujeres. Si bien sigue habiendo mayoría femenina, los porcentajes se han equilibrado. En posgrado, había en 2003 71 varones en maestría frente a 74 mujeres y en doctorado, 19 hombres y 13 mujeres. La suma total del posgrado arroja una mayoría de 3 hombres (90/87).

7 El caso del trabajo profesional femenino fue tratado en una reunión convocada por el CONACYT (1993), donde participaron los integrantes de las comisiones de todas las áreas y representantes de las principales instituciones de investigación y docencia superior del país, en Puerto Vallarta, Jal., por iniciativa de los doctores Guillermo de la Peña y Larissa Adler, apoyados por Marcos Kaplan y por mi mismo, se planteó que en la evaluación había quedado claro que había un lapso en el trabajo de las investigadoras que descendía, para volver a tomar un incremento. Dicho lapso correspondía claramente con la procreación y cuidado de los infantes menores. La dirigencia de CONACYT respondió que “no se harían excepciones”, lo cual, a mi modo de ver las cosas es una igualdad mal entendida.

Otro tema es el que se refiere a la profesionalización de los historiadores. La preocupación se centra en el hecho de las bajas matrículas que advierte Miño en las licenciaturas y su escasa continuidad con los programas de posgrado, sin reparar que las matrículas de las carreras humanísticas siempre han sido bajas. Subraya el hecho de que los profesores (doy por hecho que se refiere a los de enseñanza media-superior, y también a muchos de licenciatura) carecen de grado. Propone un cambio para que se dé un incremento en la matrícula y el egreso de posgrados en historia, extensible a todas las ciencias sociales (yo diría, a las humanidades). Y lo fundamenta con algo que sólo en parte tiene pertinencia. Cito: "Por supuesto, este cambio debe realizarse en los niveles de preparatoria e incorporar o 'profesionalizar' las preparatorias. El licenciado como expresión del profesor clásico de historia, por ejemplo, debe ceder su paso al historiador profesional, consecuentemente, luchar contra el prejuicio de que el campo necesario y útil del maestro o doctor es la facultad o escuela universitaria superior. Pero para esto es necesaria una renovación o discusión del sistema educativo de educación superior y superior en su conjunto" (p. 167). Adelante pide que "la materia de historia sea impartida por historiadores... y no por abogados" (p. 168).

Precisamente mi comentario al artículo de Miño tiene por objeto participar en tal discusión. ¿Hasta dónde es necesario el doctorado para ejercer la docencia en la enseñanza media superior? Ciertamente, el mercado de trabajo mayoritario del historiador es ella. Sin embargo, los doctorados están dirigidos a la formación de investigadores y es cierto que un investigador bien formado puede ser un buen docente, pero no necesariamente. La diferencia radical se da en la particularidad del trabajo del investigador, frente al manejo de temporalidades amplias de parte del docente. ¿Quién se beneficia con una u otra experiencia? Creo que a los investigadores no les sentaría mal enfrentarse a la práctica de una enseñanza de temporalidad amplia. Se enriquecería mucho en perspectiva el conocimiento de su pequeña parcela. En cambio, al profesor no le convendría necesariamente introducirse en una temática monográfica excesivamente particularizada.

De ahí que resulte dudoso que el saber mucho de poco beneficie al que sabe poco de mucho. Sin embargo, desde luego que el estudio de posgrado sí resulta positivo al docente.

Si se examina a grandes rasgos la situación, la enseñanza media superior está en manos –al menos en el Distrito Federal– de profesionales con licenciatura, algunos de los cuales han cursado programas de posgrado. Cuando la UNAM abrió en los años cincuenta las preparatorias de la cuatro en adelante, incorporó a su profesorado a un buen número de estudiantes de los años superiores de la licenciatura.⁸ Eso propició un avance, ya que comenzaron a ocupar las plazas egresados de la disciplina y ya no más los abogados, que tradicionalmente eran quienes enseñaban historia, filosofía, literatura y toda suerte de materias afines.⁹ Este fenómeno no se limita a los planteles dependientes de la UNAM, sino a una gran cantidad de escuelas particulares incorporadas a ella, que compartían profesores con las preparatorias públicas. Al fundarse el Colegio de Ciencias y Humanidades (1971) la enseñanza de la historia se vio afectada por la inclinación al marxismo, que privilegiaba los aspectos económico sociales. Esto propició que se incorporara a la planta de profesores de la nueva institución un número no pequeño de economistas y egresados de Ciencias Políticas, al lado de los de historia, a impartir clases de la materia. Asimismo, era evidente que tenía que echarse mano de pasantes o estudiantes de los últimos dos semestres de las carreras para satisfacer la de-

8 De hecho, los planes y programas sólo incluían maestría y doctorado, siendo la primera una suerte de licenciatura. Posteriormente, en el rectorado del Dr. Ignacio Chávez, se estableció la licenciatura en las carreras de Filosofía y Letras, dejando la maestría para quienes optaran por la enseñanza, y el doctorado para la investigación. Más tarde, con el Dr. Guillermo Soberón se establecieron las divisiones de Estudios Superiores (DES) más tarde denominadas “de posgrado”.

9 Muchos abogados hacían de manera complementaria una carrera en la Facultad de Filosofía y Letras, que en el plantel de Mascarones era exclusivamente vespertina. Ya en Ciudad Universitaria (1954 en adelante) paulatinamente se abrieron grupos de Psicología en el turno matutino; después, ya avanzados los años sesenta, un grupo de Letras Españolas y hasta 1970, el resto de las carreras.

manda.¹⁰ El caso es que durante los años de la masificación de la educación superior, se abatió el requisito de la titulación, sobre el que se había avanzado en el rectorado del doctor Chávez (1961-1966), quien puso ultimátum a quien no presentara su examen profesional. En aquellos años, el doctorado era un grado de obtención lejana y sólo una minoría optaba por él.

El combate a la masificación ofreció salidas tales como la exigencia del título y la de tomar cursos de actualización y superación académica que permitieron al profesorado desempolvarse y ponerse al día, ya que muchos estaban anquilosados.¹¹ Este tipo de esfuerzo se ha venido repitiendo en distintas modalidades, aunque de manera discontinua. Es una práctica que permite mantener actualizado al profesorado.

La referencia a la experiencia anteriormente señalada permite regresar al punto de la discusión: ¿Hace falta el doctorado para el profesorado de enseñanza media-superior? Desde mi punto de vista, es positivo y necesario que el profesorado de las preparatorias acceda a los estudios de posgrado, pero básicamente a maestrías que les permitan profesionalizar mejor su

10 Para seleccionar e instruir a los aspirantes a profesores del CCH fuimos convocados Eduardo Blanquel, Juan Brom, Jorge Alberto Manrique y yo. Cada uno tuvo a su cargo a un grupo de alrededor de 30 alumnos y estábamos asistidos por una pedagoga encargada de desarrollar los aspectos didácticos, mientras nosotros nos ocupamos de los contenidos. La calificación incluía que a los mejores se les daba a escoger plantel y horario y a con los que obtenían calificaciones más bajas se "rellenaban" los huecos. La presencia de economistas, sociólogos y politólogos se debió, en mi concepto, no a las exigencias de los programas, como muchos adujeron, sino a que los egresados de esas disciplinas ya comenzaban a tener problemas de colocación y la docencia fue un paliativo.

11 Nuevamente hago una referencia en primera persona. En el segundo rectorado del doctor Guillermo Soberón (1977-1981), la Dirección General de Asuntos del Personal Académico (DGAPA) me encomendó coordinar los cursos para los maestros de historia de la Escuela Nacional Preparatoria. Para ello realice una serie de conferencias en las que especialistas de primera línea exponían, ya sea sus proyectos en curso, ya sea trabajos recientemente elaborados o, en general, sus ideas sobre el quehacer histórico. Esta experiencia fue repetida y más adelante, continuada en otros formatos. Los profesores de la ENP pudieron de este modo ponerse al día, al menos por escuchar a los historiadores. Por añadidura podrían leer sus trabajos y actualizarse. A modo de ejemplo, algunos profesores que habían leído sobre la Revolución Mexicana en los libros de Jesús Silva Herzog o Jorge Vera Estañol, pudieron conocer los trabajos de Arnaldo Córdova, Héctor Aguilar Camín, Enrique Krauze, Jean Meyer y Lorenzo Meyer.

tarea docente y en investigación dirigirse más a la preparación de materiales didácticos que a la elaboración de monografías altamente especializadas. De hecho, no rehuir la práctica de la investigación, pero con acentos diferentes para quien se va a dedicar a ella en plenitud. El anquilosamiento de muchos libros de texto se debe en gran medida, tanto a la falta de estímulo para la producción de ese tipo de trabajo, como a la despreocupación de actualizar la enseñanza incorporando los resultados de las investigaciones e interpretaciones recientes a los programas escolares. Se debe dar lo que llamo el “efecto cascada”, es decir, un derrame que va desde la fuente originaria de la investigación novedosa, a su comunicación en los seminarios de posgrado y de ahí a su descenso hacia los niveles de licenciatura y bachillerato, y utópicamente, a los elementales, si es posible. El objeto es mantener una comunicación de la historia permanentemente actualizada. Eso se puede lograr más con acciones tendientes a la actualización que con el hecho de convertir en doctores a los docentes, aunque es posible que, así como hoy en día es obligatorio poseer el grado máximo para tener una plaza de investigador, también puede darse un “efecto cascada” paulatino y en unos tres lustros llegar a ser requisito para enseñar en preparatoria. Para todo, los planes deben ser maleables y dúctiles.

A propósito de los doctorados y las licenciaturas, Miño propone una inversión interesante al plantear que las licenciaturas sean en ciencias sociales y las maestrías y doctorados en historia, y no como en algunos programas actuales que ofrecen doctorados en ciencias sociales. Yo iría más lejos. No sólo me solidarizo con el proyecto de las licenciaturas en ciencias sociales, sino, además, otras paralelas en humanidades y ambas con su concomitante maestría y doctorado en historia y en cada una de las disciplinas afines. Esa inversión sería positiva. Miño argumenta que en las licenciaturas debe haber formación interdisciplinaria en demografía, economía, derecho, antropología, etc. Yo agrego que en humanidades debe haber una formación básica en historia del pensamiento filosófico, latín y griego, más elementos históricos generales y del arte, literarios y sobre todo metodológicos, dosificados de la mejor manera posible, para dar bases sólidas a quienes posteriormente opta-

ran por seguir estudios de posgrado en historia, historia del arte, filosofía, lingüística o literatura. La historia, por cierto, podría abordarse desde las dos perspectivas formativas —humanidades y ciencias sociales— ya que, insisto, tan válida y necesaria es una como la otra. Los campos son inmensos y las dos vertientes ofrecen cuestiones formativas interesantes, así como propuestas para la enseñanza media superior.

Otro punto que toca Manuel Miño, que no debe pasar desapercibido, es el referente al tercer campo de trabajo de los egresados de los programas de historia: la divulgación.¹² Llama la atención sobre el hecho de que en Italia, y agregaría yo que también en España, un campo de trabajo para historiadores es el turismo, lo cual se agrega a otras vertientes de la divulgación, que reclaman al conocedor de la historia. Ya hace más de una década que la Universidad Iberoamericana experimentó con una maestría en difusión o divulgación histórica, que lamentablemente no tuvo en su momento el impacto deseado. Pese a ello, la necesidad existe y se plantea como posible que el historiador aprenda lenguajes que lo coloquen en la producción de materiales audiovisuales, así como en la guía turística. La obvia diferencia con países como Italia y España o Francia es el bajo interés del turismo nacional y extranjero por el conocimiento serio de ciudades coloniales o de ámbitos prehispánicos. Se podría buscar la creación de mercados al optar por un turismo más inteligente, que combine mejor la diversión con aspectos instructivos. El que quienes ejerzan la guía sean profesionales de la historia, le da esa dignidad que se encuentra en los licenciados en historia que trabajan como guías en España e Italia.

Dentro del mismo campo de la divulgación está el que alude Miño en su artículo referente a la edición de libros y revistas con atractivo visual y con

12 Nuevamente incurro en la cita propia: “De los episodios nacionales a la divulgación histórica” en Manuel Ramos Medina (comp.), *Quehaceres de la historia*, México, Centro de Estudios de Historia de México, CONDUMEX, 2000, 352 p., p. 277-295. En ese artículo trazo un panorama de lo hecho en materia de divulgación.

textos de lo que puede denominarse alta divulgación. Los campos pueden y deben abrirse no al margen, sino con las instituciones educativas funcionando como soportes. El ámbito de la producción de programas de contenido histórico para cine, radio y televisión está apenas en sus inicios. Requiere de

- la imaginación y la creatividad de los estudiosos profesionales de la historia.

En fin, si se actúa con firmeza y claridad, el futuro puede ser promisorio.

Antes de concluir, resulta interesante comentar algunos puntos que desarrolla el doctor Miño. Uno que merece toda la atención es el referente a que “al historiador actual le preocupa poco su formación intelectual, se va convirtiendo en hábil tejedor de información, acumulador de bibliografías (...), en fabricante de artículos y libros para cumplir las exigencias del Sistema Nacional de Investigadores, mientras lee y medita cada vez con menos intensidad...” (p. 172). Esto, con justeza, es apreciado por Miño como una aberración, y vaya que lo es. Los sistemas de evaluación institucional descansan en el criterio de la eficiencia y la productividad, de manera que al investigador actual, productor incansable de artículos, ponencias, libros colectivos, le sucede lo que al profesor de enseñanza media que imparte entre 18 y 30 horas a la semana de clase: que abandona la lectura y meditación, tanto de nuestros clásicos, a los cuales jamás hay que olvidar, como los trabajos de sus vecinos de cubículo. A eso nos está reduciendo el ogro filantrópico.

Curiosamente, dentro de sus conclusiones, Manuel Miño echa mano de argumentos humanísticos para apuntalar la útil inutilidad del conocimiento histórico. Después de citar a don José Miranda y al dieciochesco Campillo, concluye con una saludable andanada de argumentos reivindicativos del quehacer de los historiadores, que no debe ser comparado con el de los ingenieros. Acaso la circunstancia mexicana se agrava por estar regida nuestra actividad por el Consejo Nacional de Ciencia y *Tecnología*. Esta última palabra es sin duda la causante de muchos de nuestros problemas. En otras ocasiones me he referido a lo que sería la deseable posibilidad de que se estableciera un Consejo Nacional de las Humanidades.

COLOQUIO

LOS PARTIDOS POLÍTICOS Y LA HISTORIA DE MÉXICO

Presentación

En marzo de 2003 la Academia Mexicana de la Historia, a iniciativa de su entonces director, doctor Miguel León-Portilla, organizó un coloquio en el cual participó la mayoría de los partidos políticos que en ese momento gozaban de registro ante el Instituto Federal Electoral, con vista a las elecciones federales del año mencionado. El mecanismo se desarrolló de la manera siguiente: el director de la Academia envió una invitación a todos y cada uno de los presidentes de los partidos políticos registrados para que, a su vez, nombraran a un representante del partido quien debería exponer su versión de la historia de México, ya sea en su totalidad o acerca de alguna temporalidad o de los acontecimientos sobre los que quisiera hacer mención especial. Así, concurrieron a cuatro sesiones vespertinas, a dos por día, los representantes de los partidos, quienes leyeron sus ponencias y establecieron un diálogo con el público asistente. Las jornadas fueron muy satisfactorias. La mayoría de los participantes entregó su respectivo documento. A tres años de distancia, se considera de interés dar a conocer las que a juicio de quien actuó como moderador de las mesas, doctor Álvaro Matute, fueron las ponencias que mejor cumplieron con las expectativas de la Academia, a saber, la del ya desaparecido partido México Posible, la del Partido Acción Nacional y la del Partido de la Revolución Democrática. Cabe señalar que si bien la presentada por el Partido Revolucionario Institucional fue asimismo relevante, su autor, el doctor Romeo Flores Caballero, no entregó su trabajo por escrito. El resto de las participaciones, si bien no carece de interés, ya sea por su brevedad o por su generalidad, resultó preferible no

publicarlas. Todas las sesiones fueron grabadas en video, excepto la del Partido de la Revolución Democrática, en virtud de que una falla en el suministro de la energía eléctrica hizo imposible la filmación, aunque la conferencia y el diálogo con el público se desarrollaron con iluminación proporcionada por lámparas de baterías.

Es del mayor interés para la Academia Mexicana de la Historia dar a conocer cómo interpretan la historia personas ajenas al campo profesional de su cultivo, que a su vez no deben ser ajenas a tener y manifestar una idea general de la historia de México que le dé sentido a los proyectos de nación a los que aspira su respectivo partido político.

EL PRESENTE COMO HISTORIA (UNA VISIÓN DE LA TRANSICIÓN POLÍTICA MEXICANA EN LOS ÚLTIMOS VEINTICINCO AÑOS).

*Ricardo Becerra Laguna
México Posible*

Debo comenzar reconociendo que, muy probablemente, esta intervención no cubrirá las expectativas puestas en ella. No solo por mi poca habilidad y mi poco conocimiento histórico (soy sólo un economista), sino también -si ustedes me permiten decirlo así- por el descomunal tamaño del reto. Por eso fue que, tan pronto supimos de la amable invitación, me puse en contacto con el Doctor Álvaro Matute para pactar con él una rebaja, una reducción del foco temporal de nuestra exposición ¿qué época, qué proceso histórico, qué serie de cambios bien delimitados podemos reseñar ante ustedes para poder ilustrar nuestra propia interpretación histórica?

Así pues, la limitación de esta ponencia se debe también a una reserva de honestidad intelectual: podríamos haber traído aquí una visión aparentemente abarcadora, una generalización abusiva, una teleología partidista que justifique nuestras andanzas presentes desde los aztecas hasta el Pemexgate. Podríamos decir que México Posible es legítimo heredero de Benito Juárez pero yo no sé si el benemérito estaría dispuesto a adoptar una organización como la nuestra, si se entera que proponemos la legalización de la droga, empezando por la marihuana, o la despenalización del aborto, o la discusión del ingreso mínimo ciudadano.

Así que para evitar una falsa generalización decidimos venir a plantear nuestra visión de un período histórico muy cercano, muy preciso, de eso que hemos dado en llamar «transición democrática».

Lo hacemos aquí, además, como un reclamo a los profesionales de la historia: porque creemos que a nuestro país le hace falta una reconstrucción rigurosa de su pasado político reciente. Es más, sostenemos que la falta de una visión compartida de ese periodo -de transición democrática-, es uno de los vacíos más significativos de la vida pública e intelectual de México. La ausencia de esa visión es hoy, un problema político, pues quien no sabe de donde viene, ni donde está históricamente, difícilmente puede plantearse los objetivos apropiados del futuro. Esta ponencia quiere contribuir a subsanar ese vacío.

1. ¿Qué es la transición?

Primero, permítanme una breve digresión conceptual.

La idea de transición refiere a los procesos políticos, típicos del último cuarto del siglo xx en el mundo de la periferia occidental. Se trata de cambios ocurridos en sociedades industriales, relativamente desarrolladas y complejas, es decir, en sociedades plurales que han alcanzado un alto grado de diferenciación, fuertemente organizadas en torno a instituciones, corporaciones, agrupaciones y partidos. Como quería Gramsci: sociedades en las cuales el poder no está concentrado en una sola organización sino que se halla «difuminado» en la trama social. Se trata de procesos que se desarrollan en un contexto internacional para el cual la democracia aparece como el referente político e ideológico más prestigiado, el mejor dotado teóricamente, porque posee respuestas coherentes a los desafíos de la convivencia en las sociedades modernas.

Y algo más, tal y como anota Samuel Huntington: «las transiciones coinciden con la evidencia de la cancelación de la vía armada, es más, las transiciones muestran la futilidad de la vía armada en sociedades complejas»¹.

1 Samuel Huntington, *La Tercera ola (la democratización a finales del siglo xx)*, tr. de Josefina Delgado, Barcelona, México, Paidós, 1994, 329 p., p. 53.

Las transiciones **no** se definen -sobre todo- por el régimen desde el cual vienen. El mundo ha visto transiciones democráticas en países que tuvieron sistemas de partido único, regímenes militares, dictaduras personalistas, oligarquías raciales y sistemas totalitarios comunistas; ese amplio abanico es catalogado por la teoría con el nombre genérico de «autoritarismo», pero como se ve sus características y sus modos de operar pueden ser muy diferentes².

Tampoco se definen principalmente, por el lugar a donde llegan, pues los resultados de las transiciones arrojan regímenes presidenciales, parlamentarios, semipresidenciales e incluso democracias con monarquías constitucionales. Lo más característico **no** es el régimen del que vienen ni el régimen al cual llegan, sino **la forma** en que ocurre su proceso.

¿Qué es entonces una transición? Un tipo de cambio político con cuatro características típicas:

- Es pacífico, es negociado, se desenvuelve por etapas cuyo avance y desenlace depende de la relación de fuerzas de cada momento, y su disputa y su negociación está centrada en las reglas del juego político.

Las transiciones no definen el tipo de país ni el programa de los gobiernos, sino las reglas bajo las cuales van a competir las fuerzas, mediante las cuales se va a disputar y distribuir el poder.

Estos procesos han generado una impresionante producción intelectual en la ciencias sociales. Su padre fundador es Dankwart Rustow con el ensayo pionero «Transiciones a la democracia: hacia un modelo dinámi-

2 Guillermo O'Donnell, Philippe C. Schmitter y Laurence Whitehead (compiladores) impusieron el concepto en la obra clásica *Transiciones de un gobierno autoritario*, 4 t., pról. de Abraham F. Lowenthal, tr. de Jorge Piatigorsky, Barcelona, Paidós. 1994.

co"³ en el cual se propone, por primera vez, mirar a la transición en cuatro fases, mediante las cuales una sociedad alcanza y se habitúa a la democracia. Centenas de investigadores y analistas siguieron esa pauta y convirtieron a las transiciones en todo un capítulo de las ciencias sociales modernas⁴.

2. Cuándo empezó la transición mexicana.

Pues bien, ese tipo de proceso (pacífico, negociado, desarrollado por etapas y centrado en la disputa por las reglas del juego) vivió México a partir de 1977.

Suele hablarse de 1968 como arranque del proceso, e incluso, una cierta hermenéutica papista, ubica el origen en 1963; pero ninguna de esas fechas arranca procesos transicionales, ninguna alcanza ni concentra el potencial de transformación que es propio de una transición.

Después de esas fechas, luego de cortos avances, la democratización se estancó. El Partido Acción Nacional pudo negociar la alambicada idea de «diputados de partido» en la primera mitad de los sesenta, pero la operación tuvo efectos muy limitados en el cambio de la representación nacional, no fortaleció a los partidos políticos existentes y mantuvo a cuatro (PRI, PAN, PPS y PARM) como los únicos habitantes del sistema electoral durante 15 años. Esa reforma tuvo tan corto alcance, que el propio PAN acusó un peligroso debilitamiento en 1976, fecha en la cual no pudo siquiera presentar candidato presidencial a la contienda.

3 Existe una traducción al español que contiene el libro *Cambio político y gobernabilidad*, Mauricio Merino Huerta (coord.), México, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, Colegio Nacional de Ciencias Políticas y Administración Pública A. C., 1992, 215 p.

4 En este recuento se debe subrayar otra vez y muy especialmente el trabajo coordinado por Guillermo O'Donnell, Philippe C. Schmitter y Laurence Whitehead, en el cual se recapitula y contrasta por primera vez la experiencia de casos nacionales de democratización en Europa meridional y América Latina.

1968 en cambio, fue una impresionante demostración de modernidad política y cívica pero tampoco pudo ser el punto de partida de un proceso de democratización. La apertura que le siguió, propuesta por Luis Echevarría, fue más bien un artilugio, una posposición, una manera de disfrazar la cooptación tradicional. Como dice Rolando Cordera: «puede decirse que en aquellos años (1970-1976) no se aborda de manera responsable y congruente el acontecimiento político fundamental de la época (1968); la secuela, resumida en el 10 de julio y la guerrilla urbana y juvenil que le siguió, fueron enfrentados con la fuerza y la ilegalidad....»⁵.

Pero con la reforma política de 1977 ocurre justamente lo contrario: «el proceso democratizador, expansivo, ya no cesaría: una reforma tras otra, cada vez más frecuente y cada vez más incisiva: 1977, 1986, 1989-90, 1993, 1994 y 1996; después de la reforma política de 77 la flecha del cambio político no se detendría»⁶

Mediante cinco cambios políticos (constitucionalización de los partidos, financiamiento público, registro condicionado, creación de cien posiciones para diputados de representación proporcional y pase automático para que los partidos con registro asistieran también a las elecciones locales y municipales) quedaron sentadas las bases de una nueva representación nacional, de una nueva competencia política y de una nueva vida pública. En 1977 se fraguaron todos los elementos que estructuraron a la transición mexicana:

-los partidos políticos quedaron como los protagonistas de la discusión, la lucha y los pactos;

5 Rolando Cordera, "Aquellos años", en *Nexos*, vol. XXII, año 22, no. 257, mayo de 1999, p. 41-42.

6 Véase Ricardo Becerra y José Woldenberg, "La transición democrática de México: una celebración", *Este País*, no. 121, abril de 2001, p. 27-29.

-las negociaciones electorales como los momentos donde se resumieron las exigencias democratizadoras;

-los comicios como la arena de disputa de las fuerzas principales;

-la ocupación progresiva de más y más posiciones de gobierno y legislativas por parte de partidos políticos en plural.

3. ¿Cómo se desarrolló la transición?

Hay que apuntar que en esta interpretación, queremos inyectar ciertas dosis de una visión materialista, pues contrario a lo que se difunde en la prensa, la transición no es la estrategia de un actor, ni el triunfo de un partido o de un personaje, ni la victoria de una idea de cambio político. Lo que es más: podemos decir que fue un proceso casi ciego, que se desplegó «más por necesidad que por virtud» (Woldenberg *dixit*).

La transición fue una ruta que no eligieron -y no quisieron- varios de los actores fundamentales. Ellos estaban preparados para escenificar otro tipo de libreto, si bien la realidad acabó por imponerse. La transición resultó un proceso en el que nadie se reconoce plenamente precisamente porque no fue planeada sino accidentada y sistemáticamente negociada. No es el cambio que quería uno o el otro: sino el cambio que resultó de sus fuerzas, luchas y negociaciones. Esa mecánica, esa historia de lucha política en México adquirió los contornos que la definirían y que constituyen su radical originalidad: centrada en lo electoral y cobijada por el manto de una Constitución que se desenmohecía en la medida en que crecía la competitividad electoral real⁷.

7 Este proceso histórico fue documentado y descrito por José Woldenberg, Pedro Salazar y yo mismo en *La mecánica del cambio político en México: partidos, elecciones y reformas*, México, Cal y Arena, 2000, 491 p., il.

Por eso las reformas electorales fueron la clave en este proceso: expresaban unas exigencias, una relación de fuerzas, las encauzaba en un marco legal, y luego, una vez pactada, abría un juego nuevo, más intenso y más reñido entre los protagonistas.

No quiero decir que la «lógica de la reforma» haya sido una constante estratégica entre los partidos. A veces perdieron el hilo en la sucesión de cambios legales e institucionales. La lentitud y el carácter errático de la transición se explica obviamente por las resistencias del régimen, pero no sólo por eso. La última década vio muchas oportunidades desperdiciadas, y cálculos de corto plazo que atentaron contra el sentido democratizador del proceso de reformas electorales. En muchas ocasiones esta historia avanzó a pesar de sus actores, siguiendo un libreto ciego, a merced de la pura «mecánica electoral».

La transición cobró vida propia: fortalecimiento de partidos, incremento de su competitividad, disputa cada vez más cerrada, conflictos postelectorales cada vez más frecuentes y disruptivos, urgencia de operaciones de salvamento y de operaciones preventivas, consiguientemente, reformas electorales que mejoraron las condiciones de competencia, y por lo tanto, mayor centralidad de los partidos y del tema electoral.

Pero hay más: simultáneamente, impulsada y basada en el proceso de cambios electorales, se despliega una verdadera «colonización» del Estado por parte de los partidos políticos: en 1976 había cinco municipios gobernados por el PAN; en 1983 había 30 y en 1988, 158. En 1977 todos los Congresos tenían mayoría calificada del PRI, en el año 2000 antes del dos de julio sólo quedaba uno. En 1977 no había un solo gobernador de oposición: antes del dos de julio del año 2000 ya eran 12⁸. La democratización

8 El libro que mejor trata este proceso de asentamiento de partidos políticos en el Estado nacional es el de Alonso Lujambio y Horacio Vives Segl, *El poder compartido: un ensayo sobre la democratización mexicana*, México, Océano, 2000, 191 p. (Tiempo de México), (Con una cierta mirada).

tuvo su vehículo: una colonización lenta, silenciosa, pero sistemática de muchos partidos en el Estado. Gracias a ese proceso, el mexicano, se convertía pausadamente de un Estado de partido casi único, hacia un Estado de partidos.

4. La fase más intensa de la transición.

En 1988 se aceleró todo el proceso. El negro episodio de la caída del sistema, el fraude electoral y la inusitada fuerza del FDN y del PAN obligaron a replantear las cosas. Empezando, otra vez, por la ley electoral.

Surgieron innumerables interpretaciones del momento y del proceso político por venir. Los más importantes eran dos fundamentalmente equivocados. Por una parte, desde el PRI, se leyó a la coyuntura como una anomalía, una coyuntura de nuevo asimilable, una pesadilla de la que había que despertar. Las elecciones de 1988 eran un accidente en el camino ascendente de la revolución; lo que se exigía era la recuperación y lubricación del partido, de sus enlaces sociales, alcanzar el perdón político de esa sociedad agraviada por la crisis de los años ochenta. Era una lectura restauradora, pues según ellos, México, desde hacía mucho tiempo, ya vivía en una democracia.

Pero en el lado de la izquierda, en el Frente Democrático se leyó la coyuntura en un código propio del este europeo, quiero decir, como si estuviéramos en el este europeo: lo que estaba en cuestión era una Revolución (democrática), un cambio inminente en el régimen político, herido de muerte por su ilegitimidad y por la fractura constitucional que ellos creían ver. ¿Lo recuerdan? Se hablaba de un golpe de Estado técnico al que debía oponerse sin concesiones, en algún momento, el pueblo haría salir a los usurpadores del Palacio Nacional.

No ocurrió ni una restauración ni una revolución: lo que estaba pasando era una **transición**. O sea: un periodo de negociación centrado en las

reglas del juego. En 1988 eran pocos los que sostenían explícitamente ese tipo de trayecto. El PAN de Luis H. Alvarez y Castillo Peraza eran unos; no es casualidad que el PAN se halle hoy en el lugar que está: desde ese momento leyó mejor que nadie al proceso político e histórico que corría ante sus ojos.

En la izquierda, escisión del FDN y con menor influencia, algunos otros fundaron el Instituto de Estudios para la Transición Democrática. Su nombre no era inocente: era programático, en el mundo de la izquierda se enfrentaba al otro diagnóstico, el de la «Revolución Democrática».

La negociación entre el impugnado gobierno de Salinas, el PRI y el PAN abrieron nuevos espacios para la democratización: en 1989 Acción Nacional gana su primera gubernatura en la historia y el hecho es reconocido, luego se crea al Instituto Federal Electoral y poco después, se decide la construcción desde cero del padrón electoral federal. Sobre esa base, las contiendas electorales fueron cada vez más limpias, los partidos se fortalecieron y tomaron más posiciones de gobierno. En los noventa, cuatro reformas cada vez más profundas, atestiguan el creciente poder y las exigencias de los partidos.

5. Los cambios asociados a la transición.

Lo que hemos desarrollado hasta aquí merece una nota adicional: el proceso de transición -visto así- no pretende agotar todos los elementos, ni todos los conflictos que se desarrollaron simultáneamente en otras áreas de la vida nacional, especialmente en la economía, y que tuvieron un enorme impacto en la erosión del partido hegemónico. Sin embargo, la mecánica electoral, la vía de las reformas y los comicios, es la parte vertebral del cambio político en los últimos veinticinco años; si ese elemento vertebrador no se incorpora en el esquema explicativo es imposible entender los tiempos, la forma y el desenlace histórico de la democratización.

Decir que la transición estuvo centrada en el tema electoral no significa que su poder transformador se halla limitado a la esfera electoral, todo lo contrario. Al amparo de los procesos electorales y merced a la existencia pluralista de partidos se fue modificando el paisaje político y cultural del país⁹.

- Los procesos electorales eran momentos de expansión de las libertades públicas. No solo los federales sino también la multitud de procesos locales.

- Eran una oportunidad de manifestación y crítica abierta, amparada por la ley.

- Con la entrada de diputados de diferentes partidos a la Cámara, también se modificó el trabajo y el debate legislativo.

- Los partidos políticos opositores, sus figuras centrales, cobraron visibilidad pública.

- Cambió también las estrategias de los partidos (sobre todo de la izquierda) y su cultura política: empezó una lenta reconversión de la idea de la revolución a la idea de la lucha legal y las reformas.

- La academia también empezó a virar sus preocupaciones y a mirar y estudiar el fenómeno electoral como una de sus prioridades.

- El espacio electoral empezó a ejercer un poder gravitacional sobre grupos de lo más disímulo: sinarquistas, comunistas, trotskistas, derechas e izquierdas «cayeron» por así decirlo en la órbita electoral.

9 Este punto se halla más desarrollado en el ensayo de Ricardo Becerra y José Woldenberg, "La llave del cambio político mexicano", en Carlos Elizondo y Luis Maira, *Chile-México: Dos transiciones frente a frente*, México, Centro de Investigaciones y Docencia Económicas, Grijalbo, Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, ProChile, 2000, 464 p.

- En el curso ocurrió el cambio más importante de todos: una verdadera creación de ciudadanía, millones de mexicanos que abandonaron actitudes tradicionales -autoritarias, resignadas o pasivas- para influir con su voto en el curso de la política y la vida colectiva.

- Al constituirse mayorías de partidos distintos al del presidente, el poder legislativo adquirió independencia del ejecutivo.

- El federalismo comienza a funcionar en la medida que los gobernadores deben su cargo a los electores locales y no al poder presidencial central.

La lista de cambios asociados no es exhaustiva, pero quiere demostrar que lo electoral fue un vehículo que alteró y sigue alterando otros ámbitos de la vida nacional: la discusión pública, la forma en que funciona el gobierno, la relación entre los estados y el centro, la relación entre poderes, el prestigio político de la nación, las conductas, las ideologías y la cultura política.

6. El cambio de régimen político.

Así pues, la democratización de México fue un proceso histórico hilvanado por una multitud de acontecimientos, conquistas y avances parciales. Desde la entrada del Partido Comunista al mundo legal en 1977, hasta el primer Gobernador del PAN en Baja California en 1989; pasando por la creación del IFE, la reforma electoral de 1996, el triunfo de Cuauhtémoc Cárdenas en la Ciudad de México en 1997, la ocupación de centenas de municipios importantes por parte de los partidos, la pérdida de mayoría absoluta en la Cámara de Diputados y el triunfo de Vicente Fox en el año 2000.

Todos esos cambios y todas esas demostraciones cruciales y ostensibles, no son más que la expresión puntual de una mutación mayor: el cam-

bio de régimen político¹⁰. No hablo del cambio constitucional (anhelado por los teóricos formalistas) sino del cambio real, material, de la política.

Echemos un vistazo al cambio de régimen que la transición ha provocado; para lo cual, conviene recordar los rasgos esenciales del antiguo régimen, de ese mundo político del cual venimos¹¹:

a) Partido hegemónico.

b) Presidencialismo con enormes capacidades constitucionales y meta constitucionales. El presidente en el vértice del mecanismo de decisión y negociación.

c) Subordinación de poderes (legislativo, judicial) al ejecutivo.

d) Federalismo formal, centralismo real.

e) Subordinación de organizaciones sociales, sindicales, empresariales al poder político (corporativismo).

f) La decisión de quien gobierna estaba en manos de una coalición cerrada.

10 Entiendo al régimen político así: "El conjunto de instituciones que regulan la lucha por el poder, el ejercicio del mismo y los valores que animan la vida de tales instituciones...por un lado está la estructura organizativa del poder político que selecciona a la clase dirigente...por otra están las normas y los procedimientos que garantizan la repetición constante de los comportamientos y hacen de tal modo posible el desempeño regular y ordenado de la lucha por el poder". Norberto Bobbio, Nicola Matteuci y Gianfranco Pasquino, *Diccionario de política*, 2 v., redactores de la edición en español José Arico, Martí Soler y Jorge Tula, tr. de Raúl Crisafio, 11ª ed. correg. y aum., México, Siglo XXI editores, 1998. La definición viene a cuento porque ciertos analistas (Jorge Javier Romero, Ricardo Raphael, Porfirio Muñoz Ledo, entre otros) entienden al cambio de régimen como una decisión entre alternativas constitucionales a la conclusión de la transición democrática.

11 Este recuento materialista fue expuesto por José Woldenberg y por mí en "La transición democrática de México: una celebración", *vid. supra.*, nota 6.

g) Elecciones sin competencia.

h) Partidos de oposición testimoniales.

i) Leyes electorales restrictivas.

j) Prensa controlada.

¿Y que tenemos hoy?

a) Un régimen pluripartidista.

b) Comandado por varios partidos competitivos.

c) Presidencialismo acotado.

d) Los poderes Ejecutivo, Legislativo, Judicial, adquieren su independencia

e) Los diferentes niveles de gobierno también adquieren autonomía y operan por sí mismos.

f) Se autonomizan también los grupos sociales.

g) Las elecciones son altamente competitivas.

h) Las leyes electorales se han abierto.

i) La decisión de quien gobierna la tienen los ciudadanos.

j) Prensa libre.

Subrayo: No llegamos a un régimen inédito, históricamente inexplorado, ni a una invención constitucional original. Transitamos de un régimen autori-

tario, que concentraba las decisiones centrales de la política, a otro, suma de normas e instituciones nuevas. Llegamos «simplemente» a un sistema democrático, donde el voto del ciudadano de a pie decide lo fundamental en política: quien gobierna¹².

Hay que repetirlo, sobre todo de cara a los ímpetus constitucionalistas del foxismo y de los demócratas radicales: tal y como lo recuerda Francois Furet¹³, «ninguna transición democrática en el mundo, en el siglo xx, creó ninguna idea nueva y fundamental acerca del arreglo de la sociedad humana: todas desembocaron en parlamentos, división de poderes, gobierno representativo, partidos políticos, una constitución que las cobija. ... es decir, desembocaron en las estructuras y las instituciones clásicas de la democracia». En ese sentido, la transición mexicana no generó una idea nueva, un sistema político nuevo o una constitución nueva: lo que creó fue una realidad nueva¹⁴.

7. La llegada de la democracia.

Elecciones limpias, pluralismo, partidos fuertes, división de poderes, prensa libre, presidente acotado, en México ¿es eso democracia? Lo menos que

12 *Ibid.*

13 Francois Furet, *El pasado una ilusión: ensayo sobre la idea comunista en el siglo xx*, tr. de Mónica Utrilla, México, Fondo de Cultura Económica, 1995, 583 p. (Sección de Obras de Política y Derecho).

14 Vale la pena anotar una discusión colateral: que la transición *debe* producir un cambio hacia el régimen parlamentario, porque el presidencial es extraordinariamente vulnerable y precario. En ese sentido la transición no será completada hasta no dar el salto en el diseño constitucional del régimen. Es una vieja idea sostenida por Juan Linz, Ricardo Valenzuela, y entre nosotros, por Ricardo Raphael y J. J. Romero. Pero la hipótesis no resiste la verificación empírica. El pronosticado derrumbe de la democracia en México y en América Latina no se produjo: lo que se observa por el contrario, es una permanencia de las democracias nunca antes vista; un mentís a la supuesta relación casual entre sistema de gobierno y desenlace feliz o fatal de la democracia. Como apunta Dieter Nohlen, lo que la realidad ha demostrado, es una flexibilidad y una capacidad de adaptación del sistema presidencial, en medio de inmensos desafíos económicos, sociales y políticos que están relacionados con la mutación estructural de su economía. En este difícilísimo contexto no sólo se produjo el derrumbe de la democracia por los déficits del presidencialismo, sino que más bien se manifiesta a nivel político institucional lo que debería ser un fundamento histórico empírico del pensamiento político de América Latina: la reafirmación de la democracia presidencialista.

puede decirse es que se parece mucho, pero la clase política, los partidos tradicionales y muchos analistas, insisten todavía en que lo nuestro sigue siendo tránsito.

La resistencias a hacerse cargo del carácter democrático de nuestro régimen son de carácter político, no académico, porque la mayoría de los actores aprendieron tarde un libreto -el de la transición-, porque a su cobijo sacaron la mayor parte de sus beneficios políticos y porque no parecen estar preparados ni quieren reconvertir sus conductas y discursos a la nueva etapa.

No obstante, a pesar de los actores, los nuevos problemas políticos están ahí; son problemas que ya no están vinculados con la exclusión arbitraria, ni con una adecuada representación del pluralismo o con su competencia; son los problemas de la gobernabilidad sin mayorías, los de las alternancias, los de equilibrios difíciles entre poderes y los de coexistencia política de diferentes partidos al interior del Estado... los problemas típicos de una democracia. Creo que es una tarea sobre todo, de los historiadores: es preciso dar por concluido ese proceso histórico, reconocer todo lo que hemos avanzado, asumir la naturaleza de la situación y reconocer que los problemas políticos fundamentales del país ya no son los del autoritarismo sino los de la democracia.

A pesar de las evidencias reales, históricas y teóricas los actores centrales de la política mexicana siguen fingiendo su actuación, como si siguieran viviendo una transición. El espectáculo que arroja esta situación resulta alucinante: el Presidente Fox llama a su gobierno uno «de transición»; como si no hubiera sido ya lo bastante larga (25 años) el canciller Castañeda mira en el horizonte una nueva etapa -la segunda- de la transición; Aznar decide que aquí no hubo transición porque no hay «cambio de régimen» (el quiere parlamentarismo); sectores del PRI se niegan a reconocer el concepto por que aquí, desde siempre, vivimos una democracia; Cuauhtémoc Cárdenas dice que apenas comienza; el PRD cree que es una transición empantanada y pro-

pone «Un Acuerdo para la Transición Democrática con Contenido Social»¹⁵, el Presidente del PAN, Luis Felipe Bravo Mena, mira a una transición incompleta, contrahecha, porque los actores no asumen su corresponsabilidad¹⁶; *The Economist* afirma que fue una «transición mágica» y muchos otros hablan de una transición inconclusa, interminable o de una simple (modernización conservadora). En estas condiciones no sorprende que no tengamos acuerdos, pactos, consensos mínimos hacia el futuro, precisamente porque no hay un acuerdo cultural sobre lo que nos pasó.

Una vez más, podemos recurrir a los clásicos para afinar nuestras herramientas conceptuales: dicen Linz y Stepan que la transición puede considerarse concluida «cuando ningún grupo político significativo intenta seriamente derribar el régimen democrático o promover la violencia doméstica o internacional para separarse del Estado. Cuando se llega a esta situación, el comportamiento del nuevo gobierno democrático surgido después de la transición, ya no está dominado por el problema de cómo evitar el quiebre de la democracia ... En cuanto a las actitudes, la democracia se convierte en *the only game in town* cuando, incluso frente a crisis políticas y económicas severas, la abrumadora mayoría de la población cree que cualquier cambio político posterior debe surgir de entre los parámetros de los procedimientos democráticos. En términos constitucionales la democracia se vuelve *the only game in town* cuando todos los actores de la comunidad política llegan a habituarse al hecho de que el conflicto político dentro del Estado será resuelto de acuerdo a las normas establecidas y que las violaciones a esas reglas probablemente serán inefectivas y costosas. En pocas palabras, en la consolidación la democracia se rutiniza y se internaliza profundamente tanto en la vida social, institucional y psicológica, como en los cálculos políticos»¹⁷.

15 "Resolución del Consejo Nacional del PRD", 10 de diciembre de 2000.

16 Entrevista con Ernesto Núñez, *Reforma*, 28 de junio de 2001.

17 Juan J. Linz y Alfred Stephan, "Hacia la consolidación democrática", en *La Política. Revista sobre el Estado y la sociedad*, no. 2, Barcelona, Buenos Aires, México, segundo semestre de 1996, p.29-49, p. 31.

Przeworski es todavía más conciso y elocuente: «La transición concluye cuando quienes acaban de perder el poder político desean volver a competir y recuperarlo bajo las mismas reglas con las que lo perdieron»¹⁸. El PRI no impulsa un cambio en esas reglas, sigue compitiendo en el marco de las leyes pactadas en el periodo de transición y se sujeta a sus veredictos y resultados. Por eso resulta muy preciso decir que en México la transición ya terminó.

8. La transición como ideología.

Surge entonces una pregunta relevante: ¿porqué la confusión, la falta de consenso si los conceptos son relativamente claros? ¿por qué la imposibilidad de reconocer la llegada de la democracia y por lo tanto de asumir la transición como una etapa histórica concluida?

La respuesta no es académica ni tampoco irrelevante: no sólo se trata de tener bien ordenados los conceptos y el lenguaje (de suyo, esto sería una buena razón, pero no es la única ni la más importante). Sostengo que la resistencia a asumir la conclusión transicional tiene que ver con las estrategias de los actores. En pocas palabras: no les conviene ni los partidos y al ramillete de políticos profesionales que han hecho de la transición su *sancta sanctorum*.

Llevamos varios años de que el discurso de «la transición» se ha convertido en un pretexto de lógica circular: el PRI era un partido abusivo, poseedor de ventajas que hacían imposible su derrota, por eso no había que prestarse a legitimar su poder, no había porque hacerse cargo de las decisiones de gobierno, el PRI debía «pagar los costos políticos» de las medidas necesarias, impopulares, y por el contrario, lo que correspondía para los

¹⁸ Adam Przeworski, *Democracia y Mercado: reformas políticas y económicas en la Europa del Este y América Latina*, tr. de Mireia Bofill Abelló, Cambridge, New York, Cambridge University Press, 1995, xiv + 356 p., p. 135.

partidos opositores, en realidad adolescentes, era «denunciar» esas medidas. La «transición» era el programa, y no las políticas públicas concretas. Sacar al PRI de los Pinos se convirtió en el punto medular de la política mexicana y para ello, el discurso de la transición era más que funcional.

La cosa tuvo razón de ser hasta la mitad de la década pasada: el control de las elecciones, la desigualdad en los recursos entre las fuerzas políticas, el ejercicio impune del poder presidencial, la violencia contra militantes de otros partidos, entre muchos factores adicionales, dejaba poco espacio para actuar de otra manera.

Pero una vez que la presencia y el poder de la oposición se multiplicó, una vez que las reformas electorales surtieron efecto y los ciudadanos dieron con su voto más poder a los partidos opositores y los colocaron en el cuarto de máquinas del Estado, ya era obligatorio modificar la estrategia y actuar de otra manera: como corresponsables de la conducción del Estado. Sin embargo, en numerosas ocasiones los partidos renunciaron a jugar ese papel para entregarse alegremente y de lleno a la pura denuncia y a esconder sus responsabilidades detrás del cómodo discurso de «la transición».

Así, no obstante y los avances ostensibles, la progresiva e imparable democratización del país, los actores insistieron en olvidarse de los acuerdos y prefirieron subrayar a cada paso sus diferencias y en exhibir su antagonismo. La retórica de una transición eternizada amplificó el desacuerdo y envenenó el ambiente: la construcción del Estado democrático se suspendió para dar paso a los pleitos de cada coyuntura. La ambiciosa agenda de reforma del Estado (pactada desde enero de 1995) fue suspendida en aras de las ventajas que daba la publicidad de las disputas cotidianas. Así durante años, especialmente luego de 1996, padecemos una pertinaz llovizna de improperios que sustituyeron las posibilidades de acuerdos para la gobernabilidad democrática, para crear nuevas instituciones y para nuevas políticas públicas.

De esta manera la idea de la «transición» dejó de ser un territorio fértil, constructivo, que abría horizonte al país, y se volvió una excusa. Ejemplos sobran: ¿alguien pudo hallar la explicación el abandono del PRD y del PAN al acuerdo de la reforma electoral en noviembre de 1996? su final resultó paradójico: los más beneficiados con los cambios electorales de ese año, los impulsores y los que introdujeron casi todos los cambios en la ley electoral se dieron el lujo de votar en contra, en nombre, claro está, del abusivo partido de Estado, de las muchas asignaturas pendientes que todavía no colma la imprecisa transición.

Así, desde 1996, México no puede llegar a un acuerdo sobre nada relevante, más allá de los imperativos de cada coyuntura: desde el establecimiento de los fondos individuales para el retiro (Afores), nuestro Congreso no ha podido negociar y acordar nada trascendente.

La ideología de la transición propició un círculo vicioso: cualquier fuerza política que negocie razonablemente con el gobierno se verá deslegitimada por las críticas de la tercera fuerza en disputa. El truco consiste en descolgarse de las negociaciones cuando éstas garantizan ya unos resultados aceptables para sus intereses. Cargar el precio del acuerdo a los firmantes y asumir sus logros desde afuera.

9. Más allá de la transición.

Existen todavía, los que niegan la realidad histórica de la transición. Algunos lo hacen porque en ella fueron derrotados pacíficamente (así, el PRI sostiene que «no hubo transición» pues vivíamos ya en un régimen democrático); otros lo niegan porque no se ajusta al tipo de cambio que imaginaron (el PRD creyó que México viviría una «revolución democrática» un cambio rápido que repararía «el golpe de estado técnico» de 1988) y otros más afirman que aún no concluye (el PAN por ejemplo, que pretende encubrir las responsabilidades de su gobierno, alegando que tal incapacidad se debe «a las tareas no cumplidas de la transición”).

De tal suerte, que el discurso de los transitólogos ya no es un continente en el que está depositada la agenda real del país, sino que es un discurso que cobija a las ventajas particulares de los partidos políticos. En gran parte, por eso el gobierno de Zedillo y el de Fox no han tenido a los interlocutores con los cuales negociar. Las oposiciones no quieren jugar ese papel «mientras no se hayan cumplido las asignaturas pendientes de la transición»¹⁹.

Si no nos encontráramos en esta espesa maleza ideológica, el principal efecto de la victoria de Fox habría sido el de acabar con el mito de la alternancia. El deseo o la necesidad de acabar con el gobierno del PRI dejó de ser el factor dominante de la política mexicana. Y ese cambio pudo haber abierto enormes posibilidades para un Presidente que tuviera un proyecto claro para el país y fuera capaz de negociar una mayoría parlamentaria en apoyo de sus reformas. Como dice Ludolfo Paramio: «En un escenario radicalmente nuevo, el Presidente estaría inicialmente cargado de legitimidad para introducir grandes cambios en la agenda política, (Crónica, 1 de julio de 2001). Pero no ocurrió esto porque el nuevo Presidente y sus conspicuos ideólogos siguen anclados en la ideología de la transición y siguen empecinados en sacarle sus ventajas.

Tienen poderosas razones políticas para aferrarse al viejo libreto (es más cómodo presentarse ante el mundo como un gobierno de transición que como un gobierno democrático de derecha) pero es evidente que el hecho les proporciona una coartada para evitar las definiciones programáticas. De esta manera, “la transición” se convierte también en un bálsamo mágico que esconde las identidades y las responsabilidades de cada quien.

Este chapoteo político y conceptual tiene un costo: seguir en la transición, significa acreditar las discusiones de los asuntos que atañen a los propios partidos, otorgar un permiso ideológico para que ellos sigan discutiendo “sus” temas, posponiendo los muchos otros asuntos que importan al país.

19 “Resolución del Consejo Nacional del PRD”, 10 de diciembre de 2000.

Por el contrario mi partido, **México posible** quiere convocar a reconocer el cambio de época para situarse en el presente y atender los problemas auténticos del país. Dicho de otro modo: nuestro partido afirma que **los problemas políticos fundamentales de México, al entrar al siglo XXI, no son los problemas del autoritarismo, sino los problemas de la democracia**. La pluralidad en la representación, los gobiernos divididos a nivel nacional y en muchos estados del país, el Ejecutivo que no cuenta con mayoría en el Congreso, los reclamos federalistas (y localistas) que encabezan gobernadores emergidos de distintos partidos políticos, las muestras de autonomía del Poder Judicial, la intensa competencia electoral, el hecho de que gobernar implique necesariamente la construcción de acuerdos incluyentes entre fuerzas distintas, la presencia de una sociedad civil alerta y movilizadora, todos, son síntomas evidentes de una nueva realidad para la cual, los partidos tradicionales están extraordinariamente mal preparados.

Contrario a muchos de los diagnósticos conservadores, México necesita nuevos actores bien organizados, nuevos genuinos partidos, y en ello se juega una de las posibilidades de renovación y «desazolve» de su vida política. Pues si el país tiene una relación improductiva entre sus poderes, «déficit legislativo» y un largo retraso en sus reformas estratégicas, no se debe a la existencia de fuerzas nuevas, ni de «partidos pequeños»²⁰. El bloqueo, el retraso, los problemas de gobernabilidad, tienen su origen en la actitud, las prácticas y las visiones de los tres grandes partidos, PRI, PAN y PRD. En este sentido, la llegada de fuerzas genuinas, dialogantes, dispuestas a discutir cada tema por sus méritos (y no por quien lo propone) es una de las apuestas más sanas de la política mexicana hoy.

México necesita un partido de la «postransición», es decir, un partido no alineado por un solo principio (en la transición, las fuerzas se polarizan:

20 Esto no quiere decir que los “partidos pequeños” existentes hasta hoy, no deban ser supervisados, vigilados y criticados. De hecho, salvo excepciones —como Democracia Social— los partidos de recién implantación han aportado muy poco al debate, a los temas, a la dinámica de la vida pública. Sobre ese tema también presentaremos una propuesta en un capítulo aparte.

por un lado quedan aquellas, defensoras del *status quo*, y por otro, las corrientes democratizadoras, sean del signo que sean, de derechas o de izquierdas). En cambio, después de la transición, la política se normaliza y cada asunto, cada iniciativa puede ser abordado por sí mismo, de acuerdo a sus defectos o virtudes, sin alineamientos previos, sin bloques divididos, «democráticos» y los que no lo son.

Ése es el tipo de política que se necesita, y con urgencia. Ninguna de las fuerzas políticas existentes hasta hoy parece haber articulado un programa coherente que recoja esas exigencias de la circunstancia democrática y que están poniendo en riesgo nuestra convivencia futura; lo que es más, los partidos tradicionales parecen más preocupados en reproducir el libreto y las conductas de la época pasada, mantener el empate de fuerzas y su mutuo bloqueo, que en atender los graves rezagos de la nación.

10. En resumen.

No quiero parecer excesivamente pesimista. Pero me parece urgente que los mexicanos reconozcan rápidamente donde están. Hemos cerrado una de las asignaturas seculares, la democracia política, pero nos quedan muchas otras tareas más: instaurar una plena vigencia del estado de derecho, la independencia y eficacia del poder Judicial, la vigencia del pacto federal y sobre todo, la creación de condiciones materiales de vida que igualen las oportunidades de los mexicanos en lugar de ahondar privilegios y exclusiones.

La gobernabilidad y la subsistencia de la democracia dependerá de ese cambio en la visión, las estrategias, en las conductas, incluso, en las palabras y modales. La democracia incipiente necesita acuerdos sustantivos, de aliento y con fuerzas muy distintas. Para conseguirlos el gobierno necesitará tener enfrente, ya no a veleidosos adolescentes, sino la madurez y seriedad de unos partidos adultos. El propio gobierno deberá olvidarse de los paralelismos internacionales para ofrecer un puñado de propuestas políticas, claras y coherentes sobre las cuales trabajar la agenda democrática y construir una coalición legislativa.

Así pues, la declaración de que en México ya es una democracia no es celebratoria: al contrario, intenta resituar la mira para saber a donde van los tiros. Lo fundamental ya no son los problemas de falta de democracia, sino los problemas que la democracia genera. Es un paso y una declaración política e intelectual que creo, debe decirse.

La exigencia pública se traduce entonces, como quiere Luis Salazar, **en que los partidos de la transición se conviertan ya en los partidos de la democracia.**

Declarar que la transición política ha terminado es algo bastante distinto a decir que en México no hay necesidad de nuevas reformas políticas. La democracia ya está aquí, lo que no tenemos es un Estado a la altura de los problemas del país. Y como he intentado demostrar, el discurso de la transición ha sido uno de los factores que han impedido, precisamente, la elaboración y el curso de las nuevas reformas necesarias para gobernar el pluralismo.

Mi insistencia es que hay que salir del pasado y extraer la lección principal de los últimos 25 años. Los historiadores menos que nadie, pueden evadir este debate. Creo que es necesario generar una poderosa corriente de opinión que propugne cambiar la agenda política del país, a partir del reconocimiento de lo que ha ocurrido realmente y no de la conveniencia de las fuerzas políticas en disputa.

La transición se acabó. Creo que debe decirse como una obligación intelectual, porque es una misión que cumplieron miles de funcionarios, militantes, políticos y ciudadanos en todo el país. Debe decirse por pura claridad conceptual, porque no es correcto que desde la academia se incremente la confusión, la laxitud de términos y la ambivalencia de las definiciones. Por honestidad intelectual; por sentido de misión, porque es preciso recomponer la agenda de la política nacional hacia los temas que ya no hacen parte de la transición, debe decirse porque ya no hay razones ni

pretextos para no acatar y comprometerse con las reglas del juego pacífico y civilizado que se han creado luego de una batalla de veinticinco años; por no prestarse al juego del oportunismo; porque lo necesita la imagen del país en el mundo y.... por orgullo, simplemente.

11 de marzo de 2003

LA ODISEA MEXICANA.

Germán Martínez Cázares
Partido Acción Nacional

Apreciables miembros de la Academia Mexicana de Historia.

Ciudadanas y ciudadanos.

Para Acción Nacional representa un honor haber recibido la invitación que dirigió Don Miguel León-Portilla a nuestro Presidente, Luis Felipe Bravo Mena. De inmediato aceptamos, con entusiasmo, a participar en esta reflexión sobre las distintas visiones que los partidos políticos nacionales tenemos acerca de la historia de México.

A nombre del PAN agradezco la invitación y, de antemano, pido clemencia a este auditorio docto en historia, en el veredicto que den a esta reflexión.

El ser humano, recordemos a Martin Heidegger, expresamente o no, es su pasado. La persona, afirmó en *El Ser y el Tiempo*, "es" su pasado en el modo de su ser, que dicho toscamente, "se gesta" en todo caso desde su advenir. El hombre está envuelto en una interpretación tradicional de él y se desenvuelve dentro de ella. Partiendo dentro de ella se comprende inmediatamente. Esta comprensión abre las posibilidades de su ser y las regula. Su peculiar pasado, no sigue al hombre, sentencia Heidegger, sino que en cada caso ya le precede.

Sin embargo, lo que sabiamente sostiene el ex-rector de Friburgo, no quiere decir de ningún modo que la historia misma tenga una estructura, lo demostró Karl R. Popper, en *La miseria del historicismo*. No existe una estructura de la historia, ni un método científico para descubrir desde el pasado el porvenir, como han propuesto, y en gran medida lo siguen haciendo, corrientes de romanticismo político que cantan loas al Estado omnipotente. No, el futuro no está escrito. Habla con razón Isaiah Berlin, en su ensayo “La inevitabilidad histórica”, cuando afirma que de aceptarse el determinismo histórico, deberíamos deshacernos de nociones como libertad y responsabilidad, que son postulados que Acción Nacional tiene inscritos en su doctrina. Los hombres, simplemente, tenemos la necesidad, la determinación existencial, de “estar desde nuestro pasado” y, por ello, de preguntarnos por él. Así surge, entiendo, la historiografía y, con ella, las historias mundiales, nacionales, regionales o personales.

En esta ocasión se trata de preguntarnos sobre nosotros como país. Queremos saber de “nosotros en el presente”, heideggerianamente, a través de preguntarnos sobre “nosotros en el pasado”.

Es bueno, volvernos a contar, de cuando en cuando, la historia de nosotros mismos. En primer lugar, porque descubrimos hechos supervinientes, que al surgir, refutan determinadas interpretaciones históricas. Ello es tan cierto en la disciplina de la historia, como en las ciencias en general—incluso en las llamadas ciencias exactas—. Nuevos hechos, cuestionan los modelos interpretativos. Por otro lado, la ciencia misma contribuye a la investigación histórica, arrojando su luz sobre hechos que sin ella no podríamos alcanzar. Vico y Herder, demandaban, según Isaiah Berlin, que la historia fuera interpretada con métodos diferentes de los de las ciencias duras, como las matemáticas y la física. En ello tuvieron razón. La historia no forma parte del mundo externo que, como la rotación de los cuerpos celestes, permite predicciones más o menos exactas. La historia requiere de un método interpretativo, pero las ciencias pueden ayudar a descubrir hechos más o menos irrefutables, acotando el espacio de la interpretación, y generando

un acercamiento entre ciencias exactas e historia. Una de otra se pueden echar mano, como lo demuestra, por ejemplo, la relación entre química y arqueología.

En segundo lugar, es bueno volver a contar la historia de nosotros mismos, porque nuestros ideales y valores sociales van cambiando, son dinámicos y ello, va cambiando también la interpretación o el razonamiento que damos a los hechos. No se trata de falsear la historia a conveniencia generacional, sino precisamente, de tratar con justicia a nuestros antepasados, comprenderlos y disentir con ellos cuando se requiera. Se trata de aprovechar la oportunidad del paso del tiempo para tomar distancia objetiva de interpretaciones determinadas y, en su caso, - ¿por qué no decirlo? -, de evitar los prejuicios de historiadores anteriores, y asignar a nuestros ancestros su respectiva dignidad. Por que nuestros antepasados, nuestros abuelos, son una extensión de nosotros mismos.

¿Pero qué entiende por “Acción” y por “Nación”, un partido que se autodefine como de la Acción Nacional? Estimo que con la respuesta al significado de estos dos vocablos se puede empezar a dar una interpretación de la historia de México desde el PAN.

Para nosotros - lo afirmamos recientemente en la XLV Convención Nacional, celebrada en Veracruz el 14 de Septiembre pasado, convocada para el sólo efecto, de reformular, en una Proyección de Principios de Doctrina, el pensamiento panista - la Nación es la comunidad de comunidades, unidas por diversos vínculos, con origen y un destino por descubrir permanentemente. La Nación, anterior y superior al Estado, se reconoce como la suma de sus partes y se enriquece con el aporte socialmente responsable de las mujeres y los hombres que la componen. La Nación, es una oportunidad de brindar comunión de pasado, de presente y, por tanto, de destino.

La Nación tiene para el PAN, como elemento definitorio, el reconocimiento “al diferente”. La vida del ser humano en la Nación la determina

una relación y comunicación con otro ser humano distinto. La Nación es eso: la posibilidad de convivencia entre ajenos. No hay nación entre iguales, allí sólo hay uniformidad. La Nación se gesta y nace en la diferencia. Por eso, desde su fundación en 1939, Acción Nacional postuló la bondad del pluralismo y luchó por hacerlo valer. En la época dorada del partido hegemónico, de la participación restringida, de los ciudadanos a medias y del control monopólico de los medios de comunicación, el Partido Acción Nacional no dudó en levantar la bandera del pluralismo, porque la Nación es una realidad abierta, abierta a la historia, es multicultural, pluriétnica; es cuna y espacio para el florecimiento de un vínculo responsable entre diferentes.

Sin embargo, hoy, la Nación mexicana es evidentemente distinta a la de 1939; por un lado, amplió su existencia más allá de las fronteras del Estado, y por ello, debe abrazar a los millones de mexicanos que, por diversas razones, algunos en circunstancias de dolor, viven en otro país. Es tarea del Estado que no exista en el extranjero un mexicano sin Nación, sin respeto a su dignidad y a sus derechos humanos. Muchos mexicanos han encontrado fuera del territorio nacional, el éxito personal que no encontraron en su suelo. Por otro lado, la Nación ha de convivir, también en la diferencia con otras naciones. Acción Nacional cree en la mundialización, como la oportunidad de globalizar los lazos de responsabilidad solidaria, reconociendo la interdependencia y las diferencias entre las naciones de la Tierra.

La Acción es lo que define al PAN como partido político. No somos ni horda, ni academia, decía Carlos Castillo Peraza. Somos una Acción, una Acción en el sentido trascendente que le dio Hannah Arendt al término. Porque somos una Acción arendtiana, aspiramos a desterrar el cortoplacismo de la tarea pública, y advertimos el horizonte del Bien Común. La Acción, así entendida, no claudica frente al imperio de lo efímero. La Acción de Acción Nacional es generosa, por eso no se agota en una persona, en una época - no es moda -, ni la define una sola generación o individuo, la Acción de Acción Nacional, es la "brega de eternidad" de Manuel Gómez Morin que no decae cuando se deposita el sufragio en la urna.

Buscamos que nuestro pensamiento humanista y socialmente responsable genere consecuencias en la realidad. Y como afirmó Arendt en *La condición humana*, la Acción nunca es posible en el aislamiento, estar aislado es lo mismo que carecer de la capacidad de actuar. La Acción pues, nos coloca en la posibilidad de actuar “con el otro y para el otro”.

Entonces podemos concluir: por virtud de lo que significa para nosotros la Acción, hemos sido un instrumento civilizatorio en la búsqueda del poder en México, y por el mandato derivado de nuestro concepto de Nación, hacemos que el partido mantenga vivo, respete y haga respetar el pluralismo.

Pero la Nación no está formada por individuos abstractos ni por masas indiferenciadas, sino por personas humanas reales. Acción Nacional centra pues, su pensamiento y acción en la persona, protagonista principal y destinatario definitivo de su acción. Los individuos no son, como sostenían Herder o Hegel, meros aspectos o momentos de la Nación. Las tesis de Acción Nacional parten de la aceptación de una dogmática universal: la de la existencia de una dignidad intrínseca de cada persona, como la ejecutó Jesucristo y la teorizó Immanuel Kant. Los individuos somos fines en sí mismos y somos por tanto, la encarnación de la historia.

El pluralismo histórico que exige un pensamiento como al que el PAN intenta ser fiel, reivindica una visión de la historia forjada en el esfuerzo individual de miles de mujeres y hombres que impulsan a la Nación. No compartimos el simplismo de elevar a los altares patrios las “gestas históricas” o los oropeles oficiales, que mucho tiempo se dictaron desde el Estado, revistiendo algunas veces de grandiosas epopeyas las causas del atraso del país. Nosotros no queremos, ni podemos olvidar a muchos ciudadanos, algunos, mártires del terrible cotidiano que, en regiones o pueblos del país, también provocan la historia.

Si México es un país plural, no puede definirse sólo por sus próceres, ni sólo por una de sus culturas. Octavio Paz afirmaba en *El Laberinto de la*

Soledad que en México “conviven no sólo distintas razas y lenguas, sino varios niveles históricos. Bajo un mismo cielo, con héroes, costumbres, calendarios y nociones morales diferentes, viven –citaba a Ramón López Velarde - /Católicos del Pedro el Ermitaño / y jacobinos de la era terciaria/”.

Somos una identidad que se construye y reconstruye sin cesar. Nuestra identidad está definida por el permanente viaje de nuestra existencia colectiva.

Un viaje como el de Ulises, lleno de peligros, tentaciones, ilusiones y desdichas, un viaje entre el dolor y la incomprensión. Entre nuestras alegrías, colores, sabores, gritos y tristezas. La historia de México es un viaje hacia su propia identidad. Es un viaje que podríamos decir, empezó en Aztlán e intentó terminar en la gran Tenochtitlán, al ver aquella águila devorando una serpiente; pero también somos un viaje que empezó en el monasterio de Santa María la Rábida en Palos de la Frontera España, con Cristóbal Colón y los Hermanos Pinzón, y que también intentó finalizar en la desembocadura del río Grijalva. Somos un viaje inconcluso con muchos viajes. Somos pues, un viaje desde el substrato indígena y hasta el México plural de hoy. Y el viajero, ni pierde el origen, ni puede perder el horizonte.

De ese inicio de nuestro viaje es Netzahualcóyotl, legislador, guerrero, pintor, filósofo y poeta.

Alegraos con las flores que embriagan...
Las inventa el Dador de la vida,
Las ha hecho descender
El inventor de sí mismo,
Flores placenteras,
Con ellas vuestro disgusto se disipa.
(Fragmento)

En ese inicio que ya hoy nos precede, la escultura olmeca, la numeración vigesimal de los mayas y su arquitectura, el Calmécac, el Tepochcalli

y sobretodo el Cuicacoalco aztecas, donde se enseñaba religión, guerra y artes, respectivamente, son asideros que fortalecen la existencia de nuestro viaje. Esas manifestaciones de nuestra cultura mexicana son el “ollin” o el “yoliliztli” del ser nacional, tal y como lo ha señalado don Miguel León-Portilla, cuando explica que esas voces significan la vida y el movimiento del pensamiento náhuatl. Así pues, los indios del México antiguo, sus dioses como Quetzálcoatl, Tláloc, Curicaveri y su organización social y ceremonial, son la vida y movimiento del origen de nuestro viaje existencial.

Por ello, ciertamente, debemos arrojar de nuestras interpretaciones, pretendidamente científicas, el etnocentrismo. Urge distanciarnos de ese intento por resucitar prejuicios raciales para valorar nuestro pasado. Estamos obligados a conjurar el peligro de reivindicar el desarrollo nacional desde el “color de la piel”. También apremia la necesidad de desterrar el simplismo, que busca valorar al mundo indígena mexicano como simple manifestación de lo primitivo. Para Acción Nacional, en este tema somos categóricos: el prejuicio etnocéntrico debe arrancarse de la historia nacional. La identidad de la Nación tiene, como hemos dicho, en nuestros pueblos indígenas, en nuestros ancestros europeos y en la mezcla de ellos, la cuna de su esencia.

Todavía algunas comunidades, como los coras, huicholes, tarahumaras, yaquis o lacandones, hacen retumbar los tambores y chirimías de nuestro origen y se rigen por “tata-mandones” o Consejos de Ancianos. El derecho ha reconocido esas muestras de identidad y, particularmente Acción Nacional, con un Congreso mayoritariamente panista en el Estado de Chihuahua, reformó la Constitución local, para dar vida jurídica a los “pueblos indígenas”, reconocer la trascendencia de sus usos y costumbres, declarar que sus tierras son inalienables y sus derechos sobre ellas imprescriptibles, y finalmente, tutelar su idioma en la educación. Todo ello, desde 1994, sin derramar una sola gota de sangre para lograrlo.

Esos pueblos originarios se encontraron con el pueblo español, en el viaje de nuestra Patria.

Ese encuentro fue ocasión de dolor y de esperanza. Mucho del conocimiento de nuestro origen se debe a esa coincidencia. Clavijero dio cuenta de varios historiadores indios del siglo de la conquista: Antonio y Fernando Pimentel Ixtlixóchitl, Gabriel de Ayala, Pedro Ponce, Fernando de Alva Ixtlixóchitl, Juan Bautista Pomar, Fernando Alvarado Tezozómoc, entre otros, son testigos de aquel momento de nuestro viaje, de esa circunstancia que provocó en nosotros tres siglos de luces y sombras. Tres siglos con varios Nuño de Guzmán, con la Inquisición y con tiempos de encomienda, sí; pero también, tres siglos de viaje con los pueblos-hospitales de Vasco de Quiroga, la radical defensa del indio de Bartolomé de las Casas, o la mundialización de un comercio sometido a dictados éticos, como se desprende del trabajo de Tomás de Mercado titulado *Suma de tratos y contratos*.

México también es en su ser nacional esa época del Virreinato o de la Colonia. A veces parece necesario recordarlo. Somos, en nuestro ser, el primer centro de estudios superiores agustinos del llamado Nuevo Mundo. En Tiripetío, Michoacán, se honra la memoria de fray Alonso de la Veracruz, que impartió a los mexicanos el *Trivium* y el *Cuadrivium*. Luis Weckmann ha documentado magníficamente nuestra gran herencia medieval, que incluye el sistema de derecho, la estructura de nuestras ciudades, el sistema de pesas y medidas y las devociones religiosas. De España llegaron sin duda rezagos y ambiciones, pero también llegó para quedarse en nuestro viaje, como lo probó magistralmente Don Silvio Zavala, el progreso humanista del Renacimiento. Ese tiempo hizo posible que fecundarán Sor Juana Inés de la Cruz, Carlos Singüeza y Góngora y Eusebio Francisco Kino. La época novohispana, entonces, lo mismo publicó libros de astronomía y geografía que de canto y poesía.

En el siglo XVIII la fuerza de la sociedad mexicana pudo promover la colonización de California, dirigiendo esta osadía un mexicano nacido en Sonora: el Capitán Juan Bautista de Anza. En 1775, con 240 hombres de Sinaloa y Sonora, emprendieron la ruta hasta conquistar San Francisco. Esta hazaña no debe perderse en la noche de los tiempos, y debe ser recono-

cida como un brío nacional digno de servir de ejemplo para edificar una mundialización con lo mejor de nosotros mismos.

En la Colonia, México dejó de ser un pueblo exclusivamente americano y maduró su identidad nacional, adquirió la lengua que nos une. El barroco del Convento de Santo Domingo en Oaxaca, el arte churrigüesco en la Catedral de Zacatecas, la conformación urbana de Guanajuato y Taxco, el acueducto de la antigua Valladolid, y la organización municipal, eje y estructura de la política nacional, son evidencias del ser nacional que nace entonces, absorbe lo europeo, lo recrea y, ahora, viaja permanentemente con nosotros hacia esa conquista diaria de la existencia patria.

La lucha por la Independencia y el primer siglo de autonomía nacional representa en ese viaje, otro esfuerzo de los mexicanos por dotarnos de rostro propio, por constituirnos en Estado nacional. Ya no nos es ajeno el viejo mundo, y tampoco somos sólo el substrato nacional indígena. La entraña nacional, su alma y su espíritu, se manifiestan en la Independencia nacional.

La proeza de nuestra Independencia tiene un nombre que la supo colmar de entusiasmo y, en este año, festejamos el 250 aniversario de su natalicio: Miguel Hidalgo y Costilla; pero a su lado también hay un hombre que supo conducir la batalla de la Independencia de aquel terreno del entusiasmo al de las instituciones: José María Morelos y Pavón.

La Junta de Zitácuaro, con sus “Elementos Constitucionales” que, en un principio, hacía dimanar a la soberanía inmediatamente del pueblo, y no de Dios como sostuvieron, también en un principio, los filósofos de la Ilustración francesa, son el origen de nuestro parlamentarismo y constitucionalismo. No fueron ocurrencias de momento. El Congreso llamado de Anáhuac instalado en la parroquia de Chilpancingo, con José María Murguía, José Manuel Herrera, Ignacio López Rayón, José Sixto Verduzco, José María Liceaga, Andrés Quintana Roo, Carlos María Bustamante y José

María Cos, además de constituir el marco en el que Morelos da a conocer los Sentimientos de la Nación, es la puerta al entendimiento institucional entre diferentes, es la puerta al Parlamento. El propio Morelos redactó de su puño y letra, días antes de iniciarse las sesiones, el primer Reglamento de Debates para el Congreso mexicano. La importancia del hecho es que la patria se iniciaba en el arte de la discusión y el diálogo ordenados, para definir bienes y rumbo públicos.

La bondad de la Independencia no radica tanto en desatarnos del entonces decadente Imperio español, sino más bien, en sembrar las semillas del Congreso y la Constitución. El país entró al Congreso, es decir, al com-gradus, que significa “caminar juntos”, sin otra distinción que la que otorga, “el vicio y la virtud”. Y la sociedad mexicana, tendrá desde entonces - lo afirmó la popularmente conocida Constitución de Apatzingán -, el derecho de alterar, modificar o abolir su gobierno cuando su felicidad lo requiera.

Con este antecedente, podemos afirmar que el llamado México Independiente nos otorga un importante legado: el respeto al derecho como forma de conducirnos, pero al mismo tiempo, nos acarreó, en nuestro viaje identitario, las tribulaciones por las que pasaron los mexicanos del siglo XIX, para definirle al país las fórmulas y métodos que deberían dictar ese derecho.

Desde la Junta Provisional Gubernativa del Imperio Mexicano, fundada en el famoso Tratado de Córdoba, firmado por Agustín de Iturbide y el último virrey de la Nueva España, Juan de O'Donojú, hasta la Constitución de 1857, México se debatió no sólo entre el federalismo y el centralismo, o entre conservadores y liberales. Sino que se cimbró el “ser nacional” alrededor de los conceptos de igualdad, libertad, justicia y, sobre todo, del de unidad nacional. Cuando no fuimos capaces de entendernos, nos debilitamos, y en esa fragilidad perdimos vidas de mexicanos y casi la mitad del territorio.

En ese siglo de adolescencia, dudas y vacilaciones, los mexicanos supimos construir, en primer lugar, una República bajo el ideal de igualdad en la participación de todos los mexicanos. En el cuidado y la construcción de la República está Benito Juárez; pero también, inspirados en el derecho público de Estados Unidos de Norteamérica y con la influencia francesa de la Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano, México instituyó un mecanismo de eficacia del derecho, una herramienta que permitió que el derecho acordado por el parlamento, fuera efectivamente obedecido: el juicio de amparo. El creador del amparo, el yucateco Manuel Crescencio Rejón, siempre tuvo claro dos conceptos que evidenciaron de alguna manera las necesidades de la época: frenar el despotismo del poder y, para lograrlo, construir un poder judicial plenamente independiente, ambos elementos, centran el atributo de la República juarista.

Otra herencia del siglo XIX es, sin duda, el ejercicio del debate político. La definición de país y la definición de las reglas del país se produjeron en una compulsa de opiniones, en la confrontación ideológica que cruzó el siglo antepasado. Fray Servando Teresa de Mier, Miguel Ramos Arizpe, Lucas Alamán y José María Luis Mora brillaron por ideas en un siglo que también se destacó por el uso de las armas. En el fondo de la discusión estuvieron las ideas jurídico – políticas de Juan Jacobo Rousseau, que promovió la renuncia a la libertad personal para diseñar y configurar una voluntad general soberana del cuerpo social; pero en el otro lado, estaba el pensamiento del irlandés Edmundo Burke, que matizó los conceptos de libertad, otorgó peso importante a la convivencia social y demandó respeto a la tradición religiosa. Es aquí, cuando destaca la figura de Ignacio Manuel Altamirano, que intentó la síntesis conciliatoria e hizo brotar en un ambiente de enfrentamiento, desde su escritura, el renacimiento de la reconciliación.

En el siglo XIX, pues, México reconoce para su tradición parlamentaria y para su salud pública a la retórica, a la retórica tal y como la entendió Aristóteles, como el arte del argumento probable. Como la disputa de lo eventual, y no como el dictado de la certeza. De esa lección debemos apren-

der: cuando la política busca verdades científicas, tesis indisputadas, se vuelve criminal; cuando las identidades no son eventuales sino dogmáticas pueden convertirse en asesinas. Y eso también lo aprendimos del siglo XIX, donde el temor a la Ilustración recorrió a la Iglesia, y donde el temor a la Iglesia cundió entre los liberales. Y cuando el temor o la certeza seducen a los argumentos políticos, muere la política, y de la pedacería de la retórica, brota la sinrazón.

Porfirio Díaz acabó con el debate, la política, la retórica e impulsó un orden económico que fue favorable para algunos. Pero la ley sin política es simple justificación de gobierno, no cumple su cometido como instrumento para conquistar el Bien Común.

La dictadura marcó el amanecer del siglo XX en este viaje mexicano. Una dictadura que simuló un ejercicio democrático, pero que en realidad tenía garantizada la permanencia en el poder por medios ilegítimos e ilegales. Extendió privilegios, consolidó una plutocracia y fingió separar los asuntos eclesiásticos de los meramente gubernamentales. El país vivió una disciplina y una paz que no fueron productos de la concordia, sino del espanto. Esa paz que genera el pavor.

El viaje de México estaba próximo a escribir otra de sus páginas de gloria. Río Blanco y Cananea avisaron que esa paz porfiriana no era producto del desarrollo igualitario entre los mexicanos. El porfirismo estaba en el ocaso. De hecho, el porfirismo decidió embarcarse en otro viaje, en otro viaje sin retorno en el Ipiranga.

Francisco I. Madero no apostó por la asonada o el cuartelazo, para hacerse del poder. Madero buscó, lo sabemos todos, la efectividad del sufragio, como el único método para designar a los titulares del poder, pero, lo que suele ignorarse es que colocó al sistema de partidos en el centro del procedimiento para hacer efectivo el voto. “El único método – sentenciaría en *La Sucesión Presidencial de 1910* – de evitar que la República vaya a

ese abismo (al de la violencia), es hacer un esfuerzo entre todos los buenos mexicanos para organizarnos en partidos políticos, a fin de que la voluntad nacional esté debidamente representada y pueda hacerse respetar en la próxima contienda”.

Madero creyó, sin dudas, en los partidos políticos. En integrar grupos sociales para buscar el poder alrededor de ideas y proyectos. Descartó el arrebañamiento alrededor del odio y dio una lección que las facciones revolucionarias nunca entendieron. Madero no creyó en los apellidos, Madero no creyó en un único salvador de la patria. Madero desafió a Porfirio Díaz proponiéndole a la Nación, no el nombre de Francisco I. Madero, sino justamente dos principios fundamentales: la libertad de sufragio y la no reelección. Por eso Madero puede ser calificado como el mayor pluralista en la historia de México.

La traición y la muerte de Madero significaron un regreso al porfirismo, un retroceso al orden sin justicia, una felonía al sufragio efectivo y, consecuentemente, un aliento a la violencia.

Carranza advirtió desde su famosa proclama de Hermosillo, que “terminada la lucha armada, tendrá que principiar, formal y majestuosa, la lucha social”. La Constitución General de la República de 1917 respondió a ese reclamo social, adelantado por el Jefe del Ejército Constitucionalista; pero la Carta Magna del 17 no fue capaz de traer la paz. Quizá porque en la integración de la asamblea Constituyente no encontraron cabida todas las expresiones de la Revolución. El país siguió dividido, en medio de un inmenso “dolor”, como lo sostuvo don Manuel Gómez Morín, en el ensayo *1915* –redactado en 1926–; un “dolor evitable”, un “dolor que unos hombres causamos a otros hombres, el dolor que origina nuestra voluntad o nuestra ineficacia para hacer una nueva y mejor organización de las cosas humanas”. El hecho es irrefutable: el país no conoció la armonía, porque las diferencias eran graves y los campos para la acción común eran estrechos. Hasta una infame persecución por motivos religiosos padeció entonces el país.

Quien rescató las banderas de Madero, en 1929, y reanimó la esperanza en un gobierno inteligente y culto en México, fue el filósofo oaxaqueño José Vasconcelos Calderón. Vasconcelos es el heredero de Madero. Fue postulado por el mismo partido antirreleccionista y replicó, frente al naciente partido de la Revolución que la efectividad del sufragio y la no-reelección son la raíz de la igualdad y la justicia. Vasconcelos perdió. Pronto se consolidó un partido que institucionalizó la Revolución, hegemónico, empeñado en confundir al Estado con el Gobierno, a éste con el Partido, y que colocó en su vértice a una persona que decidía, envuelto en los colores nacionales, suerte y destino de todo el quehacer público.

El viaje de México hacia su plenitud parecía detenerse. El presidencialismo, el partido oficial, hicieron triunfar, por mucho tiempo, al desánimo cívico, que trajo otro período de paz con un “porfirismo colectivo y sexenal”. Nuevamente se acabó el debate, la política, la retórica, y se impuso un orden que provenía de una sola visión de México.

A nuestra tarea pública le faltaba una “técnica”. El país despreciaba la labor pequeña y se desalentaba frente al fin remoto. No había generosidad. “Graduar la acción –recomendaba Gómez Morin– de acuerdo con la posibilidad aunque el pensamiento y el deseo vayan más lejos... es peor el bien mal realizado que el mal mismo. Lo primero, destruye la posibilidad del bien y mata la esperanza. El mal, por lo menos, renueva la rebeldía y la acción”.

Así, con renovada rebeldía, diez años después de la campaña electoral de Vasconcelos. Un puñado de personas, que gozaban de prestigio profesional y que, sin duda, tenían el “gen democrático” de Madero, fundan el 15 y 16 de Septiembre de 1939, el Partido Acción Nacional.

Acción Nacional es el depositario del legado de libertad de sufragio de Francisco I. Madero. En 63 años de vida ha intentado honrar esa herencia. Cada campaña electoral, sobre todo aquellas de años atrás, en que no había ninguna posibilidad de éxito, han sido homenajes a la participación del pue-

blo en la vida pública. La vida de Acción Nacional, está llena de Maderos regionales, de historias regionales, de “revoluciones en la vida cotidiana”, como diría Ágnes Heller, que parecen modestas, pero que han logrado alterar la vida de sus pueblos. Tal es el caso de Delfina Botello, una mexicana valerosa y con sentido de responsabilidad pública que, superando prejuicios supo ser la primera mujer candidata a un puesto de representación popular en México. En 1947, Delfina Botello, fue candidata panista a presidenta municipal de Tacámbaro, Michoacán. O Rosario Alcalá, panista y primera mujer en competir, en 1962, por una gubernatura, la de Aguascalientes. También en ese testimonio democrático están Luis H. Alvarez, que compitió contra López Mateos, y que siendo candidato a la Presidencia de la República fue encarcelado en Zacatecas. No falta el gran presidente del PAN, Adolfo Christlieb Ibarrola, que recogió antes de 1968, los triunfos de Hermosillo y Mérida, conduciendo al partido en una línea de diálogo sin claudicar a principios fundamentales, a pesar del linchamiento que varios panistas sufrieron en la campaña triunfadora de Salvador Rosas Magallón en Baja California. El PAN condenó, por voz de Rafael Preciado Hernández y Gerardo Medina Valdez, la invasión del ejército a la Ciudad Universitaria y la masacre estudiantil de 1968, pero el germen democrático de entonces, ni es sólo capitalino, ni es sólo estudiantil. La provincia mexicana, también sufrió el despotismo priísta y antes de Tlatelolco ya estaba sembrada y cuidada esa simiente democrática por miles de ciudadanos, algunos militantes de Acción Nacional.

Por eso, si queremos saber de “nosotros en el presente”, tendremos que ver a Acción Nacional “en el pasado”. Con legítimo orgullo lo decimos: intentamos ser fieles a la gran herencia que nos ha dejado el viaje de nuestra existencia. Intentamos, con argumentos probables, defender la dignidad del mexicano, sin importar el color de su tez, la preferencia ideológica o la divinidad que invoca.

No somos el partido político que la historia oficial ha vendido en esa cultura de la monografía con que enseñó historia durante muchos años, somos el partido de la responsabilidad histórica.

Tenemos tesis de poder y no sólo apetitos de poder. Creemos en el debate de nuestros razonamientos en un marco de pluralidad como el único instrumento para crear y respetar un Estado de Derecho. Confiamos en la palabra, en el diálogo, y eso nos aparta de los que trabajaron para “institucionalizar a la Revolución”. Nosotros buscamos la “institucionalización de la palabra y del diálogo” que no es otra cosa que institucionalización de la democracia.

Este viaje histórico nos impulsa a creer en el debate, como en el siglo XIX; al mismo tiempo a confiar, como Madero, en un sistema de partidos; a apostar el empeño político en fortalecer el parlamento, como Morelos lo hizo; y, finalmente, a defender la tolerancia, como Ignacio Manuel Altamirano.

En esa tradición de debate, partidos y parlamento, está la esencia del panismo. En comprender y luchar por un federalismo responsable y un municipio cada vez más fuerte está la estrategia de los triunfos electorales del PAN.

El parlamento, por más denostado que esté significa la única esperanza para construir bienes públicos en México, como afirmó Felipe Calderón Hinojosa recientemente. Y el municipio constituye la puerta próxima de entrega al ciudadano de esos bienes públicos.

Por lealtad a esos valores que, como vemos, derivan de nuestro propio viaje histórico, es que hemos logrado participar activamente en este cambio de época que atraviesa el país. Vivimos un momento tan relevante como la Independencia o la Revolución. Conquistar el Poder Ejecutivo de la Unión, con Vicente Fox, para provocar la necesaria alternancia que reclama un verdadero sistema democrático, representa un momento de ese cambio histórico, un cambio histórico que debemos consolidar, y que tiene un precedente sin el cual no se entiende: Manuel Clouthier y su conquista del acceso democrático al poder público.

El viaje del país, no tiene fin, su historia es una Odisea permanente, en la que no hay Ítaca, ni Penélope esperando. No hay “fin de la historia” como afirma Fukuyama. Hay “brega de eternidad”, como dijo Gómez Morin. Y en ese viaje porvenir, debemos conquistar, con responsabilidad social una República para nuestra Democracia, esto es, más campos para el ciudadano en la tarea pública, pugnando siempre con prioridad política, por los que más han sufrido, por los que menos oportunidades tienen, por aquellos que siempre desechamos de la historia.

Gracias.

LA HISTORIA DE MEXICO MATERIA INDISPENSABLE PARA EL FUTURO

Carlos Navarrete Ruiz
Partido de la Revolución Democrática

Para el Partido de la Revolución Democrática y para un servidor es un honor participar en este foro. Agradezco a los organizadores su invitación para intercambiar puntos de vista en un ambiente de crítica y análisis.

Más que conclusiones en esta ocasión quiero exponerles algunas reflexiones y plantearles algunas preguntas que seguramente encontrarán terreno fértil en este recinto.

Primero, quiero decirles que creo firmemente en que hoy, más que nunca, la historia, como disciplina científica, es indispensable para comprender nuestro mundo.

También que no creo en los destinos manifiestos, ni en las misiones históricas de hombres, partidos o naciones, éstas concepciones lo único que han traído al mundo son miserias, guerras y tiranías.

Lecciones de la historia

La historia permite a los hombres no repetir errores, reflexionar sobre el presente y tal vez lo más importante, pensar en el futuro. Por desgracia,

algunos personajes y gobiernos de la actualidad olvidan con facilidad las lecciones de la historia porque ignoran lo que significan.

Sí de lecciones de la historia se trata, nada puede ser más emblemático que la inminente invasión de Estados Unidos a Irak. La lección en este caso es triple: para el pueblo iraquí, para Estados Unidos y para el gobierno mexicano.

La actual nación musulmana, que desde hace varias décadas gobierna con mano dura Sadam Hussein, antes fue una colonia del imperialismo europeo, el cual no pudo borrar las culturas y las tradiciones de los pueblos que por siglos habitaron esa región del mundo. El territorio de Irak alguna vez fue el corazón del imperio persa y en los albores de la humanidad, la cuna de la cultura babilónica.

Sí la historia no se olvidara, Estados Unidos estaría consciente de que la guerra que está a punto de iniciar contra Irak es apenas una batalla más en la larga tradición de lucha de los pueblos iraquíes. El gobierno de George W. Bush podrá quitar a Sadam Hussein del gobierno, pero tendrá que afrontar con un altísimo costo las reacciones de las naciones musulmanas; las presiones de la vieja Europa, que está consciente de los peligros de un mundo sin contrapesos, y los reclamos del pueblo norteamericano que no olvida a los miles de sus jóvenes muertos en los campos de batalla.

Sí el presidente Vicente Fox conociera un poco de la historia de México, no dudaría y apoyaría sin vacilaciones la propuesta de desarme pacífico de Irak formulada por Francia y Alemania.

Hay que recordarle al presidente que en el siglo pasado, la política exterior mexicana tuvo, en la mayoría de las coyunturas mundiales, aciertos significativos. La actuación del general Lázaro Cárdenas ante el franquismo y la Segunda Guerra Mundial son ejemplos de cómo asumir una actitud independiente y, al mismo tiempo, influir en la coyuntura inter-

nacional. Cuando las tropas franquistas, apoyadas por los nazis, derrotaron a la República Española e iniciaron una salvaje persecución en contra de sus opositores, el gobierno del general Cárdenas ofreció una patria a los republicanos y con toda decisión rompió relaciones con la dictadura franquista. El éxodo republicano aportó a nuestro país personalidades del mundo intelectual que enriquecieron la filosofía y la ciencia mexicana. Ante el complejo escenario de la Segunda Guerra Mundial, México desarrolló una estrategia a dos tiempos. Primero, el gobierno cardenistas rompió el cerco comercial impuesto por Estados Unidos después de la expropiación petrolera y, segundo, el gobierno de Manuel Ávila Camacho declaró la guerra a los países del Eje y sumó a México a las fuerzas aliadas.

Ante la Revolución Cubana la política exterior se mantuvo firme y dio claras muestras de autonomía. El gobierno mexicano mantuvo relaciones diplomáticas con el gobierno de la Habana a pesar de las presiones norteamericanas. Mientras que en 1973, ante el golpe de estado de Augusto Pinochet al Gobierno de Unidad Popular de Salvador Allende, de nueva cuenta el gobierno mexicano, en esa ocasión siendo presidente Luis Echeverría, ofreció asilo a los perseguidos políticos y rompió relaciones con la dictadura pinochetista.

Todas estas acciones prestigiaron a la política exterior mexicana. Prestigio que terminó con la llegada a la Presidencia de la República de Carlos Salinas de Gortari. Carlos Salinas subordinó la política exterior a la política económica, a su política económica. Los asuntos de Estado se redujeron a los asuntos meramente financieros, en donde los principales interlocutores no eran los gobiernos con los que México tenía relaciones, sino los organismos financieros internacionales que apoyaban el proyecto modernizador.

Por todo esto, el gobierno de Vicente Fox debe asimilar que la política exterior no es un asunto unipersonal, que existe una historia del comportamiento internacional de México y que éste es un aspecto fundamental del Estado mexicano.

La historia de México

En el PRD estamos conscientes de la complejidad de los procesos sociales e históricos y reivindicamos, en nuestros documentos básicos y en nuestras acciones, a los personajes, ideas y procesos que a lo largo de nuestra historia surgieron en la lucha por la igualdad, la libertad y la democracia. Para nosotros la historia en general y la historia de México en particular no es una simple acumulación de acontecimientos en el tiempo que se suceden unos a otros.

El PRD recupera el legado histórico de los pueblos originarios de estas tierras. La pluralidad cultural y social de México siempre ha existido, aunque no haya sido reconocida plenamente. Existía antes de la llegada de los españoles y persistió bajo su dominio. En ningún momento de nuestra historia, el mundo indígena mexicano ha sido un solo mundo. La pluralidad entre los pueblos indios es indudable y no hay dato que nos permita suponer que en el pasado fue diferente. Todos los intentos de homogenización, sea bajo el imperio azteca, el español, la dictadura de Porfirio Díaz o el régimen priísta, han fracasado. Por eso, sí recuperamos a la Conquista y a la Colonia en nuestra visión de la historia de México, lo hacemos como evidencia de la nación mestiza y heterogénea, plural y diversa, que día con día tenemos frente a nuestros ojos.

Como han observado algunos de los miembros de esta academia, la Independencia se inspiró en ideas contradictorias. Por una parte, las ideas modernas de la Ilustración y la Independencia de Estados Unidos, y por la otra, en la vieja escolástica que intentó recuperar los fueros de la Corona Española, cuando Napoleón Bonaparte colocó a su hermano José en el trono de Fernando VII. Por fortuna y no obstante esas ideas que apelaban a una legitimidad tradicional, el movimiento de independencia de nuestro país no fue conservador. Y no lo fue porque la independencia es, por sí misma, una idea moderna, un antecedente de la democracia política, que hasta finales del siglo XX empieza a consolidarse en nuestro país.

Durante el primer medio siglo de vida independiente, el país se debatió entre el centralismo y el federalismo, entre la religión única y la libertad de cultos, entre la persistencia de fueros y el principio de igualdad frente a la ley. Esto fue así porque la tendencia a homogenizar, de extirpar lo diferente y de concentrar todo el poder en unas manos, tiene profundas raíces en nuestra historia. Raíces, esas sí, conservadoras, y que hoy continúan dando frutos autoritarios e intolerantes.

El liberalismo mexicano secularizó el poder e instaló las libertades públicas e individuales como principios irrenunciables de nuestra nación. La Constitución de 1857 consiguió que el país hiciera suyas las libertades y las garantías sin las cuáles era imposible aspirar a una legitimidad política asentada en la ley. El PRD hace suya esa herencia, pues comprende que sin la plena vigencia de las libertades públicas e individuales, sin una legitimidad política asentada en la ley, es sencillamente impracticable cualquier revolución democrática en el país.

Durante la dictadura de Porfirio Díaz, el primer despotismo ilustrado del México independiente ejerció el poder, los «científicos» fueron, valga la comparación, los tecnócratas más conspicuos de entonces. Del mismo modo como ocurrió con Miguel de la Madrid, Salinas de Gortari y Ernesto Zedillo, a finales del siglo XX, a finales del siglo XIX una camarilla política intentó “modernizar” al país excluyendo de los beneficios del progreso a la mayoría de la población.

La Revolución Mexicana fue la respuesta que la sociedad dispensó a ese despotismo modernizador, pero también la rebelión frente a un régimen personal, que se congratulaba de aplicar mano dura a cualquier intento de disidencia. Para todos está claro que no fue una sola revolución, fueron varias. Una, la de Zapata, empezó a realizarla Lázaro Cárdenas; otra, la de Madero, quedó enteramente suspendida, hasta que una multitud de jóvenes salieron a las calles en 1968 para recordar que, sin ella, no seguiríamos adelante. Pero ante todo, la Revolución fue una revuelta cultural, una mez-

colanza que produjo lo que bien podemos llamar el Renacimiento mexicano, con el muralismo de un lado, los poetas de la revista Contemporáneos en el otro, y la novela de la Revolución en medio.

Más de un millón de muertos nos demostraron que México no es uno, sino muchos países. Y si Plutarco Elías Calles, el Jefe Máximo de la Revolución, instituyó esa coalición de caudillos que luego se llamó PRI y que ahora vuelve a ser una coalición de poderes regionales, el General Lázaro Cárdenas volcó su gobierno a la tarea de cumplir las demandas sociales del movimiento armado.

El llamado *desarrollo estabilizador* le dio al país crecimiento económico y autoritarismo político, persecución de la disidencia y ampliación paulatina, aunque insuficiente, de la seguridad social. Los *años maravillosos* del PRI fueron años de supresión efectiva de la pluralidad y del perfeccionamiento del patrimonialismo, la corrupción y la impunidad. Años en que la justicia social fue favorecida únicamente en el discurso y no en la realidad, y en que la magnificación del mundo prehispánico se convirtió en la coartada perfecta para mejor marginar a los pueblos indios vivos.

El nacimiento de las clases medias y el paso de un país rural a uno urbano marcaron el principio del fin de nuestro peculiar régimen de partido de Estado. Desde 1968, la emergente ciudadanía empezó a dar muestras crecientes de disfuncionalidad con el régimen priísta, y sí el régimen acertó al iniciar su apertura para dar cabida en del marco institucional a las guerrillas de izquierdas, quizá sin éstas el régimen no hubiera iniciado su apertura institucional.

La revolución científico tecnológica, que se inició en la primera mitad de la década de los años setenta en Estados Unidos y Europa Occidental, y la ausencia de políticas públicas que propiciaran una dinámica autónoma de crecimiento, determinaron el agotamiento del modelo de desarrollo que produjo el llamado «milagro mexicano». López Portillo aún contó con la

bonanza petrolera para posponer la crisis, pero Miguel de la Madrid ya no, y con la crisis encima, decide virar hacia el neoliberalismo, ese modelo económico que consiste en liberar al Estado no sólo de sus quehaceres económicos, sino de sus responsabilidades sociales. El viraje culmina cuando de la Madrid designa a Carlos Salinas, y el nuevo despotismo ilustrado se instala, ahora con la promesa de acceder al Primer Mundo.

El fraude electoral de 1988 puso en jaque a nuestras instituciones políticas. La necesidad de perfeccionar nuestro sistema electoral se hizo inaplazable. En 1994, la aparición del Ejército Zapatista de Liberación Nacional y los asesinatos de Luis Donaldo Colosio y de Francisco Ruíz Massieu alientan el voto del miedo que lleva a Ernesto Zedillo a la presidencia de la república, y a finales del año, el arribo de México al primer mundo se estrelló con la estruendosa devaluación de diciembre.

La llegada del primer presidente no priísta a la presidencia de la república ha puesto fin al régimen de partido de Estado. El nuevo sistema ha de ser, por fuerza, un sistema de partidos. Por eso el PRD asume su responsabilidad de fortalecerse en todos los sentidos. Sabemos que nuestra democracia es perfectible y nos preparamos para incrementar nuestra presencia electoral en el Congreso de la Unión y en tres años disputar la Presidencia de la República. Nos afirmamos, por ello, como un partido maduro que, lejos de olvidar la historia de México, se reconoce en ella con la mira bien puesta en el futuro.

El PRD, signo de los tiempos modernos.

En 1989 el mundo experimentó importantes transformaciones políticas y económicas. Terminó el mundo bipolar. Al final de la Guerra Fría arribaron la ola democratizadora y la globalización. En Europa del Este concluyeron las dictaduras militares y burocráticas, que en nombre del socialismo tiranizaron a millones de personas. En la otra región del continente europeo y en Estados Unidos, la derecha gobernaba y proclamaba el triunfo del nuevo

orden mundial. Mientras que en la lejana China, miles de estudiantes fueron masacrados en la milenaria plaza de Tiananmen.

El tiempo aceleró su marcha, a finales de 1989 hubo días que condensaron años. Los deseos de cambio, los anhelos de libertad de millones de personas asaltaron las calles, llenaron plazas. En la Europa del Este, los regímenes autoritarios fueron cayendo uno a uno. Checoslovaquia, Yugoslavia, Rumania, Polonia, la Alemania socialista, la propia Unión Soviética y muchos otros entraron al tobogán del cambio. El 31 de diciembre de ese año cayó el Muro de Berlín, el símbolo del mundo bipolar desapareció, las puertas de Brandemburgo se abrieron, los alemanes iniciaron su reunificación. Todo el mundo fue testigo, la televisión transmitió en vivo el acontecimiento.

“La experiencia de la Libertad”, como la calificó Octavio Paz, fue tan sólo el primer paso y tal vez el único feliz. Estos pueblos y naciones enfrentaron cientos de obstáculos y conflictos. Se trazaron nuevas fronteras. Se abrieron los mercados. En varias naciones y pueblos despertaron monstruos y fantasmas que continuaron el baño de sangre.

Tras su aparente defensa de la democracia y la igualdad, la globalización escondía otra cara. El modelo superviviente a la Guerra Fría estaba marcado por los signos de la desigualdad y el individualismo. La derecha pudo adaptarse más temprano a las formas democráticas; desde la legitimidad de los votos y el derecho impuso un modelo de dominación que discursivamente defendía la libertad, pero que para su éxito dependía de la exclusión y la polarización social. Desde la ortodoxia neoliberal, el Estado tenía que reducirse y el mercado abrirse, sin importar los millones de pobres que quedarán olvidados en las orillas del camino que conduce a la modernidad.

A partir de 1989 los fenómenos sociales, políticos y económicos recibieron nuevas explicaciones. Algunas totalmente interesadas que proclamaron el fin de la Historia. Otras, exploraron diversas perspectivas.

Para muchos estudiosos, en los años noventa, el contexto internacional estuvo marcado por cinco megatendencias que influyeron en el Estado, el mercado y la sociedad: primera, las nuevas relaciones de convivencia entre las naciones y una nueva geografía política a partir del fin del mundo bipolar. Segunda, la globalización e integración económica a partir del capital y las firmas trasnacionales. Tercera, la vigencia de la sociedad de mercado y el individualismo. Cuarta, la aceleración del tiempo y el desarrollo de los medios de comunicación. El predominio de la cultura de la imagen sobre la cultura de la palabra. Quinta, el avance de los procesos de liberación política y democratización de las sociedades.

A su manera el FDN fue antecedente y parte de estos cambios mundiales. En la última década del siglo XX estas megatendencias estuvieron presentes en México en diferentes momentos y representadas por diversos actores.

El PRD nació el 6 de julio de 1988 y se constituyó formalmente el 5 de mayo de 1989. En su breve e intensa trayectoria, el PRD ha sido protagonista y testigo crítico de los acontecimientos más relevantes de la última década del siglo XX. El PRD pertenece a la era de lo inédito en la historia de México. Su aparición en el sistema político dio vida al sistema de partidos. Como Frente Democrático Nacional (FDN) fue vértice de la unidad de las izquierdas. Como PRD se convirtió en una alternativa para que sectores importantes de la sociedad mexicana buscaran el cambio pacífico por la vía electoral.

El PRD ha acompañado a la sociedad mexicana en el movimiento ciudadano más consistente y generalizado de la última década: la lucha electoral. Desde su nacimiento, hemos apoyado a los movimientos nacionalistas, democráticos y progresistas de este país.

En más de una década, el PRD ha experimentado triunfos y fracasos en distintas coyunturas electorales y políticas. Su comportamiento electoral ha sido el siguiente: 8 %, en 1991; 17 %, en 1994, 25 %, en 1997 y 19 %, en 2000. Además, gobierna la capital del país, Zacatecas, Tlaxcala,

Baja California Sur, Michoacán y mantiene una fuerte presencia en el gobierno estatal de Chiapas. Cuenta con una representación significativa en el Congreso de la Unión, los congresos locales y los gobiernos municipales. El PRD es un partido nacional y gobierna a cerca de 20 millones de mexicanos.

Más allá de los resultados electorales, la contribución más importante del PRD ha sido su papel de contrapeso en el sistema de partidos, su disputa por la nación y sus contribuciones a la cultura democrática de México.

El futuro de la República

En quinientos años de historia, México ha sido imperio, colonia y república. Nuestro país es una nación joven, pero de profundos trazos históricos.

Ante las tendencias conservadoras y reaccionarias de los que ahora ocupan los más altos cargos del poder Ejecutivo, los mexicanos debemos reivindicar la tradición republicana de nuestro país. Tradición que en lo más profundo sigue vigente y que, a contracorriente de lo que algunos creen, se ha fortalecido con el pasar de los años. Desde la independencia de la Corona Española, México en dos ocasiones ha reafirmado su vocación republicana. La primera, en los primeros años de independencia ante el efímero imperio de Iturbide y la segunda, ante el intento de los conservadores del siglo XIX de imponer a los mexicanos una *pareja imperial*.

La gran pregunta con la que inicia este siglo para nuestro país es, ¿qué tipo de república queremos construir los mexicanos?

En México decidimos elegir a un presidente y no coronar a un rey. Decidimos desde hace mucho tiempo la existencia de tres poderes y el carácter laico del Estado. Decidimos que la vida pública debe estar ajena a la vida privada de los gobernantes, porque así conviene a la república y por lo tanto al interés general de los mexicanos.

Por eso, en México no existe la denominación de primera dama y mucho menos una pareja presidencial. Lo que existe legal y protocolariamente es un presidente de la república y una esposa del presidente de la república, la cual no desempeña ningún cargo o función pública.

Estoy convencido de que las claves para la consolidación de la república mexicana del siglo XXI están en nuestra propia historia. Qué si bien el mundo cambia y existen nuevas tendencias a las cuales hay que estar atento, lo más importante es hoy dar plena vigencia a nuestra historia o mejor dicho a las muchas historias de nuestro país.

El PRD quiere consolidar la república laica y soberana, de los liberales mexicanos; la república de derechos y justicia social, de los revolucionarios de 1910, y la república democrática y tolerante de los movimientos sociales del siglo xx.

Muchas gracias

12 de marzo de 2003

EL SOL, SEÑOR DEL TIEMPO Y DE LA VIDA EN LA RELIGIÓN MAYA

Mercedes de la Garza Camino
Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Historia

Es para mí una gran distinción el ingreso a esta selecta y honorable Academia Mexicana de la Historia, que reúne a tantos distinguidos representantes del cultivo de la historia en nuestro país. Y asimismo, es un honor que me haya correspondido ocupar la silla del eminente maestro e investigador Luis González y González, uno de los más reconocidos historiadores mexicanos, cultivador de la llamada microhistoria, que fue consolidada en su memorable obra *Pueblo en vilo*. Luis González fue, además, un pensador profundo de los caminos y objetos de la ciencia histórica, que dio a conocer en otros libros y en sus cursos de El Colegio de México.

Como es sabido, Luis González participó asimismo en grandes obras de la historia nacional, como *Historia general de México* e *Historia de la revolución mexicana*, y escribió un considerable número de libros originales, entre los que destacan *El oficio de historiar*, *Zamora*, *El entuerto de la conquista* y *Los artífices del cardenismo*.

El historiador salió de San José de Gracia, su pueblo natal, su patria, como él dice, a recorrer el amplio mundo de la historia de México, de la reflexión sobre la historia y de los distintos métodos y enfoques, y regresó a ese pueblo para centrarse en su limitado devenir. Para ello, empleó la

tradición oral como fuente principal de una nueva historia popular no considerada por las grandes corrientes de la historiografía. Luis González y González define a la microhistoria como una historia local, casi familiar, que pertenece al reino del folklore y equivale a los corridos y romances en el mundo de las letras; como obra de escritores de plaza pública y de café, que pueden incluso pertenecer a la bohemia. "Emociones, que no razones -dice el historiador- son las que inducen al quehacer microhistórico".¹ Sin embargo, un historiador local de plaza pública, que los hay en todos los pueblos, no podría haber logrado nunca un trabajo como *Pueblo en vilo*, pues le habría faltado el marco general de referencia, la reflexión sobre los fundamentos y fines de la historia y una excepcional capacidad literaria. Poseedor de estas cualidades, Luis González logró inscribir el devenir de su pueblo natal en el contexto de la historia universal.

De su clasificación de los caminos de la historia, el autor de *Pueblo en vilo* elige la crónica narrativa, que lo acerca notablemente a la literatura, a la novela histórica. Pero admitiendo la similitud de este tipo de historia narrativa con las obras de grandes novelistas como Juan Rulfo, Gabriel García Márquez o Fernando del Paso, Luis González afirma que la microhistoria se distingue de las novelas por ser fiel testimonio de la realidad. Así, siguiendo a Daniel Cosío Villegas, define su trabajo histórico como novela verdadera, con protagonistas y hechos ciertos, y basada en fuentes fidedignas.²

La microhistoria de Luis González, tiene una gran trascendencia en la historiografía de México, no sólo por su originalidad, sino porque le da a la historia nacional un nuevo significado social y humano en general, pues, como dice Enrique Florescano, "al elevar la historia local al rango que antes ocupaban los héroes o los grandes acontecimientos políticos, Luis

1 Luis González y González, 1982, 35.

2 A semejanza de *Cien años de Soledad* (1967), *Pueblo en vilo* relata cien años de la historia de San José de Gracia (1968).

González inició el aún inacabado proceso de ampliación y democratización de las fronteras de la historia”.³

Por sus significativas aportaciones, la historiografía mexicana mantendrá siempre vivo el nombre del ejemplar historiador que fue Luis González y González.

MI ENFOQUE METODOLÓGICO

En lo que sigue expondré una breve reflexión sobre mis caminos de investigación histórica en el campo del pensamiento religioso mesoamericano y en seguida, la síntesis de una investigación inédita sobre el simbolismo del Sol en la religión maya.

Hace 30 años, elegí dedicarme al estudio histórico de las religiones mesoamericanas, en especial la maya y la náhuatl. Llevada, primero, por la importancia que parecían tener los aspectos por nosotros llamados religiosos en las culturas maya y náhuatl, y asimismo, por las extraordinarias semejanzas no tanto formales, sino de significación, entre los mitos y ritos indígenas, y de éstos con otros muy alejados en el tiempo y en el espacio, busqué un método que pudiera guiarme en el conocimiento tanto de la originalidad de estas religiones, como de las razones de las semejanzas significativas entre ellas y con otras religiones.

Entre las múltiples teorías para el estudio de las religiones, se encuentra la llamada “**ciencia de las religiones**”, fundada por Max Müller en 1867, que se definió como “una forma de consideración de la religión diferente de la utilizada por la teología y la filosofía no sólo por el método, sino también por su objeto. Mientras éstas se ocupan preferentemente de Dios o de Lo Sagrado, la ciencia de las religiones se ocupa del hecho religioso tal

3 Florescano, 2003.

como aparece en la historia”.⁴ Y hechos religiosos son las diversas expresiones que han dejado los hombres de su experiencia de lo sagrado, como imágenes, mitos, símbolos, ritos, objetos sagrados, templos, conductas morales, formas de vida, es decir, lenguajes humanos acerca de la vivencia de lo sagrado. Estas manifestaciones, que se dan en distintos tiempos y lugares, son evidentemente hechos históricos, productos culturales (fenoménicos) del hombre, por lo que pueden ser estudiados objetiva y racionalmente. Se abre así la postura de la igual consideración de todas las religiones, eliminando la valoración, y superando una toma de posición religiosa que implicase el proselitismo y el dogmatismo.

Desde esta perspectiva, las religiones indígenas mesoamericanas, por ejemplo, no pueden en absoluto ser ya valoradas como “idolatrías” y “supersticiones” inspiradas por el demonio, como las consideraron los conquistadores, y pasan a formar parte del objeto de estudio de la ciencia de las religiones, como cualquier otra de pueblos ajenos al mundo occidental.

Por otro lado, entre las distintas teorías de la religión, que constituyen un mundo muy complejo -y en el que aquí no puedo adentrarme- hallé una que podría acercarme a la explicación de los paralelismos, entre ellas, la **“fenomenología de la religión”**. Ésta tiene como finalidad buscar en la multiplicidad de los fenómenos religiosos, de todas las culturas, estructuras significativas comunes, a través de un análisis comparativo, cuya meta es realizar una síntesis, para lograr la comprensión del hecho religioso.

Como lo hacen expreso los fenomenólogos de la religión, en los fenómenos religiosos existe un *logos* interno, una forma específica de racionalidad. La religión, dice Jouco Bleeker, “no es un secreto subjetivo incontrolable del alma, sino una entidad objetivada, constituida según leyes estrictamente espirituales, con una estructura propia enteramente ló-

4 Martín Velasco, 1978, 18.

gica”.⁵ Por mi parte, considero que tal vez esa racionalidad, esa lógica interna de los fenómenos religiosos responda al hecho de que existen formas comunes de la psique que, en la experiencia de la relación del hombre con rasgos objetivos del mundo, crean formas comunes de explicación que se revelan en los símbolos, mitos, dogmas y prácticas rituales.

Sin embargo, por su carácter globalizador, la fenomenología de la religión descuida los aspectos particulares, históricos propiamente dichos, el contexto socio-histórico en el que se dan los hechos religiosos. Por eso, algunos historiadores de la religión, cercanos a la fenomenología, propusieron una nueva vía metodológica que buscara las estructuras significativas, pero que a la vez considerara a los hechos en su concreción histórica, uniendo así los enfoques de la fenomenología y de la historia de las religiones. La primera busca comprender ese *logos* interno de los hechos, en tanto que la segunda tiene como finalidad establecer la trayectoria histórica de los mismos y comprenderlos en su contexto histórico. Los principales representantes de este enfoque fueron, en mi opinión, Mircea Eliade y Michel Meslin.⁶ Eliade es ubicado por lo general en la fenomenología, aunque él llamó a sus estudios “historia de las religiones”, y Meslin sitúa su trabajo en la “ciencia de las religiones”, y está más cercano a la perspectiva etnológica y social de ellas.

Por otra parte, ambos autores recayeron en la necesidad de que el historiador de las religiones integrara los datos que le proporcionan otras disciplinas, porque el fenómeno religioso es también lingüístico, sociológico, antropológico, económico y psicológico. Una de las ciencias que, a mi juicio, más pueden aportar al estudio de las religiones es la psicología profunda, que aborda el análisis de los hechos desde la naturaleza humana, pero

5 Bleeker, en Martín Velasco, 1978, 61. Múltiples son los fenomenólogos de las religiones y las vías que esta postura ha adoptado; entre ellos podemos mencionar a Rudolf Otto, Gerardus Van der Leeuw, Geo Widengren, Jouco Bleeker y Juan Martín Velasco.

6 A los que tuve incluso la fortuna de conocer, al primero, en forma epistolar, y al segundo, personalmente.

que también puede captarlos en su expresión simbólica, pues las imágenes y los símbolos de lo sagrado son semejantes a las oníricas, como lo demostró Karl Jung en su práctica psicoanalítica. Como es sabido, a estos símbolos los llamó arquetipos de un inconsciente colectivo. Dichos arquetipos trascienden la realidad histórica; son universales porque revelan un aspecto común de la naturaleza humana y explican, así, las similitudes entre diversas religiones sin conexión histórica. Ejemplo de ellos son los símbolos celestes y ctónicos, el árbol cósmico eje del mundo; la serpiente como caos primigenio, sexualidad, agua, vida y muerte; la idea de tres planos verticales y de cuatro sectores cósmicos.⁷

A partir de estas premisas, se hace patente la necesidad de aplicar al estudio de las religiones un método comparativo. Desde que el hombre se preocupó, en la antigua Grecia, por comprender las manifestaciones religiosas empezó a realizar comparaciones. Hoy el método comparativo se entiende como el establecimiento de una correlación sistemática de las manifestaciones del hecho religioso que se estudia, realizando análisis sincrónicos y diacrónicos, así como crítica de fuentes, para tratar de describirlo con la mayor fidelidad posible y reducir a síntesis los rasgos comunes. A través de este método se pueden poner en relación los datos más disímiles, pero sin abstraerlos de su situación temporal y espacial. Se han de establecer las semejanzas, pero también las diferencias, con la finalidad de hallar la estructura significativa que los sustenta. Ésta es, en mi opinión, una de las mejores vías para lograr un acercamiento al significado del fenómeno religioso, sin quedarse en una mera descripción erudita, vacía de contenido.

Sin embargo, también el enfoque histórico-fenomenológico es globalizador, pues pretende abarcar todas las manifestaciones posibles de un hecho religioso en el tiempo y en el espacio, lo cual conlleva una problemática muy compleja por la inmensa variedad de religiones existentes.

7 Ver Guénon, 1969.

Así, desde mi perspectiva, es posible también aplicar el método comparativo descrito para abordar el estudio de una religión o de las religiones de un área determinada, como es el caso de las religiones mesoamericanas, un campo que en sí mismo es de tal amplitud que requiere del análisis comparativo. Aunque también el conocimiento de los hechos religiosos a nivel universal, del mundo de significaciones que revelan los modelos míticos y rituales de distintas épocas y distintos ámbitos culturales, permite, sin duda, a través de comparaciones, una comprensión más profunda del fenómeno que se estudia, siempre y cuando éste no sea desprendido de su propia realidad histórica.

Con todas las premisas anteriores, mis investigaciones están situadas, entonces, en la denominada **"historia de las religiones"**, considerada por algunos pensadores actuales, como Francisco Diez de Velasco, como el camino más adecuado para el estudio de los hechos religiosos.⁸

Este enfoque metodológico me ha permitido estudiar las religiones náhuatl y maya como hechos históricos irreductibles, y no como un mero reflejo de la organización social, de la economía o de la política, como son entendidas en algunos trabajos, sobre todo de corte antropológico.

La aplicación del método comparativo en el estudio de las religiones mesoamericanas se facilita por el hecho de que ellas pertenecen a distintos pueblos de una misma área cultural, que se vinculan, tanto por su origen común como por la constante interrelación que se dio entre ellos a lo largo de toda la época prehispánica, y también por la supervivencia hasta nuestros días (que algunos llaman reinterpretación), de rasgos esenciales de su concepción religiosa del mundo y de la vida, que fundamenta todas sus creencias y costumbres.

8 Diez de Velasco, 2002, 370-1.

Esa supervivencia, que es extraordinaria, dado el gran cambio que en todos los aspectos trajeron consigo el régimen colonial y la destrucción de las culturas indígenas, tiene muchas explicaciones particulares, que surgen de la historia concreta de cada pueblo y del gran afán conservador que los llevó a luchar por distintos medios contra la imposición española. Pero hay otra explicación que tiene un carácter general y es el hecho de que las creencias básicas de un pueblo, expresadas en los grandes mitos cosmogónicos, los símbolos y los ritos, responden a las experiencias fundamentales de la vida humana y a las interrogantes radicales que tal vez todo hombre se ha planteado: ¿qué y cómo es el mundo? ¿Cuál fue su origen? ¿Qué es el tiempo y qué lo rige? ¿Qué es el hombre y cuál es la finalidad de su existencia? Esas experiencias e interrogantes son estructuras comunes y unificadoras de tal importancia para la sociedad, que por eso tienden a durar por largas épocas, por debajo de los cambios históricos.⁹

Esto significa que así como puede haber paralelismos significativos en fenómenos religiosos de pueblos que no han tenido ningún contacto entre sí, también encontramos estructuras que se han conservado casi inmutables en un mismo pueblo a lo largo de muchos siglos. Ello ocurre señaladamente en las culturas indígenas mesoamericanas, después de sólo cinco siglos de haber sido conquistadas.

La visión global de la unidad cultural mesoamericana en el tiempo y en el espacio, que tenemos hoy día, integra datos proporcionados por los estudios concretos sobre cada una de las culturas de esta área y sobre diferentes aspectos, que provienen de distintas disciplinas. Y este conocimiento global es el que debe ser considerado por el historiador de las religiones al hacer el análisis comparativo de las distintas manifestaciones de los fenómenos religiosos, pues sólo así se logra un acercamiento más verdadero al significado de esos fenómenos. "No se trata de que el historiador de las religiones *sustituya a los distintos especialistas*, es decir, domine sus res-

9 Reichel-Dolmatoff, 1988, 12.

pectivas filologías -como dice Eliade-. Además de imposible, tal sustitución es inútil [...] Este historiador no actúa como un filólogo, sino como un hermeneuta".¹⁰

Y así como se puede aplicar el método señalado al área mesoamericana, comparando dos o más culturas, se puede hacerlo también a una sola, como la maya, pues en el estudio de un símbolo, un mito o un rito de la religión maya, abarcamos un lapso temporal de cerca de tres mil años y consideramos las creencias de muchas de las 28 etnias mayances, cada una con su propia lengua y trayectoria histórica.

Hoy día, con muy distintas ideas y posiciones disciplinarias, la inmensa mayoría de los investigadores de la religión maya ha desechado ya la antigua idea de que los datos del periodo Posclásico o los que aportan las fuentes escritas en el periodo colonial son ajenos a la religión del Clásico, como pensaba, entre otros, George Kubler. Y todavía más allá, hoy día es comúnmente aceptada la comparación de la religión maya actual con la prehispánica y colonial,¹¹ pues al fin ya se ha advertido que las creencias básicas de un pueblo constituyen "estructuras de larga duración", como afirmó Fernand Braudel, por permanecer casi inalterables durante siglos.¹²

De este modo, las fuentes de que disponemos para el estudio de un hecho religioso maya del periodo prehispánico son, en primer lugar, las construcciones y las obras plásticas que ellos mismos realizaron antes de la llegada de los españoles; sus miles de inscripciones y textos, incluidos los tres códices que sobreviven, cuyo desciframiento está muy avanzado aunque no se ha concluido; sus sepulturas y otros vestigios materiales. En segundo término, contamos con múltiples documentos escritos en los primeros años de la época colonial, tanto por españoles como por indígenas, que

10 Eliade, 1986, 121.

11 Respecto de esto, Schele dijo en 1993 haberlo "descubierto", cuando en México se venía haciendo desde varias décadas atrás (*Maya Cosmos*).

12 Braudel, 1974.

hablan de las ideas y creencias de los mayas, según lo que los propios autores vieron y lo que les fue dicho por los antiguos informantes. De todos estos textos, los más confiables son los que los propios mayas escribieron después de la conquista, como el *Popol Vuh*, y los *Libros de Chilam Balam*, porque muchos de ellos fueron copiados de los antiguos códices y recogen las ideas propiamente mayas. Todos estos documentos constituyen una luz fundamental para comprender los vestigios y las complejas obras plásticas prehispánicas, e incluso la propia escritura maya. Pero a la inversa, dichos vestigios nos iluminan para una crítica y una interpretación más cabal de las fuentes escritas, cuya información se presenta muchas veces alterada por la interpretación de los autores, sobre todo cuando ellos fueron los conquistadores. Y en tercer lugar, tenemos las manifestaciones que del hecho que se estudia se puedan hallar entre los grupos mayances actuales.

Como un ejemplo concreto de esta forma de comprensión histórica de los fenómenos religiosos, presento aquí algunas de mis hipótesis interpretativas acerca del simbolismo del Sol en la religión maya prehispánica.

EL SOL, SEÑOR DEL TIEMPO Y DE LA VIDA EN LA RELIGIÓN MAYA

Ante la evidencia primaria del papel decisivo que tiene el Sol para la vida en la tierra y de la influencia de su movimiento en los cambios que en ella ocurren, los mayas antiguos desplegaron la más extraordinaria capacidad de observación y de intelección del fenómeno solar, y así el astro ocupó un sitio fundamental en su pensamiento religioso.

Como todo gran símbolo, el Sol tuvo múltiples significaciones. Considero imprescindible adentrarse en esta polisemia como vía para comprender el sitio del Sol en la religión maya. El astro fue considerado manifestación o epifanía del dios supremo, responsable de la fertilidad del cosmos y por tanto, de la vida; fue dios de la muerte; deidad de los gobernantes,

porque ambos, Sol y hombre, fueron considerados *axis mundi*; héroe cultural que da a los hombres la sabiduría, y deidad del cosmos íntegro, en tanto que en su ciclo diario recorre los tres estratos verticales del universo: cielo, tierra e inframundo, y en su ciclo anual determina la estructura cuatripartita del espacio, basada en los equinoccios y los solsticios. Asimismo, el Sol es el generador del tiempo, que para los mayas es el movimiento o dinamismo del espacio.¹³

El dios solar y el dios supremo

En primer lugar, pienso que el Sol fue considerado encarnación o manifestación de una energía o poder sagrado supremo, invisible e intangible, que a mi entender podría equipararse con la deidad denominada Hunab Ku (Dios Uno)¹⁴ en las fuentes escritas coloniales sobre los mayas yucatecos. Dice el cronista López Cogolludo que Hunab Ku era un “Dios único, vivo y verdadero, que decían ser el mayor de los dioses, y que no tenía figura, ni se podía figurar por ser incorpóreo”.¹⁵

Y con base en las imágenes plásticas de sus diversas epifanías o manifestaciones en el cosmos, que son niveles cósmicos, astros, fuerzas naturales y animales, me he permitido adoptar el concepto de “Dragón” para denominar a esa energía sagrada suprema, pues se representa como un animal fantástico en el que predominan los atributos de la serpiente, al lado de rasgos de otros animales simbólicos, como el ave, el lagarto, el venado, el jaguar y el cocodrilo.¹⁶ Hay asimismo, imágenes antropomorfas del dragón, generalmente con rasgos serpentinos en el rostro.

13 Muchas de las interpretaciones aquí expresadas empezaron a gestarse desde nuestro libro *El universo sagrado de la serpiente entre los mayas*, que apareció en 1984.

14 *Ku*, traducido como dios, tal vez venga de *ku'*, quetzal.

15 *Historia de Yucatán*, 1954, 345.

16 El dragón es un ser mítico que se encuentra en varias religiones del mundo; tiene la forma de una serpiente enriquecida con los atributos de otros animales, principalmente del ave. Viene del sustantivo latino *drácon*, serpiente, y deriva del verbo *dercomai*, ver, que señala la intensidad de la mirada, fija y paralizante de la serpiente (Liddell & Scott).

Entre las representaciones plásticas del Dragón destacan las que se asocian con el nivel celeste, predominantemente las del periodo Clásico, que han sido llamadas por algunos investigadores actuales Monstruo Celeste, Monstruo Cósmico,¹⁷ Monstruo Bicéfalo y Dragón Bicéfalo (Fig. 1). Esa deidad ha sido identificada con el dios llamado Itzamná en las fuentes escritas,¹⁸ nombre traducido por los lingüistas precisamente como El Dragón, y con la figura antropomorfa llamada dios D de los códices (Fig. 2), con base, entre otros datos, en que el dios se define en dichas fuentes como “el que recibe y posee la gracia, o rocío, o sustancia del cielo”,¹⁹ y el Monstruo Celeste tiene múltiples elementos que lo asocian con el cielo, como plumas o glifos celestes. Eric Thompson fue el primero en asociar al Monstruo Celeste con Itzamná,²⁰ pero él lo considera una iguana y, advirtiendo el carácter dual de la deidad, habla del cosmos como una “casa de iguanas”, idea que no compartimos, pues las iguanas se llaman en maya *itzam* por su similitud con la imagen plástica del dios y no al revés, como supone Thompson. Según Ramón Arzápalo (comunicación personal) Itzamná ha de traducirse simplemente como El Dragón, por ser el nombre del dios.

Mientras que el aspecto celeste del Dragón se identifica con Itzamná, su aspecto terrestre corresponde al llamado en las fuentes escritas Itzam Cab Ain, “Dragón Cocodrilo Terrestre” y Chac Mumul Ain, “Gran Cocodrilo lodoso”, y sus diversas imágenes en el arte del periodo Clásico han recibido los nombres de Monstruo Terrestre, Monstruo Cuatripartita, Monstruo del Lirio Acuático, Monstruo Witz, entre otros, por los símbolos terrestres que portan (Fig. 3).

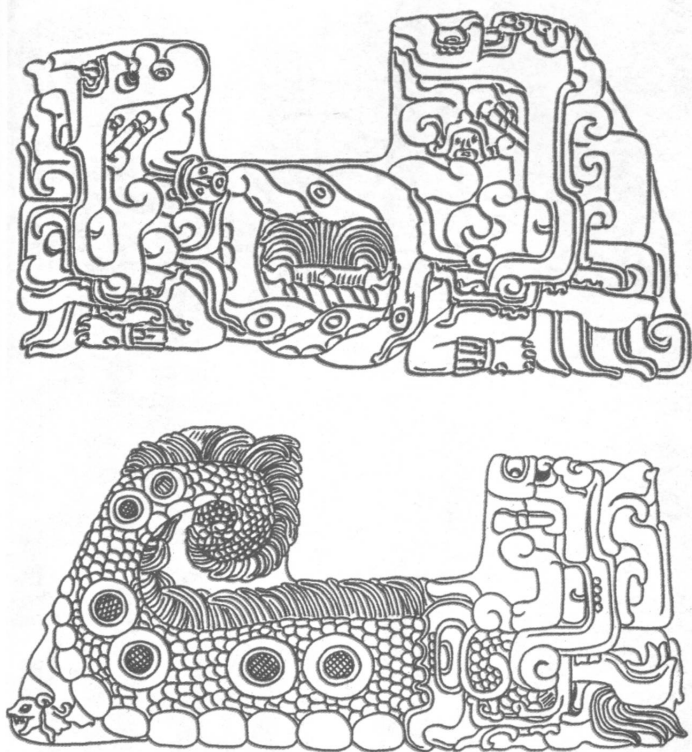
Alberto Morales, a través de distintos y rigurosos análisis interpretativos, y recurriendo a otras fuentes, como el *Ritual de los Bacabes*, coincide con nuestra interpretación de que hay una deidad suprema que

17 Schele, 1990, 539.

18 López Cogolludo asienta que Itzamná era hijo de Hunab Ku (*Idem*, p. 349).

19 Lizana, 1988, 55.

20 Thompson, 1970.



1. Altar O de Copán, Honduras.



2 Dios D (Itzamná). Pág. 8 del *Códice Madrid*.



3 Altar de la estela M de Copán, Honduras.

expresa la dualidad de los contrarios; sólo que él considera que la deidad terrestre Itzam Cab Ain es también Itzamná, en tanto que yo los veo como dos aspectos del Dragón, el celeste y el terrestre, como he señalado.²¹

El aspecto acuático del Dragón coincide, en mi opinión, con Chaac, deidad del agua, la más venerada entre los mayas (Fig. 4). La presencia entre los hombres de este dios supremo, encarna en la sangre, el semen y el maíz, y se manifiesta plásticamente en el dios K o Kawil, dios del cetro maniquí, identificado con el Bolon Dz'acab, "Nueve Generaciones" (Fig. 5) y el Huracán, "Rayo de una pierna", que mencionan las fuentes escritas; esta deidad aparece casi siempre ligada a los gobernantes. Y el aspecto astral del Dragón está representado por el Sol, como se verá después, tan ligado con Itzamná por su carácter celeste, que también pudiera ser manifestación suya. Las imágenes de todas estas deidades llevan rasgos de serpiente, lo que muestra su asimilación al Dragón.

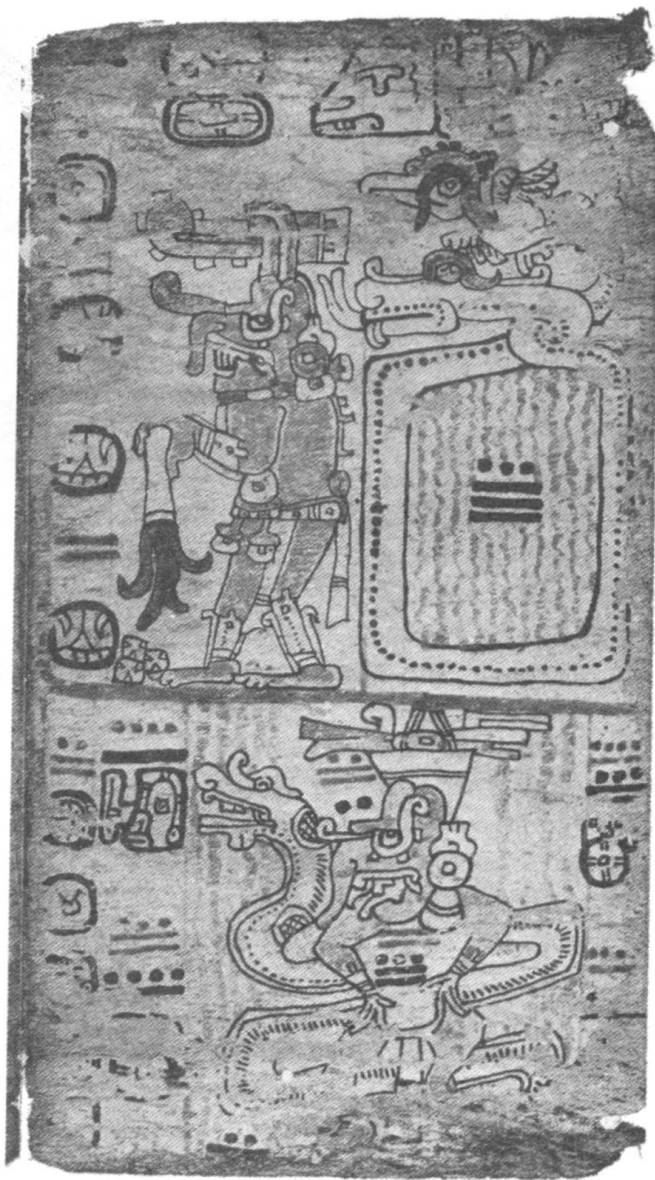
El Dragón simboliza, en síntesis, la unidad o armonía de los grandes contrarios de la naturaleza: cielo y tierra, masculino y femenino, vida y muerte, luz y sombra, fertilidad y sequía. Armonía de contrarios que constituye la dinámica intrínseca a la existencia misma del cosmos.²²

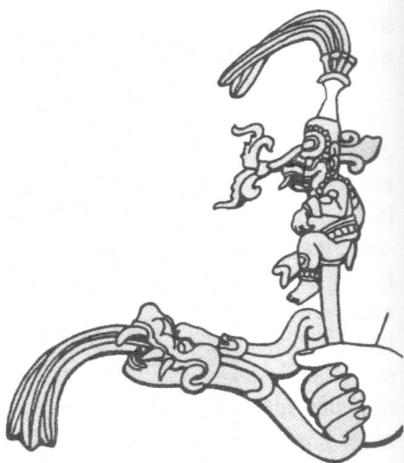
Pero el propio dios Itzamná, aspecto celeste del Dragón, se puede equiparar con éste por ser también resultado de la unión de los contrarios cielo y tierra, simbolizados por dos animales extraordinarios: el quetzal, imagen del cielo, y la víbora cascabel tropical, imagen de la tierra y el inframundo.

Ambos, el quetzal y la serpiente, se representan plásticamente fundidos, dando lugar a diversas formas simbólicas: serpiente o dragón bicéfalo emplumado, serpiente alada, pájaro-serpiente, dragón con cuerpo de banda astral y serpiente emplumada, la más conocida, sin duda, no sólo entre los

21 Morales, 2002.

22 De la Garza, 1999, 180. Ver también 1984 y 1995.





5 Dios K (Kawil). Figura maniquí en la lápida del Templo de la Cruz de Palenque y cetro maniquí en el altar P de Quiriguá.

mayas sino en todo el ámbito mesoamericano: ella surge en la cultura olmeca, la hallamos en épocas muy tempranas en el área maya y posteriormente en Teotihuacán y en Xochicalco, ya convertida en uno de los símbolos mesoamericanos más importantes (Fig. 6)

Así, a mi modo de ver, la variedad y complejidad de las imágenes con rasgos serpentinos en el arte plástico maya no corresponde en sentido estricto a muchos dioses, sino a una energía sagrada suprema que se diversifica en múltiples aspectos y funciones. Pero esto no implicaría un monoteísmo, sino un paradójico “monopoliteísmo”²³.

El dragón parece ser un ente que concentra en sí mismo una infinidad de significados y que recibe diversos nombres, de manera semejante a la deidad náhuatl Ometéotl, “Dios de la dualidad”, realidad invisible y no palpable, cuya acción sustentadora se halla en el ombligo de la tierra, en las aguas, en las nubes, en Omeyocan, más allá de los cielos, y aun en la misma región de los muertos -según Miguel León-Portilla, en su profundo y trascendente análisis de los textos nahuas-.²⁴

Respecto de nuestra idea de que las representaciones de los distintos dioses mayas pueden interpretarse como manifestaciones o epifanías de fuerzas naturales, las cuales a su vez son encarnaciones de una energía sagrada suprema invisible e impalpable, hay algunos datos en los textos que pudieran aludir a ello, expresando que los mayas no fueron “idólatras”, como los calificaron los españoles. Fray Diego de Landa asienta:

Bien sabían ellos que los ídolos eran obras suyas y muertas y sin deidad, mas los tenían en reverencia por lo que representaban y porque los habían hecho con muchas ceremonias...²⁵

23 Schellhas, 1904.

24 León-Portilla, 1983, 150. Ver 148 a 178.

25 Landa, 1966, 48.



6. Serpientes emplumadas olmecas.

Otros autores, sin embargo, delimitan a las diversas representaciones de deidades, huyendo de la equiparación de unas con otras, e incluso catalogan a las variantes plásticas de un dios concreto como distintas deidades. Yo pienso, por el contrario, que ubicar a los dioses en casilleros separados y claramente definidos, a la manera del pensamiento racionalista y positivista occidental, expresa una falta de comprensión de la “multivocidad” de los símbolos religiosos y de la contradicción y ambivalencia que en las religiones suelen tener las expresiones de la vivencia de lo sagrado: mitos, ritos, imágenes y símbolos.

Y en el caso de las figuras divinas de los mayas, la presencia de los rasgos de una deidad en otra es muy frecuente en sus imágenes plásticas, y las funciones de los dioses de ningún modo son unívocas.

Si se parte del reconocimiento básico de la polisemia del símbolo religioso, y señaladamente, de los símbolos de la religión maya, juzgo válido proponer que entre las múltiples manifestaciones del dragón, que abarcan al cosmos íntegro, se encuentra precisamente el Sol, que no sería una deidad al margen de este contexto simbólico.

Los nombres que los mayas yucatecos dieron al Sol son una confirmación de su liga con el Dragón celeste: Kinich Ahau (Señor Ojo Solar) e Itzamná Kinich Ahau (Señor Ojo Solar del Dragón). Los quichés le llamaron Hunahpú y Corazón del Cielo, y se equipara con Gucumatz, “Serpiente-quetzal”, nombre quiché de Itzamná, el Dragón celeste.

En el arte, el dios solar se representa como un rostro con grandes ojos cuadrangulares y estrábicos, con pupila en forma de voluta, como las de las imágenes de las serpientes, y muchas veces con el glifo *Kin*, Sol, que es una flor de cuatro pétalos. Tiene diente limado o lengua salida, colmillo enrollado en la comisura de la boca y a veces una especie de número 8 sobre la frente, que es el cuerpo de una serpiente (Fig. 7). Todo ello muestra la presencia del Dragón en la imagen de esta deidad.



7. Rostros del dios solar.

En los códices, el dios solar es el llamado dios G, y se reconoce por el signo *Kin*, Sol, en su glifo; Floyd Lounsbury dice que éste se puede leer como *kinich ahau* o *ahau kin*, confirmando los nombres del dios en los textos coloniales.²⁶

En el *Códice Dresde* y en el *Códice Madrid* aparece como un anciano, semejante al dios D (Itzamná). Se dibuja con nariz roma, ojo serpentino y colmillos surgiendo de la comisura de la boca. A veces lleva barba, lo que alude, según Claude Baudéz a los bigotes del jaguar (Fig. 8).²⁷ En la escritura, las variantes de cabeza del número 4, glifo T 1010 de Thompson, son las más claras representaciones del dios G (Fig. 9) y es patrón del mes *Yaxkin*.²⁸

Al dios solar se asocian varios animales que son sus epifanías, tanto en las imágenes plásticas, como en los textos coloniales y en los mitos. Entre ellos, el perro y la guacamaya fueron encarnaciones del fuego del Sol, y el jaguar se asoció con el astro por ser el animal en que éste se convertía al bajar al inframundo por las noches.

Algunos de los hechos que fundamentan nuestra interpretación del dios solar como un aspecto de Itzamná, con toda su riqueza simbólica, están, **primero**, que en las imágenes plásticas del dragón celeste hallamos rasgos de otros animales que fueron epifanías solares, como el venado y el jaguar (Fig. 10).

Segundo, que el glifo solar aparece muchas veces sobre la frente del dragón celeste y sirviendo de base al símbolo triádico que lo identifica. Incluso algunos investigadores, como Linda Schele, aseguran que el dios

26 El prefijo T184 es un título fundamental de los reyes mayas, que se puede leer *mah kinah*; actualmente se lee *kinich* (Stephen Houston, en Taube, 1992).

27 Baudéz, 2002.

28 Ver Thompson, 1950.



8. Dios G. Pág. 68 del *Códice Madrid* y pág 22 del *Códice Dresde*.



9. Variantes de cabeza del número 4.



10. Pág. 74 del *Códice Dresde* y altar O de Copán.

que lleva el símbolo triádico, aunado al glifo del Sol, es el propio dios solar, y le llama Monstruo Cuatripartita; esta autora interpreta el glifo de bandas cruzadas que forma parte del símbolo triádico como la trayectoria del Sol cruzando la Vía Láctea; es, dice, el Sol en su viaje diario a través del cosmos.²⁹ Pero en la imagen del tablero del Templo de la Cruz de Palenque, a los lados del mascarón de la deidad se ve la banda astral, que es el cuerpo del Dragón celeste, tal como se muestra en la página 74 del *Códice Dresde*, lo que confirma la correspondencia entre el Sol e Itzamná (Fig. 11).

Y **tercero**, que el Pájaro Serpiente, una de las formas plásticas del dios celeste, que es celeste por el sólo hecho de ser pájaro,³⁰ y que a la vez tiene rasgos serpentinos, como el Dragón, se posa en el vértice de las imágenes de las cruces *axis mundi*, representadas como ceibas-dragón en los tableros del Templo de la Cruz y del Templo de las Inscripciones de Palenque, así como en lo alto de la cruz como planta de maíz del tablero del Templo de la Cruz Foliada (Fig. 12). El pájaro-serpiente de los dos primeros tableros palencanos tiene pico curvo hacia abajo, glifo *nen* en la frente, característico del dios K; un glifo *yax* (agua) en el tocado y de su pico cuelga un elemento que lleva el signo *pop* (gobierno); porta collar de cuentas de jade y cabeza de serpiente estilizada sobre el ala; a los lados hay dos escudos del dios solar y sendos glifos *yax*. La misma cara de este pájaro-serpiente sale de las fauces de la serpiente bicéfala de cuerpo flexible que se enrosca en el *axis mundi* en el tablero del Templo de las Inscripciones, identificando al Sol con el cielo. Y el Pájaro Serpiente del tablero de la Cruz Foliada tiene la larga nariz del dios K, glifo *yax* en el tocado y en el collar, y caras de serpiente en el ala y en la base de la larga cola de quetzal.

En los tres tableros, por rematar en lo alto el *axis mundi*, el Pájaro Serpiente simboliza, en mi opinión, al Sol en el cenit,³¹ y además se acom-

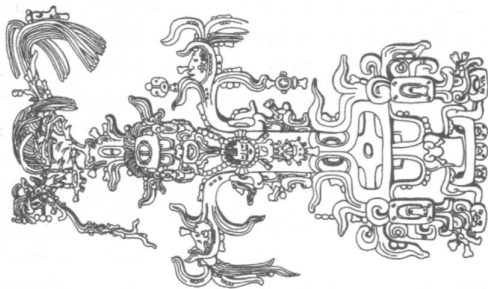
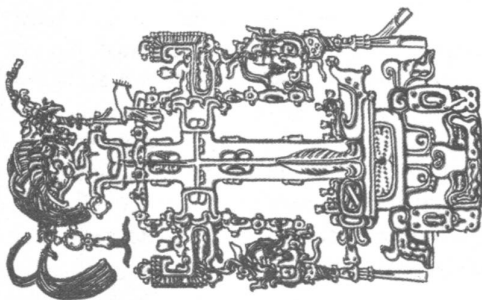
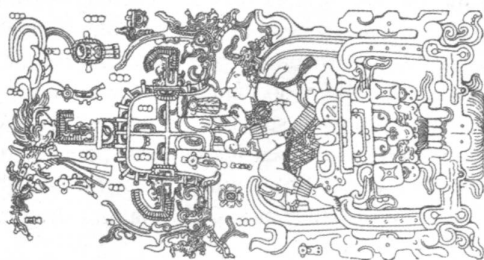
29 Schele, 1990, 540.

30 Su cola y sus patas son de quetzal, y el quetzal es el ave que representa al dios del cielo (Ver De la Garza, 1995).

31 De la Garza, 1998, 66. Claude Baudéz hace suya esta idea en 2002.



11. Dios Itzamná. Altar 41 de Copán y tablero de la Cruz de Palenque.



12. Motivos centrales de los tableros del grupo de las Cruces, Palenque.

pañá de glifos y mascarones solares; en los dos primeros tableros tiene a los lados escudos del dios solar, y en el de la Cruz Foliada se posa justamente sobre un mascarón solar que se ubica en la parte superior de la cruz. A esta ave fantástica otros le han llamado Pájaro Principal, Pájaro Celeste o Ave celestial, concordando todos en su carácter celeste.³² El Pájaro Serpiente fungiendo como Sol en el cenit en los tableros palencanos corrobora la identificación del cielo con el Sol, y puede asociarse con el nombre maya yucateco Itzamná Kinich Ahau (Señor Ojo Solar del Dragón), nombre que confirma dicha interpretación.

La imagen del Pájaro Serpiente como Sol en el cenit tiene su antecedente en el área maya desde el periodo Preclásico, pues en la estela 25 de Izapa, vemos el *axis mundi* como una cruz con el Pájaro Serpiente en lo alto, al lado de un cocodrilo-árbol que tiene encima otra ave (Fig. 13). Además, la imagen del árbol con su ave en la copa es uno de los símbolos universales o arquetípicos del *axis mundi*.³³ Otros ejemplos son del dintel 3 del Templo IV de Tikal y el relieve de la Casa E del Palacio de Palenque, en los que el Pájaro-Serpiente, con la cara de frente, se sitúa en el punto cenital del cielo, sobre el cuerpo del dragón celeste (Fig. 14).

Así, tanto en las imágenes plásticas como en los textos escritos en la época colonial, hallamos una liga tan estrecha entre Itzamná y Kinich Ahau, que claramente nos muestra al Sol como una epifanía de la deidad celeste. Esta fusión de las deidades del cielo y del Sol no es exclusiva de la religión maya; en múltiples religiones, la deidad celeste se manifiesta en el Sol, o, como afirma Krappe, “surge el Sol como sucesor directo e hijo del dios del cielo... El hijo hereda uno de los atributos más importantes y morales de ese dios: lo ve todo y, en consecuencia, lo sabe todo”.³⁴ Como hijo, el Sol se asimila al héroe, por oposición al padre, que es el cielo, aunque a veces se identifique con él. En la religión maya encontramos también esta idea pues de acuerdo

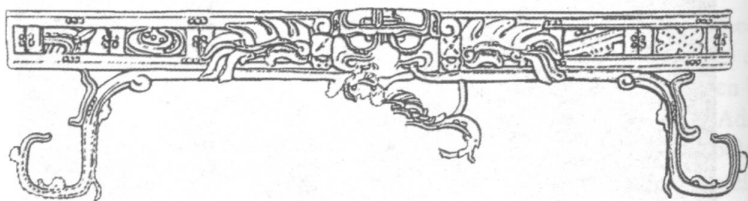
32 Schele, 1990, 533.

33 De la Garza, 1995.

34 Krappe, en Cirlot, 2002, 420.



13. Estela 25 de Izapa.



14. Pájaro-Serpiente. Dintel 3 del Templo IV de Tikal, Guatemala y relieve de la Casa E del Palacio de Palenque, Chiapas.

con las fuentes escritas coloniales, Itzamná fue hijo de Hunab Ku, pero a la vez es el propio Hunab Ku, y también representa, tanto el espacio celeste como su manifestación en el astro solar, o sea, que el Sol es el hijo del cielo; ello se expresa en el nombre Itzamná Kinich Ahau mencionado por Landa. Éste proporciona otros datos que lo muestran como héroe cultural: dice que se le veneraba en el mes *Uo* y que se decía que había sido el primer sacerdote; también se le rendía culto en el mes *Pop*, como dios de la medicina y, al lado de Itzamná, en el año *Ix* y el mes *Mac*.³⁵ Todo ello concuerda con el aspecto de Itzamná como héroe cultural que inventó la agricultura, la escritura, los calendarios y las demás creaciones humanas, dictó las leyes y gobierna a través de los gobernantes, funciones que siempre corresponden a las deidades solares, así como la facultad de “visión”, que para los mayas significa conocimiento.

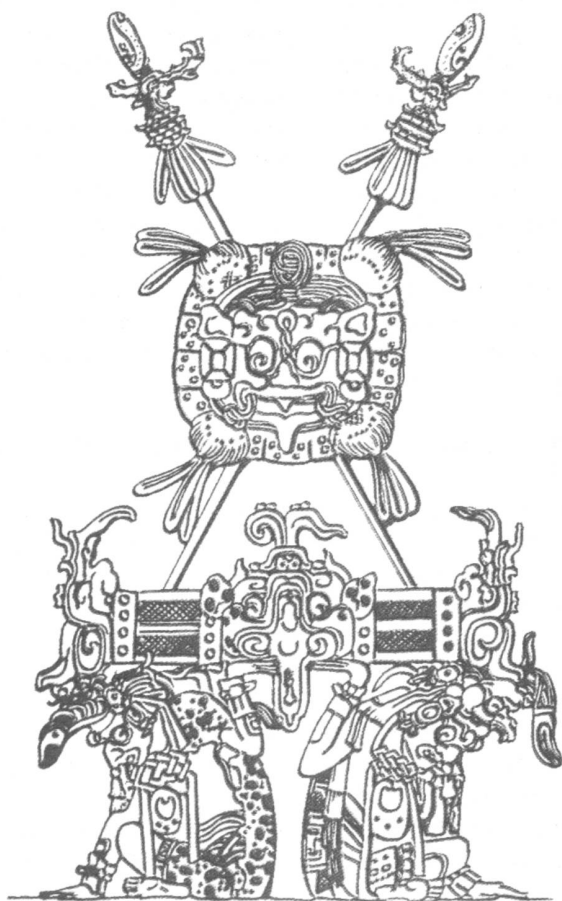
La dualidad cielo-inframundo, vida-muerte, del dios solar

El ciclo diario del Sol le da un carácter ambivalente: al recorrer el cielo es luz, vida, día, orden, bien; es un aspecto benéfico y vital que encarna en la guacamaya y en el colibrí. Pero cuando se interna en el inframundo al atardecer, se torna energía de muerte transmutado en jaguar.

Esta función ambivalente se expresa en obras del periodo Clásico, como el tablero del Templo del Sol en Palenque, cuyo motivo central es un mascarón del dios solar en forma de escudo, con flechas cruzadas que simbolizan los rayos y orejas de jaguar que lo muestran como Sol nocturno. Bajo este escudo se ve al dragón celeste como serpiente bicéfala, y sobre él, una cara de jaguar que es el propio Sol al ponerse sobre el horizonte en el equinoccio de primavera, que se registra en las inscripciones del templo (Fig. 15).

Por otra parte, es evidente que dos de las deidades de Palenque que han sido llamadas GI y GIII son también aspectos solares, como ha sido

³⁵ Landa, 1966.



15. Motivo central del tablero del Templo del Sol, Palenque, Chiapas.

corroborado por Martha Cuevas en su análisis de los incensarios de Palenque (Fig. 16).³⁶ Yo pienso que GI es solar-celeste (asociado con Itzamná) y GIII es solar-infraterrestre, por lo que se le ha llamado también Dios Jaguar del Inframundo y Jaguar Sol Nocturno.

Floyd Lounsbury dice que los fuertes atributos de jaguar de GIII, permiten compararlo con el Xbalanqué del *Popol Vuh*.³⁷ Coincido con esa idea, ya que considero que los dos gemelos del libro quiché son masculinos porque representan el Sol diurno y el Sol nocturno. Hunahpú significa Uno Cazador y Balamqué es entre los k'ekch'is actuales Sol-jaguar, o sea Sol nocturno.³⁸ Pero más que dos aspectos del Sol, el mito puede significar que la Luna (astro en el que se transmuta Ixbalanqué) es un Sol nocturno, en tanto que ilumina en las noches, como lo hace el Sol en el día.³⁹ Además, el jaguar, que encarna al Sol nocturno, también es divinidad lunar en muchas simbologías, por sus hábitos de caza y su relación con el agua.⁴⁰

El dios solar y la estructura espacio-temporal del cosmos

Mircea Eliade descubrió que los cultos solares se dan sólo en algunos periodos de la historia y en niveles culturales elevados, por lo que no aparecen en todas las religiones. El culto solar surge de una deducción racional. Dice el autor: "Parecería que el sol predomina allí donde, gracias a los reyes, a los héroes, a los imperios, 'la historia está en marcha'".⁴¹ Ello implica que hay un paralelismo entre la supremacía de los cultos solares y la expansión de la civilización.

36 Cuevas, 2004.

37 Taube, 1992, 52.

38 Thompson, 1970, 236, citado en De la Garza, 1984, 49.

39 De la Garza, 1998. Algunas ideas al respecto pueden consultarse en Valverde, 2004.

40 Además de ser símbolo de las fuerzas de la tierra y la naturaleza indómita, el jaguar es Señor de los animales que controla cuevas, fuentes, montañas y animales salvajes (Serrano y Pascual, 2004, 169).

41 Eliade, 1972, 124ss.



16. Dioses GI y GIII en incensarios de Palenque, Chiapas.

En el pensamiento maya prehispánico, como lo muestran todas sus manifestaciones, la racionalidad no estaba ausente; es claro que los mayas se dieron cuenta del enorme papel astronómico y biológico del Sol y depositaron en él el poder sagrado del cosmos. Pienso, así, que el culto solar derivó de la conciencia y el conocimiento de la importancia del Sol en la fertilidad de la naturaleza, del gran desarrollo de la astronomía, que influyó en todos los aspectos de la vida, y del establecimiento de un fuerte poder político, entendido como la responsabilidad humana de procurar el orden y la vida del cosmos.

Para los mayas, como para muchos otros pueblos religiosos, el Sol gira alrededor de la tierra, que es una plancha plana cuadrangular: asciende desde el horizonte saliendo del inframundo, recorre el cielo y luego desciende nuevamente al inframundo, donde hace un recorrido semejante al celeste. Cuando el Sol toca uno de los dos extremos del *axis mundi*, está en el cenit o en el nadir. El Sol en el cenit y el Sol en el nadir son los dos contrarios cósmicos, vida y muerte, masculino y femenino, por las significaciones del cielo como vida y luz, y del inframundo, como muerte y vientre materno.

Miguel León-Portilla, en su libro *Tiempo y realidad en el pensamiento maya*, penetra en la esencial significación del Sol como creador del tiempo entre los mayas. Destaca la significación del vocablo *K'in* como un complejo semántico que significa Sol-día-tiempo, y afirma:

El sol, desde que nace por el oriente (*la [k] kin* en maya yucateco: el “sol acompañante”) hasta que se oculta por la tarde (*chi-kin* “el sol en la boca” o “el sol devorado”) va haciendo el día, marca la duración y la existencia de éste. Día es lo mismo que presencia o ciclo del sol; luego penetra al inframundo y resurge haciendo posible la vida... Si el día es para ellos una presencia solar, el tiempo es la sucesión sin límites de todos los ciclos del sol”.⁴²

42 León-Portilla, 1986, 34.

Pero hay también múltiples evidencias del preciso conocimiento maya del ciclo anual del sol, que calcularon en 365 días, con un error de 17.28 segundos, en relación con el Año Trópico, y de la significación que tuvieron los equinoccios y los solsticios para concebir los cuatro rumbos cósmicos, o sea, la estructura del universo.

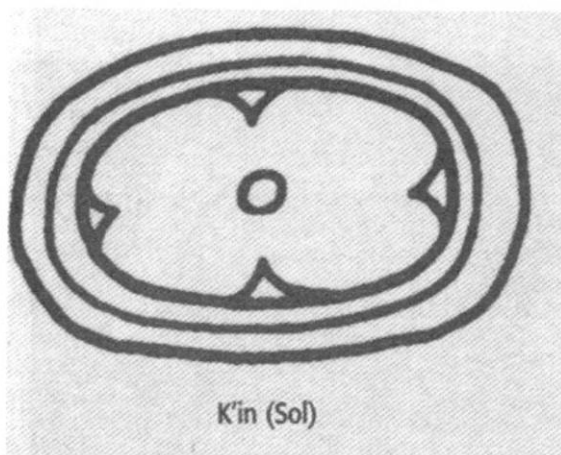
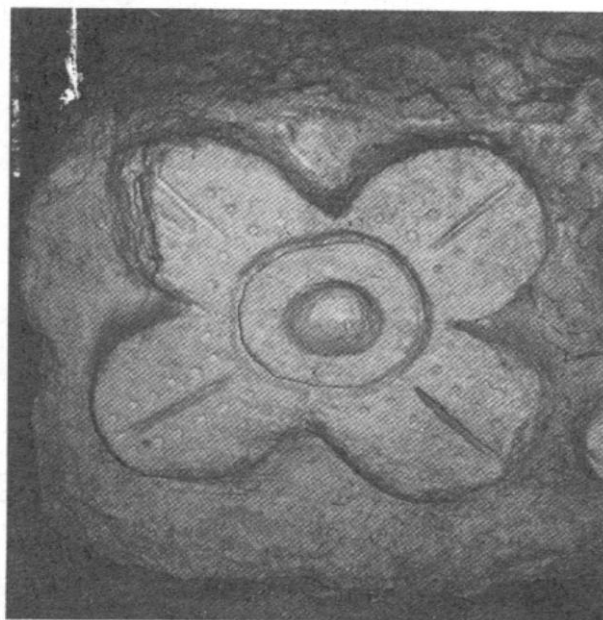
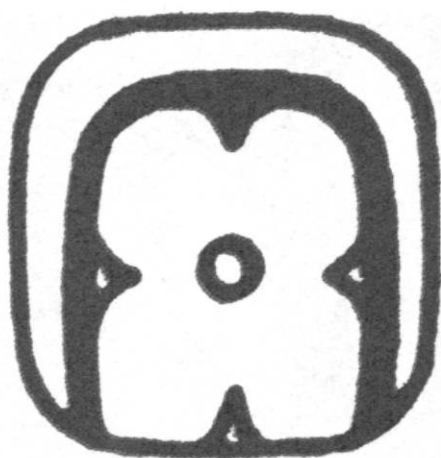
Por eso, el dios solar fue el patrón del número cuatro y su glifo fue una flor de cuatro pétalos, imagen del cosmos (Fig. 17). En otras palabras, el ciclo anual y el ciclo diario del Sol determinan el movimiento, la sucesión de días y noches y las cuatro estaciones, pero también las cuatro regiones del universo, uniéndose en la cuadruplicidad el espacio y el tiempo.

Como puede verse, también desde la perspectiva de las creencias cosmológicas, que derivaron de los conocimientos astronómicos, el Sol fue la encarnación del poder divino supremo. Él es el encargado de transmitir el poder sagrado del dragón al cielo, a la tierra y al inframundo, al moverse en los tres estratos del universo infundiendo la vida, vitalizando a la propia región de la muerte y transformando la muerte en vida. Por eso asienta el *Popol Vuh* que el Sol y la Luna fueron los últimos seres creados; al aparecer el Sol y empezarse a mover gracias a la ofrenda de sangre que los hombres le hacen, se inicia el orden, la sucesión de días y noches, el tiempo histórico y el tiempo que regiría el orden espacial del universo.

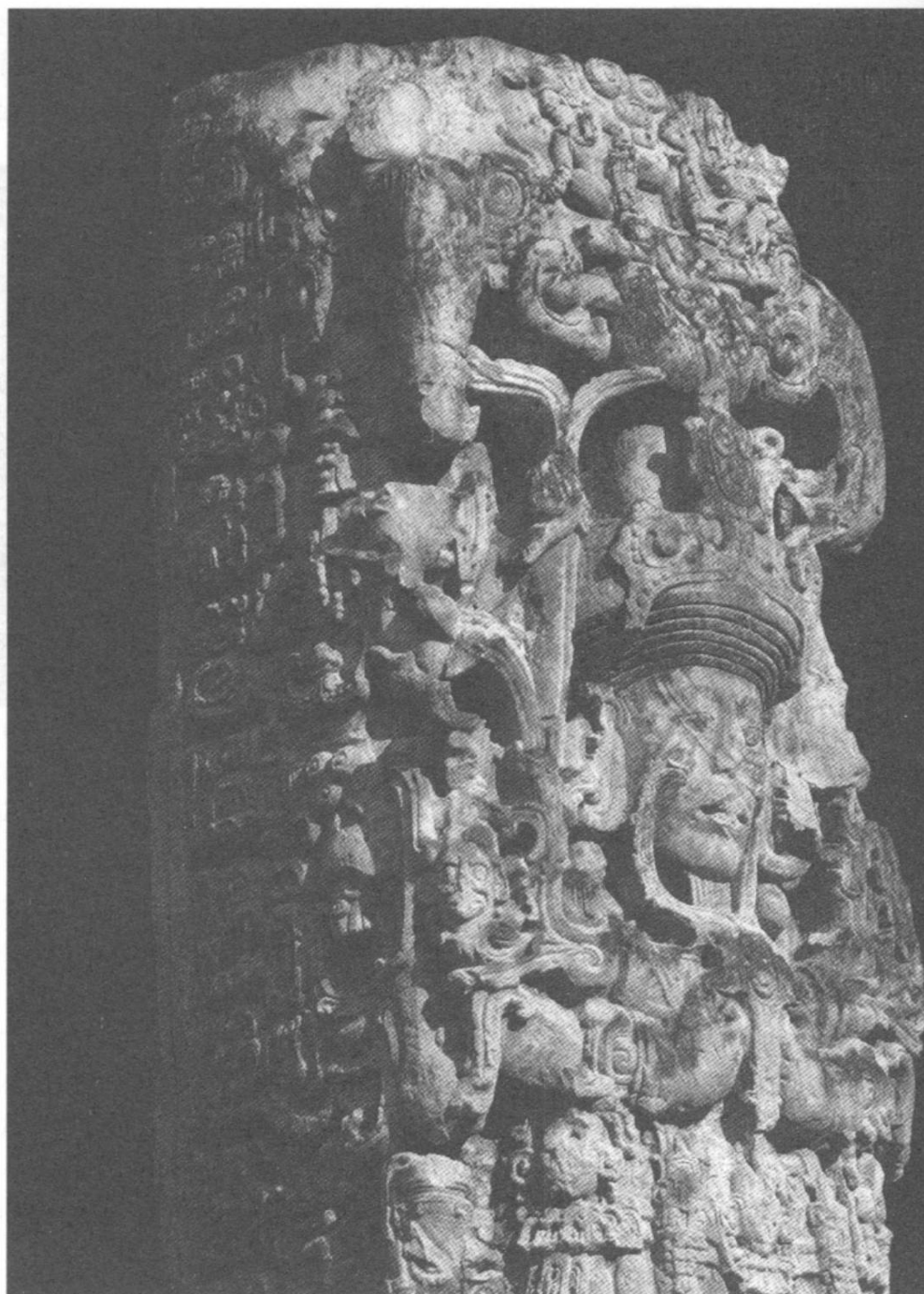
En síntesis, el Sol es el responsable del tiempo y del espacio, es el señor del cosmos, por eso se funde con el dios celeste Itzamná, encarnación a su vez de la energía sagrada suprema.

El dios solar y el poder político

Por otra parte, el culto solar se incrementa con el desarrollo político de los antiguos mayas. Es evidente, sobre todo en el arte plástico, la identificación del gobernante con el Sol, como centro o eje del mundo humano, tal como el Sol lo es del cosmos íntegro (Fig. 18).⁴³



17. Glifo del Sol.



18. Estela B de Copán, Honduras

La idea del hombre como *axis mundi*, como responsable de la existencia del cosmos, se expresa también en los mitos cosmogónicos: el hombre fue creado para venerar y alimentar a los dioses y mantener con ello la existencia del universo entero. Por eso el hombre que está a la cabeza de la comunidad, es decir, el gobernante, se representa también en el arte como el eje del mundo.⁴⁴

En la admirable lápida que cubre el sarcófago del Templo de las Inscripciones de Palenque, el gobernante está en el centro, entre el cielo y el inframundo, sobre la superficie de la tierra y justamente en la base de la cruz, eje del universo, que representa a Itzamná, el Dragón, coronada por el Pájaro Serpiente (Fig. 19).

El gobernante recibe del dios Sol-Dragón los poderes para gobernar sobre los demás. A veces lleva cetros en forma de cruz con su ave en lo alto: símbolo del *axis mundi* con el Sol en el cenit, como destacamos arriba. Es otra forma de mostrar que el *Halach uinic*, “Hombre Verdadero”, tiene en sus manos el poder otorgado por el Dragón, que abarca los cuatro rumbos del cosmos.

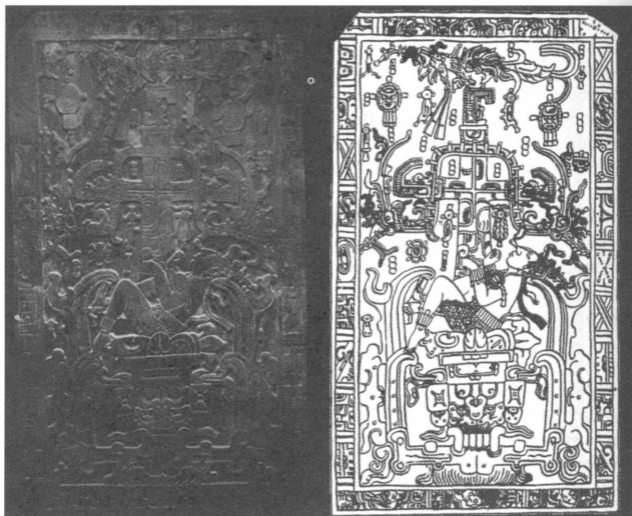
Y en los ritos de los gobernantes se muestra también su identificación con el Sol, por ejemplo cuando los vemos emergiendo de las fauces del Dragón terrestre, como en el altar Zoomorfo P de Quiriguá. Así, el gobernante es, simbólicamente, el Sol del mundo humano.⁴⁵

En suma, el Sol, identificado con el dios celeste, es el creador del espacio y del tiempo, la energía fecundante, el poder sagrado supremo que

43 Ver De la Garza, 2002 y Krappe, citado por Cirlot.

44 De la Garza, 2002. Linda Schele también consideró al gobernante como *axis mundi*, pero basada en su identificación con la ceiba (1993, *Afterword*).

45 Ver Baudez, 2002.



19. Lápida de la tumba del Templo de las Inscripciones, Palenque, Chiapas
(fotografía y dibujo de Merle Greene).



20. Altar zoomorfo P de Quiriguá, Guatemala.

impregna todos los niveles del cosmos, el dios que integra todos los contrarios, el *axis mundi* y el dios que consagra a los gobernantes como ejes del mundo humano.

Para concluir, quiero hacer expreso que el análisis del dios solar que he presentado aquí es un ejemplo de la gran riqueza de posibilidades de acercamiento y de interpretación que ofrece la cultura maya prehispánica, gracias a la existencia de múltiples fuentes para la investigación histórica, como las arqueológicas, las epigráficas, las lingüísticas, las documentales y las etnográficas. Así, ella está lejos de ser una cultura que únicamente puede ser abordada desde la arqueología, como a veces se la ha considerado.

El campo de los estudios mesoamericanos ha estado representado en esta Academia por muy distinguidos especialistas como Alfonso Caso, Wigberto Jiménez Moreno, Beatriz de la Fuente, que recientemente nos ha dejado; Eduardo Matos Moctezuma y Miguel León-Portilla, todos los cuales han llevado la historia, el arte y el pensamiento de los hombres prehispánicos a un reconocimiento internacional, pero sería deseable que en el seno de esta venerable institución se incrementaran y fortalecieran los estudios históricos sobre nuestros grandes antepasados indígenas y los grupos que les sobrevivieron.

Y termino agradeciendo infinitamente al Dr. Miguel León-Portilla, mi maestro y modelo excepcional en el oficio de historiador y en la capacidad de penetrar en el alma indígena, el haberme concedido el gran honor de dar respuesta a estas palabras.

BIBLIOGRAFÍA

- Baudez, Claude-Francois, *Une histoire de la religion des Mayas, Du panthéisme au panthéon*, Paris, Bibliothèque Albin Michel, Histoire, 2002.
- Biedermann, Hans, *Diccionario de símbolos*, Barcelona, Paidós, 1993.
- Braudel, Fernand, *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza Editorial, 1974.
- Cirlot, Juan Eduardo, *Diccionario de símbolos*, 6ª ed., Barcelona, Ediciones Siruela, 2002.
- Cuevas García, Martha, *Los incensarios compuestos del grupo de las Cruces. Evidencia de rituales mayas en Palenque, Chiapas*, Tesis de Doctorado en Estudios Mesoamericanos, UNAM, 2004.
- Díez de Velasco, Francisco, "El estudio de la religión: autonomía, neutralidad, pluralidad", *El estudio de la religión, Enciclopedia Iberoamericana de religiones*, Vol. I, Madrid, Editorial Trotta, 2002.
- Eliade, Mircea, *Tratado de historia de las religiones*, México, Ediciones Era, 1972.
-
- _____ y Joseph M. Kitakawa, *Metodología de la historia de las religiones*, Barcelona, Buenos Aires, México, Paidós, Orientalia, 1986.
- Florescano, Enrique, "Evocación de Luis González", *La Jornada*, 27 de diciembre de 2003.
- Freidel, David and Linda Schele, *Maya Cosmos. Three Thousand Years on the Shaman's Path*, New York, William Morrow and Company, 1993.

Garza, Mercedes de la, *El universo sagrado de la serpiente entre los mayas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984.

———, *Aves sagradas de los mayas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995.

———, “El puesto del gobernante en el cosmos y sus ritos de poder”, *Estudios de Cultura Maya*, Vol. XXII, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2002.

———, *Rostros de lo sagrado en el mundo maya*, México-Buenos Aires-Barcelona, Paidós, 1998.

———, “El dragón, símbolo por excelencia de la vida y la muerte entre los mayas”, *Estudios de Cultura Maya*, Vol. XX, México, UNAM, IIF, CEM, 1999.

González y González, Luis, “Teoría de la microhistoria”. Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Historia, *Nueva invitación a la microhistoria*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982 (SEP 80/11).

Guénon, René, *Símbolos fundamentales de la ciencia sagrada*, Buenos Aires, Eudeba, 1969.

Landa, fray Diego de, *Relación de las cosas de Yucatán*, 9ª ed., México, Porrúa, 1966.

León-Portilla, Miguel, *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, Tercera reimpresión, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1983.

———, *Tiempo y realidad en el pensamiento maya*, 2ª ed., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1986.

- Liddell & Scott, *Greek-English Lexicon*, 9ª ed., Londres, Clarendon Press, Oxford, 1968.
- Lurker, Manfred, *El mensaje de los símbolos*, Barcelona, Herder, 1992.
- Martín Velasco, Juan, *Introducción a la fenomenología de la religión*, Madrid, Cristiandad, 1978.
- Morales, Alberto, "Unidad y dualidad. El dios supremo de los antiguos mayas: coincidencias de opuestos", en *Estudios de Cultura Maya*, Vol. XXII, México, UNAM, IIF, CEM, 2002.
- Ochoa Serrano, Alvaro (editor), *Pueblo en vilo, la fuerza de la costumbre, Homenaje a Luis González y González*, El Colegio de Jalisco, El Colegio de México, El Colegio de Michoacán, 1994.
- Reichel-Dolmatoff, Gerardo, *Orfebrería y chamanismo. Un estudio iconográfico del museo del oro*, Medellín, Colombia, Colina, 1988.
- Schele, Linda and Mary Ellen Miller, *The Blood of Kings, Dynasty and Ritual in Maya Art*, New York, George Braziller/Forth Worth, Kimbell Art Museum, 1986.
- Schele Linda and David Freidel, *A forest of Kings. The Untold Story of the Ancient Maya*, New York, Quill William Morrow, 1990.
- Schelhas, Paul, *Representation of Deities of the Maya Manuscripts*, 2a. ed., Nueva York, Kraus Reprint Corporation, 1967. *Papers of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology*, Harvard University, 1904.
- Serrano Simarro, Alfonso y Álvaro Pascual Chenel, *Diccionario de símbolos*, Madrid, Libsa, 2004.

**RESPUESTA AL DISCURSO DE LA
DOCTORA MERCEDES DE LA GARZA
CAMINO AL INGRESAR EN LA
ACADEMIA MEXICANA
DE LA HISTORIA,
EL 4 DE OCTUBRE DE 2005.**

*Miguel León-Portilla
Academia Mexicana de la Historia*

Motivo de gran satisfacción y alegría es el ingreso de la doctora Mercedes de la Garza Camino en esta Academia Mexicana de la Historia. Viene ella a ocupar la silla que dejó vacante nuestro recordado y admirado colega Luis González y González. De él ha hecho Mercedes cumplido elogio.

Es nuestra nueva académica una mayista muy distinguida cuyo campo de interés se extiende al universo de la civilización mesoamericana. Y es, por encima de todo, universitaria ejemplar que ha consagrado su existencia a la docencia, la investigación y también, de otras muchas formas, al servicio de México.

Conocí a Mercedes en la segunda mitad de la década de los años sesenta. Participó ella por ese tiempo en las actividades del Seminario de Cultura Náhuatl, a mi cargo, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Allí mostró plenamente su sobresaliente capacidad e interés por todo lo

concerniente a las creaciones culturales mesoamericanas. Otro tanto ocurrió durante el lapso en que estuvo como becario en el Instituto de Investigaciones Históricas del cual era yo director.

Mercedes me pidió luego que actuara como director de su tesis para obtener la licenciatura en historia. Había obtenido ella algunos años antes la licenciatura en letras españolas. Esta doble preparación la capacitó para adentrarse en el campo de su especialidad. Obtenida su licenciatura en historia en 1972, pasó a formar parte del Centro de Estudios Mayas, en el Instituto de Investigaciones Filológicas. En él estrechó su relación profesional y de amistad con el doctor Alberto Ruz Lhuillier con quien colaboró en varias investigaciones.

Cursó ella más tarde la Maestría y el Doctorado en Historia en la que ha sido su alma mater, la UNAM. Entregada ya de lleno al estudio de las culturas maya y náhuatl, actuó paralelamente como maestra en la misma Facultad a partir de 1973 y sin interrupción, es decir desde hace más de treinta años.

Hemos escuchado su discurso sobre “El Sol, Señor del Tiempo y la Vida en la religión maya”. Bien se percibe en él algo de lo mucho que ha ahondado en el conocimiento del pensamiento de los antiguos mayas. Lo ha escudriñado ella acudiendo a múltiples géneros de testimonios: los arqueológicos que incluyen monumentos e inscripciones, los códices, los textos en lengua indígena y los escritos de los cronistas españoles. Lo que nos ha ofrecido en su discurso es una muestra de la forma y método con que ha procedido en sus indagaciones.

El primer libro que publicó, muestra temprana de la aplicación de su método que describe ella como histórico-fenomenológico, fue *La conciencia histórica de los antiguos mayas*, aparecido en 1977 con sello de la UNAM. A él siguió *El hombre en el pensamiento religioso náhuatl y maya* (UNAM, 1978).

El tema religioso la ha atraído de modo creciente. Así ha atendido al *Universo sagrado de la serpiente entre los mayas* (UNAM, 1984); *Aves sagradas de los mayas* (UNAM, 1995) y *Rostros de lo sagrado en el mundo maya* (UNAM, 1998).

Este interés por el pensamiento y las prácticas religiosas en Mesoamérica la ha llevado a organizar un diplomado sobre “Teoría e historia de las religiones”, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, a actuar como miembro de la Sociedad Mexicana de Historia de las Religiones y a participar en el Comité Organizador del XVII Congreso Internacional de Historia de las Religiones que se celebró en México en 1995. Varias han sido además las tesis de maestría y doctorado que ha dirigido cuyo tema se sitúa en el campo de la historia de la religión en Mesoamérica.

Mercedes de la Garza es no sólo acuciosa investigadora y dedicada maestra, también ha realizado otras actividades de interés académico y académico-administrativo. A ella se debe haber coordinado la edición de nueve volúmenes de *Estudios de Cultura Maya*; también la creación de la muy importante Serie de “Fuentes para el estudio de la Cultura Maya”, con dieciséis volúmenes publicados.

Recordaré, por otra parte, que ella fue quien creó y coordinó desde su origen y por varios años el Programa de Posgrado, Maestría y Doctorado en Estudios Mesoamericanos, en el que se han formado ya varios centenares de estudiantes mexicanos y extranjeros.

En 1997 fue nombrada Directora del Museo Nacional de Antropología donde, lejos de dormirse en sus laureles, realizó una extraordinaria labor. Entre otras cosas reestructuró y actualizó veinte de las salas de exhibición, desde nuevas perspectivas museográficas y científicas.

Incansable trabajadora, ha organizado dieciséis congresos nacionales e internacionales; ha sido comisaria de varias exposiciones en México y el

extranjero; ha impartido cursos y conferencias en incontables instituciones del país y de fuera de él; ha escrito más de 130 artículos en revistas especializadas, así como capítulos de libros y, desde 2001, es directora del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM.

Mercedes ha sido reconocida y galardonada por cuanto ha realizado. Recordaré al menos que en 1995 recibió el Premio Universidad Nacional en Docencia en Humanidades y en 1999 fue nombrada Investigadora Emérita del Sistema Nacional de Investigadores. Conocida y reconocida es Mercedes de la Garza por todo cuanto ha hecho, que debo calificar de extraordinario por no decir asombroso. Pienso que, teniendo esto en mente, los miembros de nuestra Academia la hemos elegido en votación de elemental justicia.

Comentaré ahora brevemente el discurso suyo que hemos escuchado. Nos ha descrito en él primeramente cuál ha sido su método y criterio adoptados en su investigación. Además de hacer suyo un enfoque histórico-fenomenológico, ha acudido cuantas veces le ha sido posible al análisis comparativo, lo que en el caso de Mesoamérica, y en particular de los mayas, resulta muy fecundo dada la existencia de no pocas variantes culturales.

En su discurso, haciendo aplicación de lo que ha expuesto, concentra su atención en el simbolismo del Sol en la religión maya, fijándose sobre todo en sus atributos de Señor del Tiempo y de la Vida. Para ello parte del hecho bien comprobado de la observación e intelección del fenómeno solar entre los mayas, que los llevó a asignar al que llamamos astro rey un lugar fundamental en su pensamiento y ritos religiosos.

Las significaciones que adquirió el Sol entre los mayas dan testimonio del rango que alcanzó. Ante todo fue él epifanía de la deidad suprema. Esto lo demuestra Mercedes acudiendo a fuentes mayas yucatecas. Asimismo, apoyándose en representaciones plásticas como las del Altar O. de Copán y de la deidad en el Códice maya prehispánico conservado en Madrid, su identificación apunta a la figura de un animal fantástico, con atributos de serpiente,

lagarto, ave, venado y jaguar. Esa figura monstruosa, representativa de la fuerza sagrada y cósmica, es designada por Mercedes con el vocablo “dragón”. Las fuentes escritas, que aluden a ella, la llaman, en cuanto a su aspecto celeste Itzamná, vocablo al que puede adjudicarse la significación metafórica de “Dragón”; en cuanto al terrestre es Itzam Cab Aim, “Dragón, cocodrilo terrestre” y Chac Mumul, “gran cocodrilo lodoso”. De nuevo Mercedes acude a otras fuentes, en este caso procedentes de la arqueología, el Altar M. de Copán y la figura del dios Chaac en el *Códice de Madrid*.

El “Dragón”, coincidiendo con Chaac, la deidad del agua y una de las más veneradas por los mayas, se presenta como unión de contrarios, vida y muerte, cielo y tierra, masculino y femenino. Esto se halla también corroborado, en opinión de Mercedes por el *Ritual de los Bacabes*. Ave quetzal y víbora, se tornan presentes en la simbología del Dragón que resume en sí la suprema fuerza que se diversifica de múltiples formas. En este punto nuestra nueva colega compara a esta deidad maya con el Omēteotl del pensamiento náhuatl, Dios de la dualidad, omnipresente y supremo, en el que los contrarios se aunan.

Lo que expone enseguida, compulsando siempre sus fuentes, la lleva a declarar algo que comparto plenamente. Ello es que no se debe ubicar a los dioses mayas en casilleros separados puesto que se muestran participando en una amplia gama de atributos que compartan entre sí. Esto que revelan las fuentes, la mueve a sostener que la polisemia de los símbolos en las numerosas manifestaciones de la deidad “Dragón”, está precisamente aunada al Sol. Las imágenes de representaciones suyas en objetos arqueológicos y códices lo corroboran. El signo de *K'in* que significa Sol, día, tiempo, en forma de flor de cuatro pétalos, aparece allí asociado a numerosos seres vivientes, incluso animales como el perro, la guacamaya y, por supuesto, el jaguar. Ello es patente en imágenes al lado de inscripciones como las que se ven en los tableros de la Cruz del Templo de las Inscripciones y del Templo de la Cruz Foliada, en Palenque. Todo esto, subraya Mercedes, muestra que el Sol en su recorrido celeste es luz y vida.

Los testimonios provenientes de la arqueología, coincidentes con lo que se expresa en algunos de los libros de los Chilam Balamob, refuerza la tesis de la asociación del Sol con el Dragón celeste Itzamná, nombrado también Kinich Ahau, Señor del ojo solar. Llega incluso Mercedes a comparar a la deidad solar con el dios Jaguar del Inframundo, y la Luna como Sol nocturno, con los gemelos del *Popol Vuh*, Hunahpú e Xbalarqué, que los representan en sus actuaciones.

Citando a Mircea Eleade, con quien estuvo en comunicación, Mercedes hace ver que el culto solar se refuerza en niveles elevados de desarrollo cultural. El Sol predomina donde “la historia está en marcha”. Esto en virtud de la acción de los héroes y los reyes. Así el Sol es pensado por los mayas como realidad divina que influye en todos los aspectos de la vida, incluyendo el establecimiento de un fuerte poder político que busca regular el orden de la existencia. Todo esto condujo a los sabios mayas a elaborar cálculos de gran precisión respecto del ciclo anual del Sol y de la significación de los solsticios y los equinoccios en su concepción de los cuatro grandes rumbos cósmicos que integran la estructura del universo, tanto espacial como temporal.

El Sol, como portador del poder supremo de la divinidad, trasmite su autoridad a quienes gobiernan. En la lápida que cubre el sarcófago del Templo de las Inscripciones en Palenque, el gobernante que yace en el centro, entre el cielo y el inframundo, se halla en la base de un axis mundi, con Itzamná y el Sol en el cenit.

Una pertinente consideración expresa Mercedes. Los mayas, nos dice, percibieron el enorme significado astronómico y biológico del Sol. En cuanto a lo primero, tal percepción influyó en la precisión extraordinaria con que calcularon la duración del año trópico; en cuanto a lo segundo, es decir en lo tocante a la vida, supieron valorar su importancia como factor supremo en la fertilidad de la naturaleza.

El sumario análisis que he hecho de lo que nuestra colega nos ha expuesto acerca del papel del Sol como señor del tiempo y la vida en la religión de los mayas nos deja ver la amplitud y solidez de sus conocimientos. Convergen en ellos el aprovechamiento de los hallazgos de la arqueología y el análisis de lo aportado por las inscripciones y códices, así como por los textos en lenguas indígenas de tiempos posteriores y también lo allegado por cronistas como Diego de Landa, Bernardo de Lizana y Diego López de Cogolludo. Por otra parte toma ella en cuenta y está al día en lo apuntado por otros modernos investigadores.

En su exposición Mercedes de la Garza, como lo hemos visto, procede con cautela, alejada por entero de fantasías. Su discurso es reflejo, en suma, de lo que ha sido su trabajo como investigadora a lo largo de su vida. Se ha interesado por Mesoamérica, con énfasis en la cultura de los pueblos mayas, acercándose sobre todo a sus manifestaciones religiosas. En el campo de su especialidad, la historia de la religión, ha hecho otras aportaciones muy significativas. Ha introducido a muchos estudiantes en este universo del conocimiento y, en su afán, de fomentarlo, ha organizado diplomados y congresos en torno al tema de la religión.

Mercedes de la Garza viene a reforzar en nuestra Academia los estudios sobre historia prehispánica. No hemos sido en esta casa muchos los que nos dedicamos a ella. Recordaré, entre los que no están ya con nosotros, los nombres de Alfonso Caso, Ignacio Bernal, Wigberto Jiménez Moreno y nuestra recordada y querida Beatriz de la Fuente. Bienvenida es ahora la llegada de Mercedes de la Garza. Mucho es lo que esperamos de ella como trabajadora infatigable, acuciosa investigadora y consagrada maestra. Terminaré volviendo a darte la bienvenida en nombre de nuestros colegas y en el propio. Es esta tu casa, Mercedes: en verdad nos alegra que te halles entre nosotros.

LA OTRA HISTORIA. O DE CÓMO LOS DEFENSORES DE LA CONDICIÓN COLONIAL RECUPERARON LOS PASADOS DE LA NUEVA ESPAÑA

Virginia Guedea

Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Historia

Debo comenzar haciendo pública expresión de mis muy cumplidos y sinceros agradecimientos por haber sido nombrada miembro de Número de la Academia Mexicana de la Historia, señalada distinción que mucho me honra. De modo muy especial, quiero manifestar mi gratitud más profunda a la doctora Elisa Vargas Lugo y al maestro Jorge Alberto Manrique, admirados colegas y amigos muy queridos, por haber sido ellos quienes propusieron mi candidatura. Y puesto que de agradecer se trata, deseo también manifestar mi reconocimiento a la Universidad Nacional Autónoma de México, y en particular a su Instituto de Investigaciones Históricas, por haber constituido el generoso y estimulante espacio que ha dado cabida y apoyo a mis trabajos. Por último, aunque quizá debí mencionarlos en primer lugar, a quienes a lo largo de más de cuatro décadas han sido mis maestros, mis colegas y mis alumnos, doy las gracias por lo mucho que de ellos he recibido; pero, sobre todo, por lo grato que ha sido disfrutar de su compañía al aventurarme a incursionar en los terrenos de la historia.

I

A manera de introducción

La historia política, aquella que se ocupa de las actividades que tienen que ver con el poder político tanto en lo que se refiere a su adquisición y a su

estructura como a su distribución y a su ejercicio, ha constituido mi principal interés. De ahí que haya centrado fundamentalmente mi atención en la intensa, y novedosa, vida política que se desarrolló durante los últimos años de la Nueva España dentro y fuera del sistema colonial. De ahí también que, como parte de un proyecto colectivo encargado de analizar las líneas de investigación utilizadas para abordar el proceso de independencia y las interpretaciones que sobre él se encuentran vigentes, me haya dedicado en los últimos tiempos a revisar la copiosísima historiografía política que sobre la emancipación se ha producido desde hace cosa de medio siglo.

Una ausencia por demás notoria en toda esta producción historiográfica, así como en la que le anteciedera, es la de estudios sobre quienes, de muy diferentes maneras y por muy diversas razones, sostuvieron y defendieron al régimen colonial, acerca de los cuales contamos con muy escasos trabajos. Son variados y de distinta naturaleza los motivos que pueden explicar esta ausencia. Aquí mencionaré tan sólo uno de ellos, acaso el más notorio por el enorme peso que ha dejado sentir sobre los estudios históricos del periodo. Se trata del gran interés que por la independencia —a la que consideraron como el acto fundacional de la nación mexicana—, y en especial por la insurgencia —a la que consideraron como el factor principal que llevó a su consecución—, han tenido hasta hace poco los gobiernos del país, preocupados por consolidar una conciencia nacional.

A los casi ya doscientos años del inicio del proceso de independencia, la búsqueda de nuevas temáticas de estudio, de nuevas perspectivas para abordarlo y de nuevos planteamientos para su análisis parece obligada. De entrada, considero que para alcanzar sobre él una explicación más cabal habría que emprender la urgente e insoslayable tarea de hacer, de su historia, una historia en verdad incluyente. Por ello es que me atrevo a proponer aquí el rescate del estudio del “otro” o, más bien, de los “otros” involucrados en ese proceso del que fueron actores principales, el de los defensores de la condición colonial de la Nueva España, quienes no por haber resultado perdedores dejan de formar parte de la historia de México; cuya historiografía, debo

decir, no se ha ocupado suficientemente de los muy diversos «otros», de los muchos perdedores que han hecho también posible esa historia.

El día de hoy quiero presentar un avance, así sea en forma por demás escueta y esquemática, de una investigación que inicié hace apenas unos meses. Se trata de un primer, primerísimo acercamiento al estudio de quienes sostuvieron y defendieron al régimen colonial durante el proceso de emancipación, y que busca dar respuesta a una pregunta que me resulta fundamental para llegar a entenderlos: la de cómo, para justificar al régimen que defendían, y por ende justificarse y defenderse a sí mismos, se vieron obligados a utilizar la historia, muy en particular la novohispana.

Porque es de todos sabido que, desde bien temprano, el discurso de los criollos o americanos, de los nacidos y criados en la tierra, comenzó a construir una argumentación basada en la historia para establecer sus derechos sobre la Nueva España, y que al finalizar el siglo XVIII su conciencia histórica estaba muy desarrollada. Baste recordar aquí los numerosos y esclarecedores trabajos que se han abocado a su estudio. Asimismo, es igualmente conocida, y ha sido igualmente estudiada, la utilización que de la historia hicieron los insurgentes para justificar sus reivindicaciones, recuperación y recreación históricas que en buena medida fueron recogidas por quienes más tarde se encargaron de hacer la historia del México independiente. Pero bastante menos es lo que se conoce de la recuperación y de la reinvenición que del pasado llevaron a cabo quienes, en numerosos escritos, hicieron una vigorosa defensa del régimen colonial.

Para acercarme a ella, he seleccionado hasta el momento cosa de setenta documentos. Sin embargo de constituir una etapa preliminar de mi proyecto, esta documentación puede ser una buena muestra por varios motivos. En cuanto a su temporalidad, salvo dos textos de 1821, fue generada durante el periodo comprendido entre 1808 y 1816, si bien, dada su naturaleza, la mayoría corresponde a los años de 1810 y 1811. En lo que se refiere a sus autores —entre los que se cuentan muchos peninsulares o europeos

pero también varios americanos—, su procedencia es muy diversa. Proviene de las autoridades, tanto de las novohispanas de distintos niveles como de varios órganos de gobierno metropolitanos. De igual manera, en ella se encuentra representado el estado eclesiástico. Asimismo, procede de diversas corporaciones. Finalmente, fue generada por varios individuos a título personal. Se da, además, una gran diversidad no sólo respecto de la índole misma de los documentos y de los particulares objetivos que perseguían sino de los distintos auditorios a los que estaban dirigidos. Encontramos, así, proclamas, edictos, decretos, cartas pastorales, manifiestos, sermones, votos consultivos, exposiciones, discursos, representaciones, informes, alocuciones, pláticas, oraciones y hasta memorias y relaciones.

Dentro de su enorme variedad, todos estos textos presentan, desde luego, un denominador común: el de constituir una respuesta a los cuestionamientos y a los embates sufridos por el régimen colonial que invoca, al igual que sus opositores, un sustento histórico para sus planteamientos. Abordan, entonces, temáticas casi siempre compartidas. No obstante, los tratamientos que a ellas dan resultan, en muchas ocasiones, un tanto diferentes, mientras que los tiempos en que fueron escritos constituyen un elemento decisivo, habida cuenta de lo coyuntural que fue su aparición y de la rapidez con que fueron cambiando las circunstancias novohispanas. Por todo ello, aunque en su conjunto nos ofrecen una recreación histórica que podríamos calificar de colectiva, ésta viene a ser plural y múltiple, ya que en los textos no se encuentra una concepción única del pasado sino diferentes y a veces hasta contradictorias reconstrucciones de él. A guisa de ejemplo, mencionaré que si bien todos, o casi, son providencialistas, el margen de acción que suponen en los seres humanos para incidir en el curso de la historia mucho varía en cuanto a la dimensión que le conceden. Mencionaré también que algunos de ellos reconocen la justicia que asistía a los reclamos americanos, a pesar de que fueron recogidos por la insurgencia, y a pesar de que la crítica situación por la que atravesaba por esos años la península brindó la oportunidad de cuestionar, entre muchas otras cosas, la condición colonial de la Nueva España que buscaron defender.

II

1808. Las primeras historias

Y es que al quedar acéfala la monarquía española en 1808, a consecuencias de la invasión de España por los franceses, desapareció el principal sustento que legitimaba toda su organización política. A partir de entonces, en nombre del rey pero por mandato del pueblo en armas, comenzaron a crearse nuevas instituciones de gobierno en la península: las juntas gubernativas, que se proclamaron representantes del monarca y que ofrecieron a los territorios de América un ejemplo a seguir.

En la Nueva España, fueron los americanos autonomistas, muy en particular varios de los integrantes del Ayuntamiento de México, los primeros en presentar propuestas para hacer frente a tan críticos acontecimientos, ya que les abrían la posibilidad de una mayor participación en el gobierno de su patria. También fueron ellos quienes de inmediato recurrieron a las explicaciones históricas para avalar las novedades que proponían. Así, para justificar la relativa a establecer una junta de gobierno novohispana, sustentada en que por la ausencia del monarca la soberanía se encontraba representada en todo el reino, además de apelar al ejemplo de España, se apoyaron en ordenamientos legales vigentes, aunque en desuso. Invocando el pacto que con el rey habían hecho sus ancestros, los conquistadores, como origen del derecho de la monarquía española sobre América, construyeron su visión de la historia novohispana: la Nueva España, al igual que los demás dominios americanos, era un reino incorporado por conquista a la corona de Castilla desde hacía trescientos años; tenía, por lo tanto, los mismos derechos y deberes que los reinos peninsulares. De esta manera, como bien señala en su obra sobre la revolución de independencia Luis Villoro, en busca de su origen, de las leyes primeras, los criollos descendieron “el curso de la historia”.¹

1. Luis Villoro, *El proceso ideológico de la revolución de independencia*, 3ª edición, México, Coordinación de Humanidades UNAM, 1981, p. 47-48.

Los defensores de mantener el estado de cosas, en especial los europeos que integraban la Audiencia de México, asumieron una actitud reactiva frente a las propuestas del Ayuntamiento, expresando su parecer de que la ausencia del rey no alteraba el orden de las potestades establecidas en la Nueva España, por lo que no debía hacerse novedad alguna en su gobierno, pero sin explicar mayormente sus fundamentos. Sólo cuando sus propuestas resultaron cuestionadas buscaron avalarlas por diversas vías, entre ellas la historia. Así, para justificar la relativa a que la Nueva España continuase gobernándose como siempre, sustentada en la condición colonial de todos los dominios americanos, además de señalar que las circunstancias novohispanas eran bien diferentes a las de la península, recurrieron a ordenamientos y prácticas entonces en uso. Invocando el derecho divino de los reyes, presentaron una visión de la historia muy distinta de la autonomista: la conquista había hecho a la Nueva España una colonia dependiente de la antigua, concretamente de la corona de Castilla y León, por lo que debía estar en todo sujeta a ella. De esta manera, los europeos también comenzaron a descender el curso de la historia, obligados primero por la necesidad de descalificar la postura americana y después por la de justificar la propia.

Debo aclarar que esta visión no se encuentra explícita en ninguno de los nueve documentos que utilicé, generados casi todos en el seno de la propia Audiencia a resultas de las propuestas del Ayuntamiento y de las juntas que, para discutirlos, convocó el virrey José de Iturrigaray.² Sólo se

2. Voto consultivo del Real Acuerdo sobre las representaciones del Ayuntamiento, 21 de julio de 1808, en Genaro García (director) *Documentos históricos mexicanos, obra conmemorativa del primer centenario de la independencia de México*, 7 vols., México, Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, 1910, t. II, p. 37-41; El oidor Ciriaco González Carvajal al virrey José de Iturrigaray, 7 de agosto de 1808, en *ibidem*, t. II, p. 50-53; Voto consultivo del Real Acuerdo, 8 de agosto de 1808, en *ibidem*, t. II, p. 53-55; Edicto de la Inquisición, 27 de agosto de 1808, en Juan E. Hernández y Dávalos (director), *Colección de documentos para la historia de la guerra de independencia de México de 1808 a 1821*, 6 vols., México, Biblioteca de "El Sistema Postal de la República Mexicana", José María Sandoval impresor, 1878-1882, t. I, p. 525-527; Oficio de los fiscales al regente de la Audiencia, 3 de septiembre de 1808, en G. García, *op. cit.*, t. II, p. 81-83; Voto del oidor Guillermo de Aguirre. México, 3 de septiembre de

vislumbra a través de referencias que en no pocos de los casos son un tanto tangenciales. Tampoco se encuentra referencia explícita a otra historia, salvo alguna mención de la francesa reciente o de la inmediata novohispana, ambas, por supuesto, de signo negativo. No obstante, hay ciertos puntos que todos ellos tocan: los relativos a la condición colonial de la Nueva España y su total sometimiento a la península y, por lo tanto, las diferencias que se daban entre ambas, en especial en lo que se refiere a la legislación invocada por los autonomistas como la base legal y legitimadora de sus propuestas.

Entre todos estos documentos destaca el más tardío, la exposición que presentaron los fiscales de la Audiencia el 14 de diciembre de 1808, por ser un buen resumen, aunque tendencioso, de todo lo sostenido y propuesto. Si bien, como en los demás textos, es la religión su principal apoyo, la exposición hace hincapié en que la Nueva España fue adquirida por los reyes españoles por derecho de conquista y, desde aquel momento, los novohispanos se habían mantenido fieles y reconocido la bondad de la particular legislación que los regía, cuyo valor permanecía, y debía permanecer, inalterable. Era, pues, una colonia de la antigua y no les correspondía a sus habitantes sino “vivir y gloriarse en la dependencia, sumisión y obediencia las más profundas”.³ E insiste en señalar las diferencias entre España y Nueva España: ésta había sido, y era, un pueblo subordinado o colonial sin derecho a Cortes que tampoco había tenido el de soberanía; opinar lo contrario era no sólo sedicioso sino un crimen de verdadera traición y lesa majestad y, para demostrarlo, recurre a la legislación tanto indiana como peninsular. Invoca también el derecho divino de los reyes, y se refiere a la historia de España para recordar que la suya era una monarquía hereditaria.

1808. en *ibidem*, t. II, p. 85-90; Voto del inquisidor Bernardo del Prado y Obejero, 4 de septiembre 1808. en *ibidem*, t. II, p. 95-100; “Relación sucinta y razonada, formada por el Real Acuerdo, de muchos hechos, antecedentes y circunstancias que tuvo presentes la noche del 15 y madrugada del 16 de septiembre de 1808, para acceder a la separación del Excmo. Sr. D. José de Yturriagaray”, 9 de noviembre de 1808, en *ibidem*, t. II, p. 343-360, y Exposición de los fiscales, 14 de diciembre de 1808, en *ibidem*, t. II, p. 183-198.

3. Exposición de los fiscales, 14 de diciembre de 1808, en *ibidem*, t. II, p. 195.

Por último, destaca el papel histórico decisivo desempeñado por la Audiencia desde la conquista como la instancia que, con toda atingencia, había solucionado siempre los conflictos novohispanos.

Pero, para cuando los fiscales firmaron su exposición, las circunstancias novohispanas habían cambiado ya notablemente. El pacto social había sufrido una ruptura, iniciada en la cúpula misma del poder virreinal y culminada con la prisión de Iturrigaray y de los principales autonomistas, verdadero golpe de Estado que un grupo de comerciantes europeos llevó a cabo el 15 de septiembre de ese año con el aval y el apoyo de la Audiencia y de otros defensores de la condición colonial.

III

La nueva historia metropolitana

Para infortunio de muchos de ellos, quienes esperaban del gobierno metropolitano su constante y decidido sostén, fueron los liberales quienes lograron tomar la iniciativa en el proceso de reorganización de todo el sistema político de la monarquía española que por entonces se llevaba a cabo en la península. Se estableció así una Suprema Junta Central primero, después una Regencia y más tarde unas Cortes que no sólo representaron a toda la nación española sino que en 1812 promulgaron una Constitución que reconocía como principio fundamental el de su soberanía.

4. Decreto de la Suprema Junta Central Gubernativa del Reino en que se quita a las Américas el carácter de colonias, 22 de enero de 1809, en Manuel Dublán y José María Lozano, *Legislación mexicana o colección completa de las disposiciones legislativas expedidas desde la independencia de la República, ordenada por los licenciados...*, 19 vols., México, Imprenta del Comercio a cargo de Dublán y Lozano hijos, 1876-1890, t. I, n. 68, p. 326; Exposición y decreto del Consejo de Regencia de España e Indias a los americanos españoles, 14 de febrero de 1810, en J. E. Hernández y Dávalos, *op. cit.*, t. II, p. 34-37, y 37-38; La Junta Superior de Cádiz a la América Española, 28 de febrero de 1810, en *ibidem*, t. II, p. 22-27; Decreto de la Regencia para liberar del tributo a los indios, 26 de mayo de 1810, en *ibidem*, t. II, p. 137-138; Decreto de la Regencia para restablecer el Consejo de Indias, 21 de septiembre de 1810, en *ibidem*, t. II, p. 383-384; Decreto V de las Cortes sobre la igualdad de derechos entre los españoles europeos y ultramarinos, 15 de octubre de

A lo anterior se debe que en la muy extensa documentación generada por estas nuevas instituciones aparezca una visión de la historia más coincidente con la de los autonomistas que con la de los defensores de la condición colonial, ya que reconoce explícitamente que los dominios americanos eran reinos con los mismos derechos que los peninsulares, por lo que todos sus habitantes eran españoles en igualdad de condiciones. Y para acercarme a esta visión de la historia, de tan vasta documentación he escogido trece documentos, los que me parecieron más significativos, y que corresponden en su mayoría a las Cortes.⁴

Orientadas primordialmente hacia el futuro, al que pretendían encauzar por una nueva y ordenada ruta, estas instituciones liberales se vieron obligadas a revisar su presente. Mas, en su afán de remediar los serios problemas que enfrentaba, buscaron explicarlo en función del pasado. Por ello, recurrieron a la historia, si bien casi siempre refiriéndose tan sólo a sus consecuencias para rectificar los errores cometidos. Por obvias razones, es la historia de España una de las más socorridas. También lo es la americana, que comprendía, desde luego, a la novohispana. Y aquí cabe aclarar que en el discurso de estas instituciones liberales, siempre incluyente de toda la monarquía, estas tres historias constituyen, en el fondo, una sola, una historia compartida.

1810, en *Colección de decretos y órdenes de las Cortes de Cádiz*, 2 vols., Madrid, Cortes Generales 175 aniversario de la Constitución de 1812, 1987, t. I, p. 10; Decreto XX de las Cortes en que se prohíben las vejaciones a los indios, 5 de enero de 1811, en *ibidem*, t. I, p. 45-46; Decreto XXXI de las Cortes en que se declaran algunos derechos de los americanos, 9 de febrero de 1811, en *ibidem*, t. I, p. 72-73; Decreto XXXVIII de las Cortes obre la duración y residencia de los empleados en Indias, 20 de febrero de 1811, en *ibidem*, t. I, p. 84; Decreto XLI de las Cortes para fomentar la agricultura y la industria en América, 12 de marzo de 1811, en *ibidem*, t. I, p. 87-89; Decreto XLII de las Cortes extendiendo a los indios y a las castas la exención del tributo, 13 de marzo de 1811, en *ibidem*, t. I, p. 89-90; Decreto LVI de las Cortes sobre la libertad del buceo de perlas y de la pesca de la ballena, nutria y lobo marino, 16 de abril de 1811, en *ibidem*, t. I, p. 127-129, y "Discurso Preliminar Leído en las cortes al presentar la comision de constitucion el proyecto de ella", 24 de diciembre de 1811, en J. E. Hernández y Dávalos, *op. cit.*, t. IV, p. 53-86.

Detrás de sus disposiciones rectificadoras, podemos percibir en los textos lo negativa que en muchos aspectos resulta su visión de la historia americana, de la que es una clara muestra el por demás conocido decreto de la Regencia del 22 de enero de 1809 que, amén de manifestar que las próximas Cortes remediarían los males causados por los gobiernos anteriores, señala:

Desde este momento, españoles americanos, os veis elevados a la dignidad de hombres libres; no sois ya los mismos que antes, encorvados bajo un yugo mucho más duro mientras más distantes estábais del centro del poder, mirados con indiferencia, vejados por la codicia y destruidos por la ignorancia.⁵

Visión negativa de que también son muestras los decretos de las Cortes que otorgaban a los americanos libertades de toda índole o recordaban la facilidad con que los gobiernos anteriores dejaban de observar las leyes, reconociendo, además, que algunas de ellas habían tenido efectos diametralmente opuestos a los fines que se habían planteado.

Sobresale de manera especial el “Discurso Preliminar” de la Comisión de las Cortes encargada de redactar la Constitución y que fuera presentado el 24 de diciembre de 1811, por tratarse de un texto, y muy bueno, de la historia política, de las instituciones y del derecho españoles, recreación histórica que viene a ser la justificación más acabada de su proyecto.

La revisión y el análisis históricos de la legislación y de su ejercicio que la Comisión llevó a cabo le permiten afirmar que la soberanía de la nación estaba ya reconocida y proclamada en el Fuero Juzgo, pues disponía que la corona era electiva y no hereditaria, y sostener cuestiones tales como la necesidad de celebrar Cortes sin brazos o estamentos, de imponer límites

5. Decreto de la Suprema Junta Central Gubernativa del Reino en que se quita a las Américas el carácter de colonias, 22 de enero de 1809, en M. Dublán y J. M. Lozano, *op cit.*, t. I, n. 68, p. 326.

al poder real o de implantar la división de poderes, al tiempo que no sólo recupera buena parte de la legislación caída en desuso y el espíritu que la había animado sino las antiguas libertades de los españoles. De igual manera, le permiten justificar sus disposiciones en cuanto a la impartición de justicia o el pago de contribuciones y dar cuenta del desarrollo histórico del gobierno municipal. Finalmente, hace una interesante y explícita referencia al oficio del historiador, al señalar que quienes en el futuro emprendieran la gloriosa tarea de escribir la historia nacional lo harían ya “con la exactitud e imparcialidad de hombres libres”.⁶

Recojo aquí estos textos, que proceden de quienes mucho contribuyeron a socavar la autoridad del régimen colonial, por haber constituido ordenamientos del gobierno metropolitano que debían ser implementados en la Nueva España por sus autoridades superiores, cuya visión de la historia no podía ser más diferente. De esta forma, tanto ellas como sus partidarios se vieron obligados a revisar los sustentos históricos que daban a sus planteamientos atendiendo, simultáneamente, a dos frentes. Uno de ellos lo sería la revolución hispánica. El otro, la insurgencia.

IV

Las historias de la insurgencia

Porque, como sabemos, la revisión del pasado novohispano que inició el Ayuntamiento de México en 1808 fue proseguida y desarrollada por el movimiento insurgente. A través de los numerosos manifiestos, bandos, proclamas, decretos y demás documentos que expidieron sus principales dirigentes, así como de los muchos escritos de quienes se unieron a la insurgencia, se puede percibir cómo en ellos se fue elaborando y reelaborando una nueva y muy rica visión de la historia, la que constituyó uno de los principales cimientos en que fincaron sus propuestas. Recuperación del

6. “Discurso Preliminar Leído en las cortes al presentar la comision de constitucion el proyecto de ella”, 24 de diciembre de 1811, en J. E. Hernández y Dávalos, *op. cit.*, t. IV, p. 78.

pasado que ha sido estudiada por numerosos autores, entre ellos, y de manera magistral, por el propio Villoro. Por esto, y por razones de tiempo, no me detendré en ella, a pesar de resultar indispensable para entender la de su contraparte; aquí señalaré tan sólo algunos de sus planteamientos.

Para justificar primero el haberse levantado en armas contra el régimen colonial y más tarde su total rechazo a la dominación española y el derecho que les asistía para liberarse de ella, los insurgentes revisaron la historia inmediata y sostuvieron que el golpe de Estado de septiembre de 1808, ocurrido precisamente dos años antes del inicio de su movimiento, los vindicaba. Pero también, y sobre todo, hicieron una revisión general de la historia novohispana y concluyeron que tres siglos de opresión y sometimiento legitimaban de manera plena sus pretensiones. La colonia venía a ser, entonces, un periodo aberrante. “Hasta el año de 1810 una extraña dominación tenía hollados nuestros derechos”, señala el manifiesto con que el 6 de noviembre de 1813 el Supremo Congreso Nacional Americano daba a conocer su declaración de independencia.⁷

Este repudio del pasado novohispano por considerarlo ajeno devino en que, para los insurgentes, la verdadera historia, la que debió haber proseguido su curso pero que fuera interrumpida por la conquista, era la de los pueblos indígenas, con lo que hicieron suya la apropiación del pasado prehispánico efectuada por los criollos desde tiempo atrás. Y aquí cabe recordar que fue Carlos María de Bustamante el principal promotor de esta recuperación de la antigüedad indígena y quien comenzó a crear y a elaborar nuestros mitos históricos más caros.

Pero la negación insurgente del pasado novohispano no resulta del todo unitaria. Referida fundamentalmente a cuestiones de índole política, al go-

7. “Manifiesto que hacen al pueblo mexicano los representantes de las provincias de la América Septentrional”, Chilpancingo, 6 de noviembre de 1813, en J. E. Hernández y Dávalos, *op. cit.*, t. V, p. 215.

bierno y a la administración del virreinato en particular, deja a salvo muchos de los valores y de las formas de vida heredados de España, entre los que encontramos, desde luego y en primerísimo lugar, a la religión católica, no sólo incuestionada sino asumida de manera plena, pero también buena parte de la concepción política tradicional española. Además, presenta coincidencias con la visión de la historia americana que elaboraron las nuevas instituciones metropolitanas. Viene entonces a ser una vuelta al origen que recupera la posibilidad de un futuro sin la opresión y el yugo españoles de tres siglos. Villoro señala que esos obsesionantes trescientos años persiguieron a los insurgentes.⁸ A esto añadiría yo que también persiguieron, si bien por motivos opuestos, a los defensores del régimen colonial.

V

Las historias de la contrainsurgencia

En la abundante documentación generada por ellos en contra de la insurgencia se descubre otra visión de la historia que legitima y justifica, de modo categórico, su represión. Habida cuenta de que la Nueva España debía todo a su conquista por la antigua, quienes se habían rebelado contra sus autoridades legítimas eran, sin lugar a dudas, reos de alta traición, y justa la guerra que se les hacía. La recuperación que en estos escritos se hace del pasado, que prosigue y desarrolla la iniciada por la Audiencia de México en 1808, tiene, pues, un mismo propósito: convencer a los insurgentes de su error y al resto de los novohispanos de brindar su decidido apoyo a las autoridades superiores. Sin embargo, como señalé al principio, son diversas las formas en que se lleva a cabo; también lo son las apreciaciones y los juicios que sobre la historia nos ofrecen. Y es que la contrainsurgencia conformó un muy amplio frente, integrado por europeos, americanos e indígenas de toda clase y condición, que alrededor de ese objetivo común articuló los muy distintos intereses que animaban a todos

8. L. Villoro, *op. cit.*, p. 159.

ellos. Frente cuya conformación fue cambiando con el transcurso del tiempo y que dio a la insurgencia respuestas de muy variada índole.

Los documentos que sobre la contrainsurgencia he analizado —cosa de cincuenta— son representativos de esta diversidad. Cerca de la mitad fueron escritos por eclesiásticos, en especial por arzobispos y obispos, pero también por miembros del clero secular y regular, y su abundancia se explica no sólo por la autoridad moral de que se encontraron revestidos sus autores y por los espacios tan adecuados que tuvieron a su disposición para hacerse escuchar por prácticamente la totalidad de los novohispanos sino también por tener una preparación que los hacía más versados en el conocimiento de la historia. El resto de los documentos corresponde a autoridades, corporaciones e individuos, entre los que se cuentan varios virreyes y la Audiencia y el Ayuntamiento de México, así como el Claustro de la Universidad, el Colegio de Abogados y el Consulado de México.⁹

9. Clero: Edicto de excomunión de Manuel Abad y Queipo contra Miguel Hidalgo y demás jefes insurgentes, 24 de septiembre de 1810, en J. E. Hernández y Dávalos, *op. cit.*, t. II, p. 104-106; Edicto instructivo de Manuel Abad y Queipo a sus diocesanos, 30 de septiembre de 1810, en *ibidem*, t. III, p. 914-922; Edicto de Manuel Abad y Queipo, 15 de febrero de 1811, en *ibidem*, t. IV, p. 882-890; Carta pastoral de Manuel Abad y Queipo, 26 de septiembre de 1812, en *ibidem*, t. IV, p. 439-485; Informe de Manuel Abad y Queipo a Fernando VII sobre el estado de la Nueva España, 20 de julio de 1815, en Lucas Alamán, *Historia de Méjico desde los primeros movimientos que prepararon su Independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, 5 vols., Méjico, Imprenta de J. M. Lara, 1849-1852, t. IV, apéndice, p. 19-40; Carta pastoral de Antonio Bergosa y Jordán contra los insurgentes, 30 de junio de 1811, en *ibidem*, t. III, p. 315-323; Edicto de Antonio Bergosa y Jordán, 24 de noviembre de 1811, en *ibidem*, t. IV, p. 890-899; Manifiesto de Manuel Ignacio González del Campillo, 15 de septiembre de 1811, en *ibidem*, t. III, p. 457-504 y 470-481; Carta pastoral de Manuel Ignacio González del Campillo contra la insurrección, 30 de septiembre de 1811, en *ibidem*, t. II, p. 901-906; Carta de Manuel Ignacio González del Campillo a Miguel Bravo, 26 de octubre de 1811, en *ibidem*, t. III, p. 492-498; Proclama de Francisco Xavier Lizana y Beaumont contra los engaños de Bonaparte, 24 de abril de 1810, en *ibidem*, t. II, p. 28-32; Edicto de Francisco Xavier Lizana y Beaumont contra la insurrección, 18 de octubre de 1810, en *ibidem*, t. II, p. 167-169; Edicto de Juan Ruiz de Cabañas contra la insurrección, 24 de octubre de 1810, en *ibidem*, t. II, p. 182-186; Oración pronunciada en la Catedral de México por Manuel Alcalde y Gil, 31 de diciembre de 1811, en *ibidem*, t. III, p. 541-560; Sermón

Todos estos textos se ocupan de abordar cuestiones relacionadas con la historia; no obstante, son muy pocos los que de manera explícita dan cuenta del porqué recurren a ella. Algunos simplemente registran la utilidad de atender a sus lecciones y ejemplos, al tiempo que otros la invocan para encontrar las causas de determinados males y buscar su corrección, siendo varios los que contienen referencias directas a la historia universal para sustentar cuestiones tales como la obediencia debida al soberano, lo injusto de las sediciones o la necesidad de castigar a los rebeldes. Asimismo, algunos de ellos recurren a la historia sagrada para sostener el derecho divino de los reyes, mientras que la de Francia, en particular la reciente, sirve para demostrar las desgracias que provocan las revoluciones. Y otros más utilizan la historia comparada para destacar las bondades de la conquista y de la dominación españolas, o para demostrar lo engañados que estaban los insurgentes al pretender equiparar su insurrección con la independencia de los Estados Unidos.

predicado por fray Diego Miguel Bringas y Encinas en Guanajuato, 7 de diciembre de 1810, en *ibidem*, t. II, p. 257-266; Impugnación de fray Diego Miguel Bringas y Encinas al manifiesto de José María Cos, 15 de octubre de 1812, en *ibidem*, t. IV, p. 507-587; Sermón Político-Moral de fray Diego Miguel Bringas y Encinas, 17 de enero de 1813, en *ibidem*, t. IV, p. 822-839; Sermón predicado en la catedral de Valladolid de Michoacán por Antonio Camacho, 1 de mayo de 1811, en *ibidem*, t. III, p. 888-900; Sermón predicado por Juan Bautista Díaz Calvillo, 30 de octubre de 1811, en *ibidem*, t. III, p. 576-586; Plática moral de José Antonio Jiménez de las Cuevas en Puebla, 24 de octubre de 1810, en *ibidem*, t. III, p. 723-733; Sermón predicado en Querétaro por Pedro José de Mendizabal, 30 de septiembre de 1810, en *ibidem*, t. III, p. 694-699, y Sermón predicado en Valladolid de Michoacán por José María Zenón y Mejía, 3 de enero de 1811, en *ibidem*, t. III, p. 883-887.

Autoridades: Proclama de Félix María Calleja al tomar posesión de su cargo de virrey, 26 de marzo de 1813, en Ernesto de la Torre Villar, *Los Guadalupe y la independencia con una selección de documentos inéditos*, México, Editorial Porrúa S. A., 1985, p. 18-23; Proclama de Félix María Calleja, 22 de junio de 1814, en *ibidem*, p. 105-115; Manifiesto del Gobierno Superior de Nueva España contra el manifiesto del Supremo Congreso Nacional Americano, 15 de enero de 1816, en J. E. Hernández y Dávalos, *op. cit.*, t. I, p. 777-813; Proclama de Francisco Xavier Venegas, 23 de septiembre de 1810, en *ibidem*, t. II, p. 89-92; Reflexiones sobre el bando de 25 de junio de 1812 de Pedro de la Puente, 8 de agosto de 1812, en *ibidem*, t. IV, p. 305-391; Representación de la Audiencia de México a las Cortes de Cádiz, 18 de noviembre de 1813, en

La historia de España, como no podía ser de otro modo, ocupa un espacio aparte. Así, en muchos de los escritos encontramos registrados desde la profunda religiosidad de que la península había dado históricamente pruebas hasta su enorme poder para impedir, durante trescientos años, que la guerra asolara sus dominios americanos, pasando por muchos otros asuntos. Las referencias son, en su mayor parte, muy positivas. Sin embargo, también las hay de signo contrario, como cuando Agustín Pomposo Fernández de San Salvador, quien había sido rector de la Universidad, explicaba en diciembre de 1810 la venturosa diferencia que se daba entre las Cortes recién instaladas y las antiguas,¹⁰ o cuando dos años más tarde aludía a la historia española reciente, señalando que las desgracias sufridas eran para castigo de los pecados de España.¹¹ Por su parte, en febrero de 1811 el obispo electo de Michoacán, Manuel Abad y Queipo, reconocía que “La España [...] ha ido en decadencia casi sin intermisión de tres siglos a esta parte por la ambición, ineptitud y apatía de algunos de sus reyes y por el despotismo de los ministros”.¹² Mientras que cuando tomó posesión como virrey en marzo de 1813 y referirse a la inacabada labor del régimen liberal metropolitano, Félix María Calleja explicaba: “No era posible romper en un momento todas las trabas y destruir todo lo que el fanatismo tenía establecido en ambos mundos y que se

Emilio del Castillo Negrete, *México en el siglo XIX, o sea su historia desde 1800 hasta la época presente*, México, Imprenta del «Universal», 1881, 19 vols., apéndice al t. VII, p. 297-432; Proclama de Juan O'Donojú a los habitantes de la Nueva España, 3 de agosto de 1821, en Luis Malpica de Lamadrid, *La Independencia de México y la Revolución Mexicana a través de sus principales documentos constitucionales, textos políticos y tratados internacionales (1810-1985)*, 2 vols., México, Editorial Limusa, 1985, t. I, p. 648-650; Carta de Juan O'Donojú a Agustín de Iturbide, 6 de agosto de 1821, en *ibidem*, t. I, p. 652-653, y Proclama del Ayuntamiento de México, 20 de octubre de 1810, en J. E. Hernández y Dávalos, *op. cit.*, t. III, p. 911-914. Corporaciones: Manifiesto del Claustro de la Universidad de México contra Napoleón y la revolución iniciada en Dolores, 5 de octubre de 1810, en *ibidem*, t. II, p. 145-149; Alocución del Colegio de Abogados de México, 29 de octubre de 1810, en *ibidem*, t. III, p. 733-741; “El Diez y Seis de Septiembre breve recuerdo que hace un individuo del ilustre y real colegio de abogados de esta corte sobre los males que ha causado la rebelion concitada en esta fecha el año de 810”, 16 de septiembre de 1811, en *ibidem*, t. III, p. 377-379; Representación del Consulado de México a las Cortes, 17 de abril de 1811, en Andrés Cavo, *Los tres siglos de México durante el gobierno español hasta la entrada del Ejército Trigarante*, edición, notas y suplemento de Carlos María de Bustamante, 3ª edición, Jalapa, Tipografía Veracruzana de A: Ruiz, 1870, t. III, p. 336-344; Segunda representación del Consulado de México a las Cortes, 27 de mayo de 1811, en J. E.

había fortificado con el transcurso de centenares de años”,¹³ validando, de paso, muchos de los agravios americanos.

Como puede notarse, esta recuperación del pasado español coincide en diversos puntos con la de las nuevas instituciones peninsulares. Lo mismo puede advertirse en varios de los escritos respecto de la historia americana en cuanto a tratarse de una historia compartida con la península o a que desde su incorporación por conquista a la corona española estos territorios eran parte integrante de la monarquía. Y esta coincidencia, que en varios de los casos fue meramente coyuntural, constituye una de las diferencias más notorias que presentan estos textos con el resto de los documentos.

Hernández y Dávalos, *op. cit.*, t. II, p. 450-466, e Informe del Consulado de México contra el comercio libre de América, 16 de julio de 1811, en *ibidem*, t. II, p. 501-511.

Individuos: Proclama en favor de los indios mandada imprimir por José de la Cruz, sin fecha, en *ibidem*, t. IV, p. 766-768; “Memoria Cristiano-Política” de Agustín Pomposo Fernández de San Salvador, 19 de octubre de 1810, en *ibidem*, t. III, p. 747-761; “La América en el Trono Español” de Agustín Pomposo Fernández de San Salvador, 3 de diciembre de 1810, en *ibidem*, t. II, p. 247-251; “Desengaños que á los insurgentes de N España seducidos por los fracmazones agentes de Napoleon, dirige la verdad de la religion católica y la experiencia” de Agustín Pomposo Fernández de San Salvador, noviembre de 1812, en *ibidem*, t. IV, p. 589-630; “El literato insurgente desengañado y arrepentido”, enero de 1811, en *ibidem*, t. III, p. 568-575; “Discurso patriótico, contra la rebelión que acaudilla el cura Hidalgo” de Florencio Pérez Comoto, sin fecha, en *ibidem*, t. III, p. 905-911; Impugnación de Florencio Pérez Comoto, 13 de agosto de 1812, en *ibidem*, t. IV, p. 400-408; “Discurso contra el fanatismo y la impostura de los rebeldes de Nueva España” de Fermín de Reygadas, junio de 1811, en *ibidem*, t. II, p. 740-752; “El Aristarco”, de Fermín de Reygadas, junio de 1811, en *ibidem*, t. II, p. 752-815, y Alocución de Francisco Antonio de Velasco, 31 de marzo de 1811, en *ibidem*, t. II, p. 424-430.

10. “La América en el Trono Español” de Agustín Pomposo Fernández de San Salvador, 3 de diciembre de 1810, en J. E. Hernández y Dávalos, *op. cit.*, t. II, p. 250.
11. “Desengaños que á los insurgentes de N España seducidos por los fracmazones agentes de Napoleon, dirige la verdad de la religion católica y la experiencia” de Agustín Pomposo Fernández de San Salvador, noviembre de 1812, en J. E. Hernández y Dávalos, *op. cit.*, t. IV, p. 595.
12. Edicto de Manuel Abad y Queipo, 15 de febrero de 1811, en J. E. Hernández y Dávalos, *op. cit.*, t. IV, p. 886.
13. Proclama de Félix María Calleja al tomar posesión de su cargo de virrey, 26 de marzo de 1813, en Ernesto de la Torre Villar, *Los Guadalupe y la independencia con una selección de documentos inéditos*, México, Editorial Porrúa S. A., 1985, p. 20.

La historia indígena llamó también, y no poco, su atención, debido, sin duda, a la necesidad que tuvieron de justificar la dominación española; pero, sobre todo, a que fuera recuperada por los insurgentes como propia para rechazar las tres centurias de dominio español. Historia que se ocuparon, en forma unánime, de descalificar, al tiempo que hacían ver a los americanos que tal apropiación no les era posible por no descender de los indios conquistados sino de los españoles conquistadores.

Pero fue la historia novohispana a la que recurrieron una y otra vez para demostrar, y en ello coinciden todos los textos, las innumerables y especiales bondades que durante tres siglos había traído consigo la presencia española, y ofrecer abundantes pruebas de la enorme deuda que la Nueva España tenía con la antigua, con sus reyes y con sus habitantes. Así, se remontan a la conquista para refrendar los justos títulos de esta dominación y registran, uno por uno, sus benéficos frutos.

Al haber extendido por estos vastísimos territorios la luz del Evangelio, liberando a los indígenas de las tinieblas de la idolatría, y al haber mantenido la fe cristiana en toda su pureza, haciendo del novohispano un pueblo profundamente religioso, España había dado cumplimiento a los designios de Dios, lo que constituía su principal gloria. Gozaba, además, de la intercesión de la Virgen, quien a través de su advocación guadalupana había brindado su singular protección a la Nueva España desde poco después de la conquista, y las virtudes cristianas cultivadas a partir de entonces por los novohispanos habían producido una sociedad pacífica y feliz, inclinada al orden, a la fidelidad y a la obediencia. Un gobierno paternal y generoso no sólo había liberado a los indios de un sanguinario despotismo sino que les había concedido derechos y privilegios de toda clase, amén de protegerlos con una legislación particular, al tiempo que había otorgado a los americanos los mismos derechos, honores, prerrogativas, oficios y dignidades de que gozaban los peninsulares. Se había ocupado también de capacitar a los indígenas y de ilustrar a los americanos mediante el establecimiento de todo tipo de instituciones educativas, y de fomentar el desarrollo económico de la Nueva España con atina-

das disposiciones que habían dado como resultado una opulencia sin par. Y los autores de todos estos enormes beneficios habían sido tanto los monarcas como los mismos peninsulares, cuyo papel en la historia novohispana llevaba el indeleble sello de sus bondades y virtudes.

Tan idílica visión se ve matizada en varios de los documentos, que reconocen desde que entre los españoles europeos los hubo malos hasta la justicia de los reclamos americanos, en especial los de los últimos años, periodo que asimismo se ocupan de historiar. Se trata de textos con una clara orientación al futuro, que se ofrecía promisorio, y que manifiestan su confianza en las nuevas instituciones de la península, sobre todo en las Cortes. Y aquí debo siquiera apuntar que es en el distinto manejo que de la temporalidad hacen los documentos donde quizá se encuentra la divergencia más clara que presentan entre ellos.

Para ejemplificar la riqueza que en cuanto a cuestiones de historia nos ofrecen, así como la diversidad de las maneras en que recuperan y recrean el pasado, me referiré aquí a dos textos que, además de ser representativos de esta diversidad, manifiestan una clara intención de hacer historia.

Comenzaré con la alocución que el 29 de octubre de 1810 hiciera el Real e Ilustre Colegio de Abogados —muchos de ellos americanos—, ya que lleva a cabo un recorrido cuidadoso y sistemático de la historia de América, plenamente convencido de que la tea de la discordia recién encendida por la insurgencia se apagaría con sólo recordar los maravillosos bienes que produjo durante varios siglos la unión de americanos y europeos desde que fuera iniciada por Hernán Cortés. “Tomad —les dice— del templo de la inmortalidad el lienzo que la historia delineó para formar el elogio digno de tan admirable unión: extendededlo y hallaréis que comprehenden sus cuadros vuestros engrandecimientos.”¹⁴

14. Alocución del Colegio de Abogados de México, 29 de octubre de 1810, en J. E. Hernández y Dávalos, *op. cit.*, t. III, p. 734.

La evangelización constituye el primero de tales cuadros, en el que se ve salir de España a los varones apostólicos que anunciaron el nombre de Dios a las naciones bárbaras y quienes, junto con los americanos, esparcieron su brillante luz. Hechos semejantes a los sucedidos en los primeros siglos del cristianismo en cuanto al fervor de los fieles conforman el segundo, pues los conquistadores y sus descendientes, siguiendo el ejemplo de los reyes españoles, ofrecieron a los altares sus inmensos tesoros y la pureza de su corazón. El tercer cuadro registra la perfección alcanzada en menos de trescientos años por el gobierno político, de cuyas autoridades había procedido el bien común por la puntual observancia de unas leyes dictadas por la sabiduría, don divino concedido a las naciones felices, como lo eran también la legislación que protegía a los indios y el celo paternal de los monarcas para con ellos. La benignidad con que respecto de los europeos habían sido tratados los americanos en cuanto al pago de contribuciones conforma el cuarto cuadro, mientras que el quinto lo está por las disposiciones reales para ilustrar el vasto territorio de las Indias, cuyos benéficos efectos se podían percibir en todos los campos del conocimiento. El sexto, y último, recoge las hazañas que el valor de americanos y peninsulares había llevado a cabo en la defensa del continente o en las guerras de Europa.

Finalmente, la alocución hace la historia de cómo se fue ratificando y consolidando la unión entre España y sus reinos americanos a través de las disposiciones de los reyes, quienes no sólo declararon a las Indias incorporadas a la corona de Castilla sino la igualdad de europeos y americanos en cuanto a dignidades y empleos, amén de que, en los últimos tiempos, la nación española había reconocido a América como parte legítima y verdadera de su constitución política, y comprendida en su representación general. Visión de la historia que ofrece muchos puntos de coincidencia con la de los autonomistas novohispanos y con la de las instituciones liberales metropolitanas y que resulta por demás distinta a la del segundo documento que utilizo como ejemplo.

Se trata de la representación que el 27 de mayo de 1811 enviara a las Cortes el Consulado de comerciantes de México contra la igualdad de la representación en ellas de europeos y americanos, la cual resulta sobremedida interesante por el sólido cimiento histórico en que sustenta sus alegatos. También por ser la muestra más acabada de cuán radicalmente negativa fue la opinión que de la Nueva España y de sus habitantes tuvieron algunos europeos defensores de la condición colonial y cuán polarizada llegó a ser su postura, como fue el caso del Consulado. Contiene, además, interesantes apreciaciones sobre la historia y sobre cómo había sido escrita y utilizada, entre las que destacan sus demoledoras críticas a la historia prehispánica y a la moderna.

Acusa en particular a los conquistadores por haber valorado más su espada que su pluma y desfigurar los hechos por interés personal, y a los historiadores regnicolas por haber creído en sus pomposos relatos y esparcir la falsedad y el engaño, lo que permitió a los extranjeros aprovecharse de su parcialidad, ayudados, nos dice, “de un ilustrísimo declamador español que quiso hacerse memorable a expensas de la verdadera gloria nacional”,¹⁵ léase fray Bartolomé de las Casas.

En cuanto a la historia indígena del Perú, no le parece lo grandiosa que se decía, por lo que la presenta de manera negativa. Lo mismo, pero en mayor grado, hace con la del Imperio mexicano. Se remonta así a sus orígenes más remotos, recurriendo, entre otras, a la *Historia de la Conquista* de Antonio de Solís, cuyo contenido describe con detalle, a la que rebate punto por punto y que le sirve para hacer una feroz e implacable crítica, en muchas ocasiones no sólo injusta sino totalmente falta de veracidad.

Nada se salva de la historia indígena, que viene a ser peor que cualquiera otra. El Nuevo Mundo, explica, era un desierto espantoso o un país

15. Segunda representación del Consulado de México a las Cortes, 27 de mayo de 1811, en J. E. Hernández y Dávalos, *op. cit.*, t. II, p. 451.

mal ocupado, desaprovechado e inculto, en manos de diversas tribus errantes y bárbaras, empleadas en la caza y en la guerra, sin quietud, sosiego, comunicación, comercio, ni caminos; sin agricultura, ganadería e industria ni artes, y preocupadas con la más rabiosa superstición de ritos y ceremonias insultantes a la razón y a la naturaleza, de mandamientos malvados, absurdos y locos, y de prácticas cuyo conjunto hacía un compuesto abominable de todos los errores y atrocidades que consagró la gentilidad en diferentes partes y tiempos.¹⁶

Tampoco se salvan sus habitantes: ni “La Historia antigua ni la tradición —afirma— han transmitido a nuestra edad el recuerdo de un pueblo tan degenerado, indigente e infeliz”.¹⁷

Como contraparte, presenta la historia de las bondades de la dominación española a partir de que la Divina Providencia pusiera a América bajo la protección de España, contestando las críticas que a ésta hicieron desde la conquista sus enemigos mediante la revisión, por demás positiva, de la historia moderna de América, durante la cual, sostiene, “Por la más maravillosa metamorfosis que hayan conocido los siglos, se transformaron súbitamente en hombres domésticos, sujetos a una policía blanda los orangutanes pobladores de las Américas”.¹⁸ De esta manera, a diferencia de las diez centurias que tardaron en civilizarse los europeos después de la caída del Imperio romano, en sólo tres, América se había acercado al nivel de Europa.

La representación utiliza también las comparaciones para argumentar que a lo largo de la historia ninguna nación concedió a sus colonias la sobe-

16. Segunda representación del Consulado de México a las Cortes, 27 de mayo de 1811, en J. E. Hernández y Dávalos, *op. cit.*, t. II, p. 455.

17. Segunda representación del Consulado de México a las Cortes, 27 de mayo de 1811, en J. E. Hernández y Dávalos, *op. cit.*, t. II, p. 456.

18. Segunda representación del Consulado de México a las Cortes, 27 de mayo de 1811, en J. E. Hernández y Dávalos, *op. cit.*, t. II, p. 457.

ranía o la representación salvo, en los últimos tiempos, Francia, y con resultados desastrosos. Y hace hincapié en las bondades del trato dado a los indios, a los que critica inmisericordemente, lo mismo que a las castas y a los “blancos indígenas”, como llama a los americanos. Tampoco les va del todo bien a los peninsulares, y aquí asoma la cabeza la calumnia americana, pues, según el Consulado, los europeos “también degeneran bastante por la fuerza del ejemplo, por el sistema de vida o por la desgracia del país”.¹⁹

Por último, describe el pésimo estado en que se encontraba por entonces la Nueva España, así como la degradación de sus habitantes, cuestiones, ambas, que no se compaginan del todo con las bondades de la dominación española recogidas a lo largo del documento, pero que le sirven para argumentar que no había equiparación posible entre España y sus colonias. “El paralelo entre el español y el indio —se pregunta—, ¿no sería una comparación de una manada de monos gibones con una asociación o república de hombres urbanos?”.²⁰

Las numerosas citas aquí recogidas no son sino una mínima muestra del tono despectivo e infamante que mantiene la representación a través de sus muchas páginas y que sobradamente explica tanto la gran indignación que provocó entre los novohispanos como la conmoción y el rechazo que ocasionó al ser recibido en las Cortes.

La desaparición de estas Cortes, causada en 1814 por la abolición del régimen constitucional decretada por Fernando VII a su regreso de Francia, al igual que el declinar de la estrella insurgente, que llevaría a la pérdida de ese centro común que era el Supremo Congreso, harían que la defensa de la condición colonial incursionara por otros caminos. Una muestra de ello es

19. Segunda representación del Consulado de México a las Cortes, 27 de mayo de 1811, en J. E. Hernández y Dávalos, *op. cit.*, t. II, p. 460.

20. Segunda representación del Consulado de México a las Cortes, 27 de mayo de 1811, en J. E. Hernández y Dávalos, *op. cit.*, t. II, p. 466.

el proyecto de escribir la historia de la insurgencia, cuya iniciativa se debió a una real orden de julio de ese año y cuya ejecución se encomendó al virrey Calleja. Dicha historia debía incluir tres partes, la militar, la política y la judicial, de las que sólo esta última llegó a terminarse, al decir de Bustamante, la que se encuentra perdida. Y don Carlos María se pregunta: “¿Qué habría resultado de esto si se hubiera verificado?”, “Habríamos visto —responde— una cosa semejante al Apocalipsis de S. Juan comentado por Newton.”²¹ Celebro el siempre agudo ingenio de Bustamante, pero lamento que tal proyecto no se realizara, ya que nos hubiera proporcionado la historia oficial, por así decirlo, del movimiento insurgente, por lo menos en cuanto a su primera y más decisiva etapa.

Porque si bien los defensores de la condición colonial contaron con el total apoyo de las autoridades metropolitanas a partir del retorno al antiguo régimen, el restablecimiento del sistema constitucional en 1820 cambió de modo radical su situación. Cambió, asimismo, la visión que de la historia sostuvieron las autoridades novohispanas. De esta manera, no sería tanto la insurgencia la que finalmente descalificaría la visión histórica de los defensores de la condición colonial sino la propia revolución hispánica. En la proclama que el 3 de agosto de 1821 dirigiera a los novohispanos Juan O'Donojú, señala que el nuevo sistema de gobierno había derrocado al despotismo y extinguido “para siempre la arbitrariedad que por casi cuatro siglos [sic]” había abrumado a la Nueva España, al tiempo que la Constitución recompensaría con creces sus desgracias y males pasados. Y al referirse a esos siglos, que califica de hierro y de luto, propone: “olvidemos lo que ruborizaría a los españoles de ambos mundos y dediquémonos exclusivamente a tratar de nuestros días”.²² Su repulsa al pasado de ambas Españas no podía ser más escueta ni más contundente.

21. Carlos María de Bustamante, *Cuadro histórico de la revolución mexicana, comenzada en 15 de septiembre de 1810 por el ciudadano Miguel Hidalgo y Costilla, cura del pueblo de los Dolores, en el obispado de Michoacán*. 2a. ed., México, Imprenta de Mariano Lara, 1843-1846, 5 vols., t. II, p. 58.

22. Proclama de Juan O'Donojú a los habitantes de la Nueva España, 3 de agosto de 1821, en L. Malpica de Lamadrid, *op. cit.*, t. I, p. 649.

VI

A manera de conclusión

Para terminar, debo reconocer que lo incipiente de mi proyecto no me permite ofrecer en este momento conclusión alguna que no sea parcial o tentativa. Por ello, sólo insistiré en que para llegar a entender a los defensores de la condición colonial me resulta indispensable conocer la utilización que de la historia hicieron para justificar su postura, ya que en sus escritos se percibe, a semejanza de lo que ocurre con los producidos por la insurgencia, la idea de que la historia sirve de apoyo a un derecho. También insistiré en que, a pesar de la enorme diversidad que encontramos en las distintas construcciones historiográficas que contienen —algunas de las cuales no recuperan simplemente el pasado sino que, con imaginación, lo recrean—, todos estos textos tuvieron un mismo propósito: el de hacer un uso ideológico del pasado para legitimar y sustentar una determinada posición. Que ésta haya sido la de quienes resultaron perdedores no la hace menos digna de ser estudiada.

Después de más de cuarenta años de interesarme en quienes, ya como contestatarios, ya como insurrectos, lucharon por sacudirse la condición colonial durante los últimos años de la Nueva España, me queda muy claro que para entenderlos de modo más cabal debo interesarme también por quienes se opusieron a ellos. Es ya tiempo de intentar explicarlos y de colocarlos en el lugar que les corresponde en la historia mexicana. Entre otras cosas, porque sin conocer bien cuán poderoso y cuán rico en toda clase de recursos fue el adversario al que se enfrentaron los descontentos, especialmente los insurgentes, no sólo en lo que se refiere al poder represivo del Estado mediante el uso de la fuerza armada sino respecto de su vigorosa capacidad de respuesta en todos los órdenes, no alcanzaremos a apreciar en su justa dimensión la enormidad del reto que asumieron quienes, de muy distintas formas, desafiaron al régimen colonial. Incursionar por esta vía puede ser, en mi opinión, una buena manera de contribuir a celebrar, en su bicentenario, el inicio de tan arriesgada como meritoria hazaña.

RESPUESTA AL DISCURSO DE VIRGINIA GUEDEA RINCÓN GALLARDO

Álvaro Matute Aguirre
Academia Mexicana de la Historia

La Academia Mexicana de la Historia, correspondiente de la Real de Madrid, juzgó de manera favorable los méritos desarrollados a lo largo de una carrera que -a confesión propia- alcanza ya cuatro decenios, por la doctora Virginia Guedea Rincón Gallardo y decidió incorporarla como miembro de número. Testigo como he sido de su trayectoria durante la mayor parte de ese tiempo, puedo hacer referencia a los rasgos que más la distinguen: su vocación de historiadora y sus fidelidades temática e institucional. Si apelo a la psicohistoria, aunque de manera superficial, el hecho de ser descendiente de uno de los personajes más singulares de la historia moderna de México, Porfirio Díaz, si no fue determinante, al menos ayuda a explicar porqué decidió dedicar su vida a estudiar el pasado.

A lo largo de su trayectoria como historiadora, prácticamente no ha abandonado una temporalidad precisa, ubicada en el primer cuarto del siglo XIX y acaso los últimos años del siglo XVIII. Esa fidelidad al tiempo histórico que la distingue se corresponde con la que tiene para su centro de trabajo, el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, al que ingresó todavía en tiempos de don Pablo Martínez del Río, para sumarse a las huestes comandadas por José María Luján, el Güero Luján, que pretendía continuar los esfuerzos de don Alberto María Carreño

de publicar el gigantesco archivo de Porfirio Díaz. Sin embargo, sus intereses no la llevaron por los tiempos de su antepasado, aunque realizó trabajos derivados de esa experiencia. El contacto con don José Miranda la hizo centrarse en el tiempo de la Independencia y produjo una tesis notable sobre *Criollos y peninsulares en 1808. Dos puntos de vista sobre lo español*, en la que abordaba las figuras, los pensamientos y las acciones del licenciado Verdad, de Azcárate y del fraile limeño Talamantes. De ahí derivó hacia el *Diario de los Guadalupe*s, que la puso en contacto con la sociedad criolla capitalina contemporánea al movimiento de Morelos.

Graduada en la Universidad Iberoamericana, cuando el plantel se ubicaba en la esquina de Zaragoza y Taxqueña, antes de marcharse a la Campestre Churubusco, y tenía el *status* de “incorporada a la UNAM”, prosiguió sus estudios en la Facultad de Filosofía y Letras. En la Ibero había sido alumna de los padres Bravo Ugarte y López Moctezuma, jesuitas, y de muchos jóvenes que iniciaban su carrera docente: Josefina Zoraida Vázquez y Eduardo Blanquel, para sólo citar algunos. En la UNAM, sobre todo, asistió al Seminario de Historiografía Mexicana que dirigía nuestro inolvidable Edmundo O’Gorman, lo que la hizo participar en las ediciones de Las Casas y Motolinía, la *Guía de las actas de Cabildo del siglo XVI* y después en los proyectos en torno a Thomas Gage y Alonso de Zorita, así como en el inicio de las obras de fray Servando Teresa de Mier. El aprendizaje en el arte de la edición, según lo enseñaba O’Gorman, la hizo elaborar años más tarde, una excelente, con traducción e introducción, de la obra de William Davis Robinson, libro esencial para conocer los pasos de Xavier Mina en la insurgencia mexicana.

Tardía en incorporarse al trabajo docente, sin embargo ha logrado formar a alumnos de excelencia, a partir de su seminario y en la dirección de tesis de los tres grados.

Su responsabilidad y compromiso con la Universidad Nacional Autónoma de México la hizo desempeñar, primero, la secretaría académica del

Instituto, para más tarde, de 1997 a 2005, encabezarlo como directora. Mostró ahí sus mejores características al frente de él, ya que le tocó esa responsabilidad en los difíciles meses del paro de labores de 1999-2000. Virginia supo conducir la nave y mantenerla a flote, tanto en el *campus* como en el obligado exilio al que fuimos arrojados. Ya en tiempo de paz se le recordará como una directora que propició el trabajo en libertad y armonía. Condujo a un Instituto que alcanzó altos índices de productividad y excelencia.

Su obra mayor es *En busca de un gobierno alterno: los Guadalupe de México* (1992). Al lado de ella tiene otros 3 libros originales, 11 coordinados ya sea por ella sola o con alguna colega, participación en dos obras colectivas, 21 prólogos o estudios introductorios, 24 capítulos de libros, 6 ponencias en memorias 13 artículos en revistas de las llamadas arbitradas, 5 reseñas, 3 textos en enciclopedias, 8 traducciones, en fin, un amplio número de trabajos que la acreditan como lo que dije al principio, una historiadora fiel a una vocación sólida y dirigida a escudriñar el final de una etapa y el principio de otra, lo cual, para la anécdota, a veces hace difícil clasificar su pertenencia al área colonial o a la independiente.

Para ingresar a esta Academia, que le da la bienvenida, hemos escuchado un discurso que intituló “La otra historia. O de cómo los defensores de la condición colonial recuperaron los pasados de la Nueva España”.

¿Cuál otra historia? Trátase de la que no es la aceptada, la excluida, la no oficial. No haré, desde luego, un resumen de lo que acabamos de atender. Mi comentario va en torno a lo que Virginia (o por estar en un ámbito académico debía decir, doña Virginia o la doctora Guedea) toma el discurso no historiográfico, sino pre-historiográfico, propio de la ideología realista o peninsular contrario al insurgente. “La otra historia” nos ha mostrado cómo se elabora un discurso cuya finalidad no radica en elaborar una historia como tal, sino que trae implícita una idea en la cual sustenta su acción o la pretensión de sus acciones. Idea que es, acaso, la primera vez que es expresada como tal, ya que antes dormía en el ámbito de las creencias,

aquellas que sustentan la visión del mundo y de las cosas que pertenece a un grupo, posiblemente a una clase social o fracción de clase, con la cual fundamenta un instrumento de dominio. La historia, en ese caso, es un patrimonio que no se comparte, se impone. La creencia sustanciadora adquiere su expresión como idea y llena el discurso de ideologemas en los cuales no sólo se pisotea, sino que hasta se aniquila al dominado, trátase del enemigo real o de aquello a lo cual éste apela para legitimarse. Así, aparecen dos historias que en su momento no ofrecen posibilidad de asimilarse. El rechazo de una a la otra, y viceversa, es absoluto. Creencias o ideas prehistoriográficas que estaban en ámbitos cerrados, que identificaban a quienes las compartían y que cuando sobreviene el momento de expresarlas, no en una obra historiográfica, sino en un texto dirigido a otro fin particular, adquieren la concreción que exige la comunicación textual y se establecen. A mediano o largo plazo llegan a su plenitud historiográfica, en este caso en la pluma del insigne Lucas Alamán.

La gran pregunta es ¿hasta dónde la conciencia histórica actual, a dos siglos de los acontecimientos, es capaz de aceptar la unidad de los contrarios? Desde luego, lo expresado por Virginia Guedea en su proyecto y en el adelanto que hoy nos ha compartido, significa progreso en una conciencia histórica que rehuye la catarsis antes de enfrentarla. Nuestro mejor deseo es que no permanezca aislado su intento de hacer partícipes a muchos de la inclusión de lo excluyente en un discurso histórico sano. Sin embargo, su aceptación atravesará un camino espinoso.

Su afán de conciliación, que recuerda al del obispo electo de Durango Granados y Gálvez, quien reconocía en el siglo XVIII la colaboración de españoles e indios, la hace expresar su personalidad, así como también su condición de discípula del gran dialéctico que fue O'Gorman. La historia vista desde un solo lado carece de legitimidad, pero garantiza aceptación. Como investigación, si se sigue por caminos unívocos sólo se abundará en más y más detalles sin aspirar a los estratos más profundos de la quimérica verdad histórica. Lo importante y significativo es tomar las dos historias y